

J.M. COETZEE  
**LA EDAD DE HIERRO**



Lectulandia

Una mujer madura, condenada a muerte por un cáncer de huesos, escribe una larga carta a su hija, quien vive en Estados Unidos alejada del infierno en el que se ha convertido su país natal y residencia de su madre: Sudáfrica, un escenario escabroso bajo el régimen del apartheid.

El día en que la protagonista regresa del médico con pésimas noticias descubre a un vagabundo negro refugiado en su cobertizo, y así da comienzo una relación íntima y ambigua. Ni amigos ni amantes, ambos personajes se acompañan en una etapa personal e histórica especialmente dura.

Éste es el hilo conductor que sirve a J. M. Coetzee para denunciar la violencia de una sociedad y sus consecuentes miserias humanas, y lo hace a través de una narrativa elegante y afinada propia de un gran escritor.

**Lectulandia**

J. M. Coetzee

# **La edad de hierro**

ePub r1.0

German25 22.1.15

Título original: *Age of Iron*  
J. M. Coetzee, 1990  
Traducción: Javier Calvo  
Diseño: Luz de la Mora

Editor digital: German25  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para

V. H. M. C. (1904-1985)

Z. C. (1912-1988)

N. G. C. (1966-1989)

Por detrás del garaje pasa un callejón, tal vez te acuerdas, a veces jugabas allí con tus amigas. Ahora es un sitio desierto y abandonado, donde se acumulan y se pudren las hojas que arrastra el viento.

Ayer, al final de ese callejón, me encontré una casa hecha de cajas de cartón y plásticos con un hombre encogido dentro, un hombre al que ya había visto por las calles: alto, delgado, con la piel curtida por la intemperie y unos colmillos largos y cariados, vestido con un traje gris holgado y un sombrero de ala caída. Llevaba el sombrero puesto y estaba durmiendo con el ala doblada por debajo de la oreja. Un marginado, uno de los marginados que rondan por los aparcamientos de la calle Mill, y piden dinero a la gente que va de compras, beben bajo los pasos elevados y comen de los cubos de basura. Una de las personas sin hogar para las que agosto, el mes de las lluvias, es el peor mes. Dormido en su caja, con las piernas extendidas como una marioneta, boquiabierto. Lo rodeaba un olor desagradable: orina, vino dulce, ropa húmeda y algo más. Algo sucio.

Me quedé un rato mirándolo, observando y oliendo. Un visitante, llegado para castigarme, precisamente en un día como ayer.

Ayer fue también cuando el doctor Syfret me dio la noticia. No era una buena noticia, pero la recibí yo, era mía y solamente mía y no podía rechazarla. Tenía que cogerla en brazos y apretármela contra el pecho y llevármela a casa, sin negar con la cabeza, sin lágrimas. «Gracias, doctor —le dije. Gracias por su sinceridad». «Haremos lo que podamos —me dijo él. Vamos a afrontarlo juntos». Pero en aquel mismo momento, tras la fachada de camaradería, vi que ya empezaba a alejarse. *Sauve qui peut*. Debía su lealtad a los vivos, no a los muertos.

Solamente empecé a temblar cuando salí del coche. Después de cerrar la puerta del garaje me tiritaba todo el cuerpo: para recuperarme tuve que apretar los dientes y agarrar el bolso con fuerza. Fue entonces cuando vi las cajas y lo vi a él.

—¿Qué está haciendo aquí? —le pregunté, oyendo la irritación en mi voz pero sin controlarla. No puede quedarse, tiene que irse.

No se movió, tirado en su refugio, levantó la vista, me examinó las medias de invierno, el abrigo azul, la falda cuya caída nunca ha acabado de quedarme bien, el

pelo gris surcado por una franja de cuero cabelludo. El cuero cabelludo de una vieja, rosáceo e infantil.

Luego encogió las piernas y se levantó ociosamente. Me dio la espalda sin decir nada, sacudió el plástico negro, lo dobló por la mitad, luego en cuartos y en octavos. Sacó una bolsa (decía AIR CANADA) y cerró la cremallera. Yo estaba a su lado. Dejando detrás de las cajas una botella vacía y olor a orina, pasó frente a mí. Los pantalones se le caían y tiró de ellos hacia arriba. Yo esperé hasta estar segura de que se había marchado y oí cómo escondía el plástico en el seto del otro lado.

Dos cosas, por tanto, en el lapso de una hora: la noticia, largo tiempo temida, y ese otro reconocimiento, esa otra anunciación. La primera de las aves carroñeras, rápida, certera. ¿Cuánto tiempo podré mantenerlas alejadas? Los carroñeros de Ciudad del Cabo cuyo número nunca disminuye. Que van desnudos y no tienen frío. Que duermen en la calle y no se ponen enfermos. Que pasan hambre y no se consumen. El alcohol los calienta por dentro. El fuego líquido consume los contagios y las infecciones de la sangre. Limpian los restos del banquete. Moscas, de alas secas, de ojos vidriosos, implacables. Mis herederas.

¡Con qué pasos tan lentos entré en esta casa vacía, de la que han desaparecido todos los ecos, donde el ruido de las suelas sobre los tablones es seco y apagado! ¡Cómo eché de menos que estuvieras aquí, para abrazarme, para reconfortarme! Empiezo a entender el verdadero significado del abrazo. Abrazamos para que nos abracen. Abrazamos a nuestros hijos para ser rodeados por los brazos del futuro, para llevarnos a nosotros mismos más allá de la muerte, para ser transportados. Así era cuando yo te abrazaba, siempre. Tenemos hijos para que nos cuiden ellos a nosotros. Verdades domésticas, la verdad de una madre: desde ahora hasta el final es lo único que vas a oír de mí. Así pues: ¡cómo te he echado de menos! Cómo he echado de menos el poder subir las escaleras contigo, el pasarte los dedos por el pelo y susurrarte en el oído tal como hacía en las mañanas de escuela: «¡Hora de levantarse!». Y luego, cuando te dabas la vuelta, con el cuerpo caliente y el aliento oliendo a leche, cogerte en brazos en lo que llamábamos «darle un abrazo bien grande a mamá», el significado secreto de lo cual, el significado nunca dicho, era que mamá no tenía que estar triste porque no iba a morir sino que seguiría viviendo en ti.

¡Vivir! Tú eres mi vida. Te quiero en la misma medida en que quiero la vida. Por las mañanas salgo de la casa, me chupo un dedo y lo levanto para sentir el viento. Cuando sopla desde el noroeste, desde tu dirección, me quedo un rato de pie oliendo, concentrando mi atención con la esperanza de que a través de veinte mil kilómetros de tierra y mar me llegue alguna bocanada del olor a leche que conservas detrás de las orejas y en el pliegue del cuello.

Mi principal tarea, a partir de hoy: resistir el ansia de compartir mi muerte. Quererte a ti, amar la vida, perdonar a los vivos y marcharme sin amargura. Aceptar la muerte como algo mío y solamente mío.

¿A quién escribo entonces? La respuesta: a ti pero no a ti. A mí. A ti en mí.

Toda la tarde intenté mantenerme ocupada, limpiar los cajones, ordenar y tirar papeles. Al anochecer volví a salir. Detrás del garaje, el refugio volvía a estar montado, con el plástico negro extendido por encima. En el interior estaba tumbado el hombre, con las piernas encogidas, y a su lado un perro que levantó las orejas y se puso a menear el rabo. Un collie, joven, poco más que un cachorro, negro con manchas blancas.

—Nada de fuegos —le dije. ¿Lo entiende? No quiero fuegos, no quiero líos.

Se incorporó, frotándose los tobillos desnudos, mirando a su alrededor como si no supiera dónde estaba. Una cara de caballo, demacrada por los elementos y con la hinchazón alrededor de los ojos característica de los alcohólicos. Unos extraños ojos verdes: enfermos.

—¿Quiere comer algo? —le dije.

Me siguió a la cocina, con el perro siguiendo sus pasos, y esperó mientras yo le preparaba un sándwich. Le dio un bocado pero luego pareció olvidarse de masticar. Se quedó apoyado en la puerta con la boca llena; la luz se le reflejaba en los ojos verdes inexpresivos y el perro gemía suavemente.

—Tengo que limpiar —le dije con impaciencia e hice el gesto de cerrarle la puerta. Se marchó sin un murmullo, pero antes de que doblara la esquina estoy segura de que le vi tirar el sandwich y de que el perro corría a cogerlo.

Cuando tú estabas no había muchos de estos tipos sin casa. Pero ahora son parte de la vida cotidiana. ¿Me asustan? En conjunto, no. Piden un poco, roban un poco; suciedad, ruido, borracheras, nada más que eso. Lo que me da miedo son las pandillas de merodeadores, los chavales de modales hoscos, ávidos como tiburones, sobre los cuales ya empiezan a ceñirse las primeras sombras de la cárcel. Niños que se burlan de la infancia, de la época del asombro, del crecimiento del alma. Sus almas, sus órganos del asombro, atrofiadas, petrificadas. Y al otro lado de la gran división, sus primos blancos también con el alma atrofiada, cada vez más envueltos en sus capullos somníferos. Lecciones de natación, lecciones de equitación, lecciones de ballet. Críquet en la hierba. Vidas transcurridas en el interior de jardines amurallados guardados por bulldogs. Hijos del paraíso, rubios, inocentes, brillando con luz angélica, tiernos como *putti*. Su residencia es el limbo de los que no han nacido; su inocencia es la inocencia de las larvas de abeja, rechonchas y blancas, empapadas de miel, absorbiendo la dulzura a través de sus pieles blandas. Sus almas aletargadas, llenas de dicha, abstraídas.

¿Por qué le doy comida a ese hombre? Por la misma razón que se la daría a su perro (robado, estoy segura) si viniera mendigando. Por la misma razón que te di el pecho a ti. Estar lo bastante provisto como para dar y dar de la propia provisión: ¿qué deseo más profundo puede haber? Incluso los viejos intentan exprimir una última gota de sus cuerpos marchitos. Un deseo obstinado de dar de nutrir. La muerte apuntó con astucia cuando eligió mi pecho para lanzar la primera flecha.

Esta mañana, al traerle el café, lo he encontrado orinando en la alcantarilla, al

parecer sin ninguna vergüenza.

—¿Quiere un trabajo? —le he dicho. Hay muchos trabajos que le puedo dar.

No ha dicho nada, se ha limitado a beberse el café, sosteniendo la taza con las dos manos.

—Está desperdiciando su vida —le he dicho. Ya no es usted un niño. ¿Cómo puede vivir de esa forma? ¿Cómo puede pasarse el día tirado sin hacer nada? No lo entiendo.

Es verdad: no lo entiendo. A una parte de mí le da asco la lasitud, el abandono, el dar la bienvenida a la disolución.

Entonces ha hecho algo que me ha asombrado. Me ha mirado fijamente —era la primera vez que me miraba de esa forma—, y ha soltado un salivazo, espeso, amarillento, con vetas marrones del café, en el cemento junto a mi pie. Luego me ha tirado la taza y se ha marchado con aire despreocupado.

«La cosa en sí», he pensado, agitada: la cosa en sí sacada a la luz entre nosotros. No escupida sobre mí sino delante de mí, donde pudiera verla, inspeccionarla y pensar en ella. Su palabra, esa especie de palabra suya, de sus propios labios, caliente en el instante en que la ha soltado. Una palabra, innegable, en un idioma previo al lenguaje. Primero la mirada y luego el salivazo. ¿Qué clase de mirada? Una mirada sin respeto, de un hombre a una mujer lo bastante mayor para ser su madre. Ten: aquí tienes tu café.

Esta noche no ha dormido en el callejón. Las cajas también han desaparecido. Pero, hurgando, he encontrado la bolsa de Air Canada en la leñera y un sitio que debe de haber limpiado para echarse en medio de los troncos y los haces de leña. De manera que sé que tiene intención de volver.

Seis páginas ya, y todo por un hombre al que no conoces ni conocerás nunca. ¿Por qué escribo sobre él? Porque es yo y no lo es al mismo tiempo. Porque en la forma que tiene de mirarme me veo a mí misma de una manera que puede escribirse. De otra forma, ¿qué serían estas páginas más que una especie de gimoteo, unas veces ruidoso y otras silencioso? Cuando escribo sobre él estoy escribiendo sobre mí misma. Cuando escribo sobre su perro escribo sobre mí misma. Hombre, casa, perro: la palabra no importa, a través de ella extendiendo una mano hacia ti. En otro mundo no necesitaría palabras. Aparecería en tu umbral. «He venido a hacerte una visita», te diría, y ahí se acabarían las palabras: te abrazaría y tú me abrazarías a mí. Pero en este mundo, en esta época, tengo que llegar a ti con palabras. Así que todos los días me transformo en palabras y envuelvo las palabras en papel como si fueran dulces: dulces para mi hija, por su cumpleaños, recordando el día en que nació. Palabras salidas de mi cuerpo, gotas de mí misma, para que ella las desenvuelva en su propia época, para que las recoja, las sorba, las absorba. Como dicen en las botellas, licor a la antigua usanza, licor destilado por ancianos, destilado y embotellado con amor, con

el amor que no tenemos más alternativa que sentir hacia aquéllos a quienes nos dedicamos a devorar o a abandonar.

Aunque ha estado lloviendo sin parar toda la tarde, no ha sido hasta el anochecer que he oído el chirrido de la verja y, un minuto después, el golpeteo de las zarpas del perro sobre la terraza.

Yo estaba viendo la televisión. Un miembro de la tribu de *ministers* y *onderministers* estaba haciendo un anuncio a la nación. Yo estaba de pie, como siempre que ellos hablan, en un intento de conservar lo que puedo de mi autoestima (¿quién elegiría afrontar un pelotón de fusilamiento sentado?). *Ons buig nie voor dreigemente nie*: no nos plegamos a las amenazas, uno de esos discursos.

Las cortinas estaban abiertas a mi espalda. En un momento dado he sido consciente de su presencia, del hombre cuyo nombre no conozco, mirando a través del cristal por encima de mi hombro. Así que he subido el volumen, lo bastante como para que, si no las palabras, por lo menos le llegaran las cadencias, los ritmos lentos y truculentos del afrikaans con sus finales mortecinos, como un martillo clavando un poste en el suelo. Y hemos escuchado juntos, martillazo tras martillazo. La vergüenza de la vida que uno vive bajo esos golpes: abrir un periódico, encender la televisión, es como arrodillarse y que te orinen encima. Arrodillarse debajo de ellos: debajo de sus barrigas rollizas y sus vejigas atiborradas. «Vuestros días están contados», solía decirles en susurros, en una época, a esos mismos que ahora me van a sobrevivir.

Me disponía a ir de compras, y estaba abriendo la puerta del garaje, cuando he tenido un ataque repentino. Un ataque: solamente ha sido eso, el dolor se me ha echado encima como un perro y me ha clavado los dientes en la espalda. He gritado, incapaz de moverme. Luego él, el hombre, ha salido de alguna parte y me ha ayudado a entrar en casa.

Me he tumbado en el sofá, sobre el costado izquierdo, en la única postura cómoda que me queda. Él ha esperado.

—Siéntese —le he dicho. Se ha sentado. El dolor ha empezado a disminuir. —Tengo cáncer —le he dicho. —Me ha llegado al hueso. Por eso me duele.

No estoy del todo segura de que me haya entendido.

Un silencio largo. Luego:

—Tiene una casa muy grande —ha dicho él. Podría convertirla en una casa de huéspedes.

He hecho un gesto fatigado.

—Podría alquilar habitaciones a estudiantes —ha continuado sin dar tregua.

He bostezado y, al sentir que se me movía la dentadura, me he tapado la boca. En otra época me habría sonrojado, pero ahora ya no.

—Tengo una mujer que me ayuda con las tareas de la casa —le he dicho. Está fuera hasta final de mes, visitando a los suyos. ¿Tiene usted parientes?

Qué expresión tan curiosa: los suyos. ¿Quiénes son los míos? ¿Acaso lo eres tú? Creo que no. Tal vez solamente Florence puede permitirse tener a alguien que sean los suyos.

No ha contestado. Tiene un aire como de carencia de infancia. De no tener hijos en el mundo pero también de no haber sido niño en el pasado. Su cara es todo hueso y piel marchita. Igual que no se puede imaginar una cara de serpiente que no parezca vieja, tampoco se puede ver una cara de niño detrás de su cara. Ojos verdes, ojos de animal: ¿puede uno imaginar a un niño con unos ojos así?

—Mi marido y yo nos separamos hace tiempo —le he dicho. Ahora está muerto. Tengo una hija en América. Se marchó en mil novecientos setenta y seis y no ha vuelto. Está casada con un americano. Tienen dos hijos.

Una hija. Carne de mi carne. Tú.

Ha sacado un paquete de cigarrillos.

—No fume en la casa, por favor —le he dicho. ¿Cuál es su discapacidad? Dice que tiene una pensión de discapacidad.

Ha levantado la mano derecha. El índice y el pulgar estaban extendidos. Los otros tres dedos encogidos sobre la palma.

—No los puedo mover —ha dicho.

Los dos hemos mirado su mano, los tres dedos encogidos con las uñas sucias. No me ha parecido una mano encallecida de trabajar.

—¿Tuvo usted un accidente?

Ha asentido. La clase de asentimiento que no le comprometía a nada.

—Le pago por cortarme el césped —le he dicho.

Durante una hora, usando las tijeras de podar, ha estado cortando con desgana la hierba, que ahora llega hasta las rodillas en algunos sitios. Ha conseguido limpiar un cuadrado de unos pocos metros. Luego lo ha dejado. «No es un trabajo para mí», ha dicho. Le he pagado esa hora. Al marcharse ha chocado con el platillo de la comida de los gatos y ha dejado toda la terraza llena de porquería.

En general, causa más problemas de los que merece la pena aguantar. Pero yo no lo he elegido. Él me ha elegido a mí. O tal vez simplemente ha elegido la única casa sin perro. Una casa de gatos.

Los gatos están nerviosos por los recién llegados. Cada vez que asoman el hocico por la puerta, el perro se abalanza juguetonamente sobre ellos, de forma que se pasan el día escondidos dentro de casa y huraños. Hoy no han querido comer. Me ha parecido que no querían la comida porque había estado en la nevera, así que le he echado un poco de agua caliente por encima a ese revoltijo maloliente (¿qué es?, ¿carne de foca?, ¿carne de ballena?). Pero aun así lo han rechazado se han quedado dando vueltas alrededor del plato, sacudiendo la punta de la cola.

—¡Comed! —les he dicho, empujando el plato en su dirección. El más grande ha levantado una pata con gesto remilgado para evitar que lo tocara. Entonces he perdido el control. ¡Pues iros al infierno! —he gritado, y he blandido el tenedor en

dirección a ellos. ¡Estoy hasta la coronilla de daros de comer! En mi voz había un nuevo componente de furia; y al oírlo, me he sentido exultante. ¡Ya basta de ser una persona amable, ya basta de ser amable con los gatos! ¡Iros al infierno! —he vuelto a gritar con todas mis fuerzas. Cuando se han marchado corriendo, sus zarpas han arañado el linóleo.

¿A quién le importa? Cuando estoy de este humor, soy capaz de poner una mano sobre la tabla de cortar el pan y cortármela sin vacilar. ¿Qué me importa este cuerpo que me ha traicionado? Me miro la mano y no veo más que una herramienta, un garfio, una cosa que sirve para coger otras cosas. Y estas piernas, estos zancos feos y torpes: ¿por qué tengo que llevarlos conmigo a todas partes? ¿Por qué tengo que llevármelos a la cama todas las noches y meterlos bajo las sábanas, y meter los brazos también, junto a la cara, y quedarme ahí sin poder dormir en medio de ese enredo? Y también el abdomen, con su borboteo mortecino, y el corazón que late y late: ¿por qué? ¿Qué tienen que ver conmigo?

Enfermamos antes de morir para poder destetarnos de nuestro cuerpo.

La leche que nos nutría se vuelve aguada y se amarga. Nos separamos del pecho y nos ponemos a esperar con impaciencia una vida autónoma. Sin embargo, esta primera vida, esta vida en la tierra, en el cuerpo de la tierra: ¿hay otra mejor, puede haberla? Pese a toda la tristeza, la desesperación y la cólera, no he dejado de amarla.

El dolor me ha hecho tomar dos de las píldoras del doctor Syfret y tumbarme en el sofá. Me he despertado horas después, aturdida y helada; he subido a tientas las escaleras y me he metido en la cama sin desvestirme.

En medio de la noche he sido consciente de una presencia en la habitación que solamente podía ser él. Una presencia o un olor. Estaba ahí y luego se ha ido.

He oído un crujido en el rellano. Ahora está entrando en el estudio, he pensado. Ahora está encendiendo la luz. He intentado acordarme de si había algo privado entre los papeles de mi escritorio, pero tenía la cabeza demasiado embotada. Ahora está inspeccionando los libros, estantería tras estantería, he pensado, intentando poner un poco de orden otra vez, y los montones de periódicos viejos. Ahora está mirando las fotos de la pared: Sophie Schliemann engalanada con el tesoro de Agamenón. La Deméter con túnica del Museo Británico. Ahora, sin hacer ruido, abre los cajones del escritorio. El cajón de arriba, lleno de cartas, informes, sellos arrancados, fotografías, no le interesa. Pero en el cajón del fondo hay una cigarrera llena de monedas: peniques, dracmas, céntimos, chelines. La mano con los dedos encogidos hurga en ella, saca dos monedas de cinco pesetas lo bastante grandes como para pasar por rands y se las guarda en el bolsillo.

Está claro que no es un ángel. Más bien un insecto, salido de detrás del zócalo en busca de migajas cuando la casa está a oscuras.

Lo he oído en el otro extremo del rellano, probando las dos puertas cerradas con

llave. Solamente basura, he querido susurrarle: basura y recuerdos muertos, pero la niebla se ha vuelto a cerrar sobre mi cabeza.

He pasado el día en la cama. Sin energía, sin apetito. He leído a Tolstoi, no el famoso relato sobre el cáncer, que ya conozco demasiado bien, sino el relato del ángel que se queda a vivir con el zapatero. ¿Qué posibilidades tengo, si voy andando hasta la calle Mill, de encontrar a mi propio ángel, traerlo a casa y socorrerlo? Creo que ninguna. Tal vez en el campo siga habiendo uno o dos sentados entre mojones bajo el sol tórrido, adormecidos, esperando lo que les traiga el azar. Tal vez en los poblados ilegales. Pero en la calle Mill no, en los suburbios no. Los ángeles han abandonado los suburbios. Cuando un desconocido harapiento llama a la puerta nunca es más que un marginado, un alcohólico, un alma perdida. Y sin embargo, en nuestros corazones, ¡cómo deseamos que los cantos angélicos, como en el relato, hagan temblar nuestras casas aletargadas!

Esta casa está cansada de esperar que llegue el día, cansada de aguantar el tipo. Las tablas del suelo han perdido la elasticidad. El aislamiento de los cables está reseco, se desmenuza fácilmente, las tuberías están obturadas por la arenilla. Los canalones se comban allí donde los tornillos se han oxidado o se sueltan de la madera podrida. Las tejas están llenas de moho. Una casa construida con solidez pero sin amor, fría, ya inerte, lista para morir. Cuyas paredes el sol, incluso el sol africano, nunca ha conseguido calentar, como si los mismos ladrillos, fabricados por convictos, irradiaran una tristeza insoluble.

El pasado verano, cuando los trabajadores estaban cambiando los desagües, los vi arrancar las tuberías viejas. Llegaron a cavar a dos metros de profundidad, sacaron ladrillos mohosos, hierro oxidado e incluso una herradura solitaria. Pero ningún hueso. Un emplazamiento sin pasado humano. Sin interés para los espíritus ni para los ángeles.

Esta carta no pretende desnudar mi corazón. Pretende desnudar algo, pero no mi corazón.

Como esta mañana el coche no arrancaba, he tenido que pedirle a él, a ese hombre, a ese inquilino, que lo empujara. Me ha empujado hasta la calle.

—¡Ya! —ha gritado, dando una palmada en el techo.

El motor se ha calado. He salido a la calle, he conducido unos metros y luego, movida por la inercia, me he detenido.

—Tengo que ir a Fish Hoek —le he gritado desde una nube de humo. ¿Quiere venir?

Así que hemos partido, el perro en el asiento trasero, en el Hillman verde de tu infancia. Durante un rato largo no hemos intercambiado palabra. Hemos dejado atrás

el hospital, la universidad y Bishopscourt, con el perro inclinado sobre mi hombro para sentir el viento en la cara. Hemos subido penosamente por Wynberg Hill. En la larga bajada por la otra ladera he apagado el motor y hemos rodado colina abajo. Hemos ido ganando velocidad hasta que el volante ha empezado a temblarme en las manos y el perro ha gemido de excitación. Creo que yo estaba sonriendo. Tal vez tuviera los ojos cerrados.

Al pie de la colina, cuando hemos empezado a frenar, lo he mirado de reojo. Estaba sentado, tranquilo e imperturbable. ¡Es un buen hombre!, he pensado.

—Cuando era niña —le he dicho—, solía bajar colinas en bicicleta sin frenos de ninguna clase. La bici era de mi hermano mayor. Mi hermano me desafiaba, Yo no tenía ningún miedo. Los niños no pueden imaginarse lo que es morir. Ni siquiera se les pasa por la cabeza que no son inmortales.

”Con la bicicleta de mi hermano bajaba colinas todavía más abruptas que ésta. Cuanto más deprisa iba, más viva me sentía. La vida me hacía vibrar como si estuviera a punto de reventarme la piel. Igual que debe de sentirse una mariposa cuando nace o cuando se da a luz a sí misma.

”En un coche viejo como éste uno todavía puede ir con el motor apagado. Con un coche moderno, cuando apagas el motor el volante se queda bloqueado. Estoy segura de que lo sabes. Pero a veces la gente se equivoca o se olvida y se salen de la carretera. A veces atraviesan el arcén y van a parar al mar.

Al mar. Luchando con un volante bloqueado mientras vuelas dentro de una burbuja de cristal sobre el mar resplandeciente. ¿Sucede eso de verdad? ¿Le pasa a mucha gente? Si me quedara en Chapman's Peak un sábado por la tarde, ¿vería a esos hombres y mujeres, flotando en el aire como mosquitos partiendo en su último vuelo?

—Quiero contarte una historia —le he dicho. Cuando mi madre era niña, a principios de siglo, su familia iba a la costa por Navidad. Eso era en la época de las carretas tiradas por bueyes. Hacían en carreta todo el camino desde Uniondale en Cabo Oriental hasta Plettenberg Bay en la desembocadura del Piesangs, un viaje de ciento ochenta kilómetros que les tomaba no sé cuántos días. Por las noches acampaban junto al camino.

”Uno de los sitios donde paraban estaba en la cima de un paso de montaña. Mis abuelos pernoctaban en la carreta, mientras que mi madre y los demás niños montaban sus camas debajo de la misma. Así pues, y aquí empieza la historia, mi madre estaba en la cima del paso en el silencio de la noche, envuelta en sus mantas con sus hermanos y hermanas dormidos a su lado, mirando las estrellas a través de los radios de las ruedas. A medida que miraba, empezó a parecerle que las estrellas se movían. O bien se movían las estrellas o bien se movían las ruedas, muy, muy despacio. Y ella pensó: ¿qué hago? ¿Y si la carreta empieza a rodar? ¿Tengo que gritar para avisarlos? ¿Y si me quedo callada y la carreta gana velocidad y se va rodando montaña abajo con mis padres dentro? ¿Pero qué pasa si me lo estoy imaginando todo?

”Asfixiándose de miedo, con el corazón desbocado, se quedó allí mirando las estrellas, pensando. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Esperando el crujido, el primer crujido. Por fin se quedó dormida, y su sueño estuvo lleno de imágenes de muerte. Pero por la mañana, cuando se despertó, no encontró más que luz y paz. La carreta apareció ante sus ojos, sus padres reaparecieron y todo estuvo bien, como había estado antes.

Era hora de que él dijera algo, algo sobre colinas o bicicletas o sobre sí mismo o su infancia. Pero se obstinaba en seguir callado.

—Mi madre no le contó a nadie lo que había pasado por la noche —he continuado. Quizá estaba esperando a que naciera yo. A mí me explicó la historia muchas veces y de muchas formas. Siempre estaban de camino al río Piesangs. ¡Qué nombre tan fantástico y luminoso! Yo estaba segura de que sería el lugar más hermoso de la tierra. Años después de que mi madre muriera, visité Plettenberg Bay y vi el Piesangs por primera vez. Ni siquiera era un río: no había más que un hilillo de agua invadido de juncos y por las tardes de mosquitos y un campamento de caravanas lleno de niños gritando y de hombres gordos y descalzos con pantalones cortos haciendo *braai* con fogones de gas. Ningún paraíso. No era un sitio al que uno querría viajar todos los años atravesando valles y cruzando montañas.

Ahora el coche subía penosamente por Boyes Drive, voluntarioso pero viejo, como Rocinante. He agarrado el volante con más fuerza, apremiándolo.

En lo alto de Muizenberg, dominando la curva de False Bay, he aparcado y he apagado el motor. El perro ha empezado a gemir. Lo hemos dejado salir. Ha olisqueado el bordillo, ha olisqueado los matorrales y se ha aliviado mientras lo mirábamos guardando un silencio incómodo.

Él ha hablado.

—Ha aparcado usted al revés —ha dicho. El coche tendría que mirar colina abajo.

He ocultado mi disgusto. Siempre he querido que me vieran como una persona capaz. Y ahora más que nunca, ahora que la discapacidad se cierne sobre mí.

—¿Es usted de Ciudad del Cabo? —le he dicho.

—Sí.

—¿Y ha vivido aquí toda la vida?

Ha cambiado de postura, nervioso. Dos preguntas: una de más.

Una ola enorme, perfectamente recta, de cientos de metros de longitud, avanzaba hacia la orilla, con una figura solitaria sobre una tabla de surf brillando sobre su cresta. Al otro lado de la bahía, las montañas de Hottentots Holland se levantaban claras y azules. Hambre, he pensado: lo que me pasa es que mis ojos tienen hambre, un hambre tan grande que me disgusta el mero hecho de tener que parpadear. Estos mares, estas montañas: quiero grabármelas en la vista con tanta intensidad que, no importa donde yo vaya, siempre las tenga delante. Siento un amor ansioso por este mundo.

Una bandada de gorriones se ha posado en los matorrales que nos rodean; se han arreglado las plumas con el pico y han partido de nuevo. El surfista ha alcanzando la

orilla y ha empezado a caminar por la playa. De pronto se me han llenado los ojos de lágrimas. De no parpadear, me he dicho a mí misma. Pero la verdad es que estaba llorando. Inclineda sobre el volante, me he abandonado, primero a un sollozo silencioso y bastante discreto y luego a largos lamentos desarticulados, a vaciar los pulmones y a vaciar el corazón.

—Lo siento mucho —he dicho entrecortadamente. Y luego, cuando me he tranquilizado: —Lo siento mucho, no sé qué me ha pasado.

Me he secado los ojos, me he sonado la nariz.

—¿Nos vamos? —he dicho.

Ha abierto la portezuela, ha dado un silbido largo. El perro ha llegado dando saltos. Un perro obediente, sin duda robado a una buena familia.

Era verdad que el coche estaba aparcado en la dirección incorrecta.

—Arranque con la marcha atrás —me ha dicho él.

He quitado el freno de mano, he bajado rodando un trecho de colina, he soltado el embrague. El coche ha temblado y se ha parado.

—Nunca lo he arrancado con la marcha atrás —he dicho.

—Gire al otro carril —me ha dirigido, como un marido impartiendo una clase de conducción.

He dejado que el coche siguiera rodando colina abajo, luego he girado al otro carril. Tocando la bocina, un Mercedes blanco enorme ha pasado a toda velocidad por el carril de dentro.

—¡No lo había visto! —he dicho con voz entrecortada.

—¡Arranque!, me ha gritado él.

He mirado con asombro a ese extraño que me estaba gritando.

—¡Arranque! —me ha gritado de nuevo, a la cara.

El motor se ha calado. Durante el camino de vuelta he guardado un silencio ofendido. En la esquina de la calle Mill me ha pedido que lo dejara bajar.

El olor más desagradable viene de sus zapatos y sus pies. Necesita calcetines. Necesita zapatos nuevos. Necesita darse un baño. Necesita un baño diario. Necesita ropa interior limpia. Necesita una cama, necesita un techo sobre su cabeza, necesita tres comidas al día, necesita dinero en el banco. Demasiado que dar: demasiado para alguien que está anhelando, para ser sinceros, arrastrarse de vuelta al seno materno y que la reconforten.

Más avanzada la tarde, ha vuelto. Haciendo un esfuerzo por olvidar lo sucedido, le he hecho entrar en el jardín, indicándole las tareas que había que hacer.

—Podar, por ejemplo —le he dicho. ¿Sabe podar?

Ha negado con la cabeza. No, no sabía podar. O no quería.

En la esquina del fondo, las enredaderas más crecidas y gruesas cubrían el viejo banco de roble y la conejera.

—Habría que desbrozar todo esto —he dicho.

Ha levantado un extremo de la maraña de enredaderas. En el suelo de la conejera

había un revoltijo de huesos resecos, incluyendo el esqueleto perfecto de un conejo joven, con el cuello doblado hacia atrás en una última contorsión.

—Conejos —he dicho. Eran del hijo de mi asistenta. Yo le dejaba tenerlos aquí como mascotas. Luego hubo alguna que otra conmoción en su vida. Se olvidó de ellos y se le murieron de hambre. Yo estaba en el hospital y no me enteré. Me sentí fatal cuando volví y descubrí la agonía que habían pasado abandonados en el fondo del jardín. Los animales no pueden hablar, ni siquiera pueden llorar.

Las guayabas se caían, infestadas de gusanos, y ya formaban una alfombra de pulpa maloliente bajo el árbol.

—Me gustaría que los árboles siguieran dando frutos —he dicho. Pero ya nunca dan.

El perro nos ha seguido y ha olisqueado la conejera someramente. Los conejos llevaban mucho tiempo muertos y su olor había desaparecido.

—En todo caso, haga lo que pueda para volver a poner un poco de orden —he dicho. Para que no se convierta en una selva total.

—¿Por qué? —ha dicho.

—Porque así es como soy —he dicho. Porque no quiero dejar un caos detrás de mí.

Él se encoge de hombros, sonriendo para sus adentros.

—Si quiere que le pague, tendrá que ganárselo —le he dicho. No le voy a dar dinero por nada.

Ha pasado el resto de la tarde trabajando, cortando las enredaderas y la hierba, haciendo una pausa de vez en cuando para mirar a lo lejos, fingiendo que no se daba cuenta de que yo lo estaba vigilando desde el piso de arriba. A las cinco en punto le he pagado.

—Ya sé que no es usted jardinero —le he dicho. Y no quiero convertirlo en lo que no es. Pero no podemos hacer las cosas por simple caridad.

Ha cogido los billetes, los ha doblado, se los ha metido en el bolsillo y, apartando la vista a un lado para no mirarme directamente, ha dicho en voz baja:

—¿Por qué?

—Porque usted no se lo merece.

Él ha sonreído, se ha guardado su sonrisa para sí mismo:

—¿Merecer...? ¿Quién merece algo?

¿Quién merece algo? En un ataque de furia le he tirado el bolso.

—¿Pues en qué cree? ¿En coger? ¿En coger lo que quiere? Vamos, pues: cójalo.

Con toda tranquilidad ha cogido el bolso, ha sacado treinta rands y algunas monedas y me lo ha devuelto. Luego se ha marchado, con el perro siguiéndole alegremente los pasos. Al cabo de media hora ha vuelto. He oído el tintineo de las botellas.

De alguna forma ha encontrado un colchón, uno de esos colchones plegables que la gente lleva a la playa. Estaba tumbado en su pequeño nido entre el polvo y la

suciedad de la leñera, con una vela junto a la cabeza, fumando y con el perro a sus pies.

—Quiero que me devuelva ese dinero —he dicho.

Se ha hurgado en el bolsillo y ha sacado unos cuantos billetes. Los he cogido. No estaba todo, pero no importaba.

—Si necesita algo, puede pedirlo —le he dicho. No soy una persona agarrada. Y tenga cuidado con esa vela. No quiero un incendio.

He dado media vuelta y me he marchado. Pero al cabo de un minuto he vuelto.

—Me dijo usted —le he dicho— que por qué no convertía esta casa en una residencia de estudiantes. Pues bueno, hay cosas mejores que podría hacer con ella. Podría convertirla en un refugio para mendigos. Podría dirigir una cocina para darles sopa y un dormitorio. Pero no lo voy a hacer. ¿Por qué no? Porque en este país ha desaparecido el espíritu caritativo. Porque los que aceptan caridad la desprecian y los que la dan la dan sin convicción. ¿Qué sentido tiene la caridad cuando no se da y se recibe de corazón? ¿Qué cree usted que es la caridad? ¿Sopa? ¿Dinero? Caridad: viene de la palabra latina que significa corazón. Es tan difícil de aceptar como de dar. Cuesta el mismo esfuerzo. Ojalá aprendiera usted eso. Ojalá aprendiera algo en vez de pasarse el día tirado.

Es mentira: caridad, *caritas*, no tiene nada que ver con el corazón. Pero ¿qué importa que mis sermones se basen en etimologías falsas? Apenas me escucha cuando le hablo. Tal vez, a pesar de esa mirada afilada de pájaro, está más aturdido por la bebida de lo que yo creo. O tal vez, a fin de cuentas, no le importa. Importar: la verdadera raíz de la caridad. Intento que le importe y no lo consigo. Porque ya no le importa nada. No le importa nada y no le importa a nadie.

Como la vida en este país se parece mucho a la vida en un barco que se hunde, uno de esos buques de pasajeros antiguos con un capitán lúgubre y borracho y una tripulación huraña y los botes salvavidas llenos de agujeros, tengo la radio de onda corta en mi mesilla de noche. La mayor parte del tiempo solamente hablan, pero si uno persiste hasta las horas más altas de la noche, hay emisoras que se ablandan y ponen música. Esta noche he oído cómo aparecían y desaparecían —¿desde dónde?, ¿Helsinki?, ¿las islas Cook?— himnos de todos los países, música celestial, música que nos abandonó hace años y que ahora vuelve de las estrellas transfigurada, suave, como la prueba de que todo lo que se envía acaba volviendo. Un universo cerrado, curvado como un huevo, en cuyo interior estamos nosotros.

He permanecido acostada en la oscuridad, escuchando la música de las estrellas y el crujido y el zumbido que la acompañaba como polvo de meteoros, sonriente, con el corazón lleno de gratitud por esas buenas noticias llegadas de tan lejos. La única frontera que no pueden cerrar, he pensado: la frontera superior, la que separa la República de Sudáfrica y el imperio del cielo. Adonde yo voy a viajar. En donde no

hace falta pasaporte.

Todavía bajo el hechizo de la música (creo que era Stockhausen), me he sentado al piano esta tarde y he tocado algunas de las piezas de antaño: preludios de *El clave bien temperado*, preludios de Chopin, vales de Brahms, sacados de ediciones de Novello y Augener raídas, manchadas, reseca como el mismo polvo.

He tocado tan mal como siempre, equivocándome en los mismos acordes que hace medio siglo, repitiendo errores de digitación que ahora ya han llegado al hueso y nunca serán corregidos (los huesos más preciados por los arqueólogos, recuerdo, son los retorcidos por la enfermedad o los mellados por una flecha: huesos marcados con una historia propia de una época previa a la historia).

Cuando me he cansado de la dulzura de Brahms he cerrado los ojos y he tocado acordes, buscando con los dedos uno que, cuando apareciera, pudiera reconocer como el mío propio, como lo que en los viejos tiempos llamábamos el último acorde, el acorde del corazón (hablo de una época anterior a la tuya, cuando, bajando por la calle en un sábado tórrido por la tarde, todavía se podía oír el sonido, débil pero obstinado, procedente del salón de una casa, de una doncella pulsando las teclas en busca de esa resonancia esquiva pero ansiada. ¡Días de encanto, de pena y también de misterio! ¡Días de inocencia!).

—«¡Jerusalem!» —he cantado voz baja, tocando unos acordes que oí por primera vez en las rodillas de mi madre. «*And was Jerusalem y-built here?*».

Luego he vuelto por fin a Bach, y he tocado con torpeza, una y otra vez, la primera fuga del Primer Libro. El sonido era pantanoso, las líneas poco claras, pero de vez en cuando, y durante unos cuantos compases, emergía algo de verdad, la verdadera música, la música que no muere, llena de confianza, serena.

Estaba tocando para mí misma. Pero en un momento dado un tablón ha crujido o una sombra ha pasado por delante de la cortina y he sabido que él estaba fuera escuchando. Así que he tocado Bach para él, lo mejor que he podido. Cuando he terminado el último compás he cerrado la partitura y me he quedado sentada con las manos en el regazo contemplando el retrato oval de la portada con sus carrillos colgantes, su sonrisa elegante y sus ojos hinchados. Puro espíritu, he pensado, pero ¿en qué templo tan inverosímil! ¿Dónde se encuentra ahora ese espíritu? ¿En los ecos de mi torpe interpretación mientras desaparecen a través del éter? ¿En mi corazón, donde la música sigue bailando? ¿Ha conseguido también llegar al corazón del hombre de los pantalones caídos que está escuchando furtivamente al otro lado de la ventana? ¿Han estado nuestros dos corazones, nuestros órganos de amor, unidos durante este breve rato por un cordel de sonido?

Ha sonado el teléfono: una mujer de los pisos del otro lado de la calle me avisa de que ha estado observando a un vagabundo en mi propiedad.

—No es un vagabundo —le he dicho. Es un hombre que trabaja para mí.

Voy a dejar de contestar el teléfono. No hay nadie con quien esté lista para hablar salvo contigo y con el hombre gordo de la fotografía, el hombre gordo que está en el

cielo. Y creo ninguno de vosotros va a llamar.

El cielo. Me imagino el cielo como un vestíbulo de hotel con el techo muy alto y *El arte de la fuga* sonando atenuado en el sistema de megafonía. Donde uno puede sentarse en un sillón de cuero enorme y no padecer dolor. Un vestíbulo de hotel lleno de gente adormilada que escucha la música, mientras las almas pasan una y otra vez por delante de ellos como estelas de humo, las almas de todo el mundo. Un lugar atestado de almas. ¿Vestidas? Sí, vestidas, supongo. Pero con las manos vacías. Un lugar al que no se trae nada salvo una clase abstracta de ropa y los recuerdos que uno tiene dentro, los recuerdos de los que uno se compone. Un lugar sin incidencias. Una estación ferroviaria después de la abolición de los trenes. Escuchando la música celestial interminable, sin esperar nada, ojeando ociosamente la tienda de recuerdos.

¿Será posible sentarse en ese sillón escuchando la música sin preocuparse por la casa cerrada y a oscuras, por los gatos que merodean por el jardín, sin que nadie los alimente, enojados? Tiene que ser posible; ¿para qué está el cielo, si no? Y sin embargo, morir sin sucesión es —perdóname por decir esto— antinatural. Para tener la mente en paz, para tener el alma en paz, necesitamos saber qué viene después de nosotros, qué presencia llena ahora las habitaciones en las que antaño nos sentíamos en casa.

Pienso en las granjas abandonadas frente a las cuales pasaba con el coche en el Karoo y en la costa oeste y cuyos dueños emigraron ya hace años a las ciudades, dejando las fachadas entabladas y las cancelas cerradas con llave. Ahora ondea ropa limpia en las cuerdas y sale humo de la chimenea. Los niños juegan frente a la puerta trasera y saludan con la mano a los coches que pasan. Una tierra en proceso de ser reposeída, cuyos herederos se presentan con timidez al llegar. Una tierra tomada por la fuerza, usada, saqueada, abandonada en su ancianidad estéril. También amada, quizá, por sus violadores, pero amada solamente en la flor de su juventud, y por ello mismo, en el veredicto de la historia, no lo bastante amada.

Después de que suceda, te abren los dedos para asegurarse de que no intentas llevarte nada contigo. Un guijarro. Una pluma. Una semilla de mostaza debajo de la uña.

Es como un resumen, un resumen laberíntico, de muchas páginas, resta sobre resta, división sobre división, hasta que la cabeza da vueltas. Todos los días lo intento de nuevo, con una esperanza parpadeando en mi corazón que en este único caso, en mi caso, puede haber sido una equivocación. Y todos los días me detengo delante de la misma pared vacía: muerte, olvido. El doctor Syfret en su consulta: «Tenemos que afrontar la verdad». En otras palabras: tenemos que mirar la pared. Pero él no: yo.

Pienso en prisioneros de pie junto a la fosa en la que sus cuerpos van a caer. Suplican al pelotón de fusilamiento, lloran, bromean, intentan sobornarlos, ofrecen todo lo que poseen: los anillos que llevan en los dedos, la chaquetas que llevan sobre los hombros. Los soldados se ríen. Porque se lo van a quitar de todas formas, y también el oro de los dientes.

No hay más verdad que la ráfaga de dolor que me acomete cuando, en un momento de desprevenición, me asalta una visión de esta casa, vacía, con la luz del sol entrando por las ventanas e iluminando una cama vacía, o de False Bay bajo un cielo azul, prístina, desierta: cuando el mundo en el que he pasado mi vida se manifieste ante mí y yo no esté en él. Mi existencia cotidiana se ha convertido en una cuestión de apartar la vista, de encogerme. La muerte es la única verdad que queda. La muerte es una idea que no puedo soportar. Cada momento que paso pensando en otra cosa, no estoy pensando en la muerte, no estoy pensando en la verdad.

Intento dormir. Vacío la mente. La tranquilidad se empieza a adueñar de mí. Estoy cayendo, pienso, cayendo: bienvenidos, dulces sueños. Luego, en el mismo umbral del olvido, algo emerge y me despierta de nuevo, algo cuyo nombre solamente puede ser «terror». Estoy despierta en mi habitación, en mi cama, todo va bien. Una mosca se me posa en la mejilla. Se limpia. Empieza a explorar. Camina por mi ojo, por mi ojo abierto. Quiero parpadear, quiero apartarla, pero no puedo. Usando un ojo que es mío y no lo es, la observo. Se relame, si es que se puede decir así. En sus órganos abultados no hay nada que yo pueda reconocer como una cara. Pero la tengo encima, la tengo aquí: se pavonea encima de mí, una criatura de otro mundo.

O bien son las dos de la tarde. Estoy tumbada en el sofá o en la cama, intentando aliviar el peso de mi cadera, donde el dolor es más intenso. Tengo una visión de Esther Williams, de chicas rollizas con bañadores de flores nadando estilo espalda en grácil formación a través de aguas susurrantes y azules como el cielo, sonriendo y cantando. Tañen guitarras invisibles; las bocas de las chicas, arcos de intenso pintalabios escarlata, forman palabras. ¿Qué están cantando? Atardecer... Despedida... Tahiti. Me invade la nostalgia por el viejo cine Savoy, por las entradas a un chelín y cuatro peniques, en una moneda que ya desapareció para siempre, fundida salvo por unos cuantos cuartos de penique en el cajón de mi escritorio, con Jorge VI en una cara, el buen rey, el tartamudo, y en la otra un par de ruiseñores. Ruiseñores. Nunca he oído el canto del ruiseñor y nunca lo oiré. Acepto la nostalgia, acepto los remordimientos, acepto al rey, a las nadadoras, acepto cualquier cosa que me ocupe la mente.

O bien me levanto y enciendo el televisor. En un canal ponen fútbol. En el otro, un hombre negro junta las manos sobre la Biblia, predicándome en un idioma al que ni siquiera puedo poner nombre. Ésta es la puerta que abro para dejar que el mundo entre en tromba y ése es el mundo que viene a mí. Es como mirar dentro de una tubería.

Hace tres años entraron a robar en casa (tal vez te acuerdas, te hablé de ello en una carta). Los ladrones solamente se llevaron lo que podían cargar, pero antes de marcharse volcaron todos los cajones, rajaron los colchones, hicieron trizas la vajilla, rompieron botellas y tiraron por el suelo toda la comida de la despensa.

—¿Por qué se comportan así? —le pregunté al detective, perpleja. ¿Qué beneficio obtienen?

—Así es como son —contestó. Animales.

Después de aquello instalé barrotes en todas las ventanas. Me los puso un hombre indio rechoncho. Después de atornillar los barrotes en los marcos selló las cabezas de los tornillos con cola. «Es para que no los puedan destornillar», me dijo. Cuando se marchó me dijo: «Ahora está usted a salvo», y me dio unos golpecitos en la mano.

«Ahora está a salvo». Las palabras de un guardián de zoológico cuando cierra la puerta por la noche a un pájaro sin alas e incapacitado. Un dodo: el último de los dodos, viejo e incapaz ya de poner huevos. «Ahora está a salvo». Encerrado mientras en el exterior merodean los depredadores hambrientos. Un dodo temblando en su nido, durmiendo con un ojo abierto, saludando el amanecer demacrado. Pero a salvo, a salvo en su jaula, con los barrotes intactos, los cables intactos: el cable del teléfono, por el que puede suplicar ayuda en una situación extrema, el cable del televisor, por el que entra la luz del mundo, el cable de la antena, que atrapa la música de las estrellas.

La televisión. ¿Por qué la veo? El desfile de políticos todas las noches: solamente tengo que ver esas caras toscas e inexpresivas, tan familiares desde la infancia, para sentir abatimiento y náuseas. Los matones de la última fila de pupitres de la clase, chavales torpes y huesudos, ya crecidos y ascendidos para gobernar la tierra. Con sus padres y sus madres, con sus tías y tíos, con sus hermanos y hermanas: una horda de langostas, una plaga de langostas negras infestando el país, masticando sin cesar, devorando vidas. ¿Por qué los sigo mirando, si me llenan de horror y de asco? ¿Por qué dejo que entren en la casa? ¿Tal vez porque el reinado de la familia de langostas es la verdad de Sudáfrica, y la verdad es lo que me pone enferma? Ya no se molestan en arrogarse legitimidad. Se han sacudido de encima la razón. Lo que los absorbe es el poder y el estupor del poder. Comer y beber, masticar vidas, eructar. El parloteo lento y con la barriga llena. Sentados en círculo, debatiendo pesadamente, emitiendo decretos como mazazos: muerte, muerte, muerte. Sin preocuparse por el hedor. Párpados pesados, ojos porcinos, iluminados por la astucia de generaciones de campesinos. Conspirando los unos contra los otros: lentas conspiraciones de campesinos que tardan décadas en madurar. Los nuevos africanos, hombres barrigones y de mejillas colgantes sentados en sillas de oficina: reyes Cetewayo y Dingaan con pieles blancas. Enormes testículos de toro apretados contra sus mujeres y sus hijos, apretando hasta que les quitan toda la chispa. Ya no queda ninguna chispa en sus propios corazones. Corazones lentos, pesados como pudines de sangre.

Y su mensaje estúpidamente invariable, siempre la misma estupidez. Su gesta, después de años de meditación etimológica sobre la palabra, es haber convertido la estupidez en virtud. Dejar estupefacto: despojar de sentimiento; aturdir, ofuscar; llenar de perplejidad. Estupor: insensibilidad, apatía, torpeza mental. Estúpido: con las facultades ofuscadas, indiferente, desprovisto de pensamiento o de sentimiento. De *stupere*, quedarse atónito o pasmado. Hay una relación de grado de estupor y estupefacción a estupidez, la esencia de la petrificación. El mensaje: que el mensaje

no cambia nunca. Un mensaje que convierte a la gente en piedra.

Vemos cómo los pájaros miran a las serpientes, fascinados por lo que está a punto de devorarlos. Fascinación: el homenaje que rendimos a nuestras muertes. Entre las ocho y las nueve nos reunimos y ellos se exhiben ante nosotros. Una manifestación ritual, como las procesiones de obispos encapuchados durante la guerra de Franco. Una tanatofanía: mostrarnos nuestra muerte. ¡Viva la muerte!, es su grito, su amenaza. Muerte a los jóvenes. Muerte a la vida. Cerdos que devoran a su prole. La Guerra de los Cerdos.

Me digo a mí misma que no estoy viendo la mentira, sino el espacio que hay detrás de la mentira que usurpa la verdad. Pero ¿es verdad?

Dormité (sigo escribiendo sobre ayer), leí, dormité de nuevo. Me hice un té, puse un disco. Compás tras compás, las *Variaciones Goldberg* se elevaron en el aire. Crucé la sala hasta la ventana. Ya casi estaba oscuro. El hombre estaba sentado apoyado en la pared del garaje, fumando, con la brasa de su cigarrillo brillando. Tal vez me viera, tal vez no. Los dos estábamos escuchando.

En este momento, pensé, sé como se siente con tanta certeza como si él y yo estuviéramos haciendo el amor.

Aunque me vino espontáneamente, aunque me lleno de disgusto, consideré la idea sin estremecerme. Él y yo, su pecho sobre el mío, con los ojos cerrados, yendo juntos por un camino conocido. ¡Qué pareja tan inverosímil! Como viajar en autobús por Sicilia, cara con cara, cuerpo con cuerpo, en compañía de un extraño. Quizá es así como será el otro mundo: no un vestíbulo con sillones y música, sino un enorme autobús atestado de camino entre ninguna parte y ninguna parte. Sin espacio para sentarse: de pie durante toda la eternidad, apretado contra extraños. El aire cargado y rancio, lleno de suspiros y murmullos: perdón, perdón. Contactos promiscuos. Todo el mundo sometido eternamente al escrutinio ajeno. El fin de la vida privada.

Al otro lado del patio él permanecía sentado, fumando, escuchando. Dos almas, la de él y la mía, entrelazadas, embelesadas. Como insectos acoplados cola con cola, mirando en direcciones opuestas, salvo quizá por un latido del tórax que podría confundirse con la mera respiración. Quietud y éxtasis.

Tiró su cigarrillo. Una lluvia de chispas llegó al suelo y luego, oscuridad.

Esta casa, pensé. Este mundo. Esta casa, esta música. Esto.

—Ésta es mi hija —le he dicho. Ya le hablé de ella, la que vive en América.

Y sus ojos han mirado tu fotografía: una mujer treintañera, sonriente y de cara agradable, sobre un campo verde, llevándose una mano al cabello que el viento está agitando. Llena de confianza. Esto es lo que has logrado: el aspecto de una mujer que se ha encontrado a ella misma.

—Éstos son sus hijos.

Dos niños con gorras, chaquetas, botas y guantes, de pie junto a un muñeco de

nieve, esperando a que se dispare el obturador.

Una pausa. Estábamos sentados a la mesa de la cocina. Yo le había servido el té y galletas María. Galletas María: comida para viejos, para gente sin dientes.

—Si me muero, me gustaría que hiciera algo por mí. Hay algunos papeles que quiero enviar a mi hija. Pero después de que pase. Eso es lo importante. Por eso no los puedo enviar yo misma. Yo me encargo de todo lo demás. Lo único que tiene que hacer es entregar el paquete en el mostrador de la oficina de correos. ¿Lo hará por mí?

Se ha movido en la silla, incómodo.

—No le pediría este favor si pudiera evitarlo. Pero no hay otra forma. Yo no estaré aquí.

—¿No se lo puede pedir a otro? —ha dicho él.

—Sí que puedo. Pero se lo pido a usted. Son documentos privados, cartas privadas. Son la herencia de mi hija. Son lo único que puedo darle, lo único que va a aceptar, procedente de este país. No quiero que nadie más las abra y las lea.

Documentos privados. Estos documentos, estas palabras que estarás leyendo ahora o bien que nadie más va a leer. ¿Llegarán a ti? ¿Han llegado a ti? Dos formas de hacer la misma pregunta, una pregunta cuya respuesta nunca voy a conocer, nunca. Para mí esta carta nunca va a ser más que palabras enviadas a las olas: un mensaje en una botella con los sellos de la República de Sudáfrica y tu nombre.

—No sé —ha dicho el hombre, el mensajero, jugando con su cuchara.

No va prometer nada. E incluso si lo promete, al final va hacer lo que quiera. Últimas instrucciones, que no se podrán hacer cumplir. Porque los muertos no son personas. Ésa es la ley: todos los contratos caducan. A los muertos no se los puede engañar, no se les puede traicionar, a menos que los llesves contigo en el corazón y llesves a cabo el crimen ahí.

—No importa —le he dicho. También había pensado que viniera usted y diera de comer a los gatos. Pero ya lo arreglaré de otra forma.

¿De qué otra forma? En Egipto emparedaban a los gatos con sus amos muertos: ¿es eso lo que quiero: ojos amarillentos palpando de un lado a otro, buscando una salida de la caverna a oscuras?

—Voy a tener que matarlos —he dicho. Son demasiado viejos para vivir en una casa nueva.

Mis palabras han roto contra su silencio como agua contra una roca.

—Tengo que hacer algo con ellos —he dicho. No puedo quedarme cruzada de brazos. Usted haría lo mismo en mi situación.

Ha negado con la cabeza. No es cierto. Por supuesto que no. Una noche de invierno, tarde o temprano, cuando el fuego artificial de sus venas ya no caliente lo bastante para mantenerlo vivo, fallecerá. Morirá en un portal o en un callejón abrazándose el pecho. Lo encontrarán con su perro o con algún otro perro al lado, gimiendo y lamiéndole la cara. Lo meterán en un coche y el perro se quedará atrás en

la calle y así se termina todo. No habrá arreglos, no habrá legado, no habrá mausoleo.  
—Le enviaré el paquete por correo —ha dicho.

Florence ha vuelto, y no solamente ha traído a sus dos niñas, sino también a su hijo de quince años, Bheki.

—¿Se va a quedar mucho tiempo, Florence? —le he preguntado. ¿Va a haber sitio para él?

—Si no está conmigo se meterá en problemas —ha contestado Florence. Mi hermana ya no puede seguir cuidando de él. Las cosas están muy mal en Guguletu, muy mal.

Así que ahora tengo a cinco personas en el patio. Cinco personas, un perro y dos gatos. La vieja que vivía en un zapato. Y no sabía qué hacer<sup>[1]</sup>

Cuando Florence se marchó a principios de mes, le aseguré que era capaz de hacer las tareas de la casa. Pero, por supuesto, lo he descuidado todo, y pronto un olor rancio y húmedo invadió el piso de arriba, un olor a crema limpiadora, a sábanas sucias y polvos de talco. Ahora he tenido que seguirla avergonzada mientras hacía balance de la situación. Con los brazos en jarras, resoplando y con las gafas brillando, ha examinado las pruebas de mi incompetencia. Luego se ha puesto a trabajar. Para el final de la tarde, la cocina y el baño estaban resplandecientes, el dormitorio estaba fresco y limpio y el aire olía a abrillantador de muebles.

—Maravilloso, Florence —he dicho, usando las frases rituales. No sé qué haría sin ti. Pero por supuesto que lo sé. Me hundiría en la miseria indiferente de la vejez.

Después de hacer mi trabajo, Florence se ha puesto con el de ella. Ha puesto la cena en el fogón y se ha llevado a las dos niñas al baño. Viendo cómo las baña, frotando con fuerza detrás de las orejas, entre las piernas, hábil, decidida, sin hacer caso de sus quejas, he pensado: ¡qué mujer tan admirable, pero cómo me alegro de que no sea mi madre!

Me he encontrado al chico deambulando por el patio. Antes yo lo conocía como Digby, pero ahora es Bheki. Alto para su edad, con la belleza solemne de Florence.

—No me puedo creer cuánto has crecido —le he dicho.

No me ha contestado. Ya no es el muchacho de cara alargada que, cuando venía de visita, lo primero que hacía era correr a la conejera, sacar a la enorme hembra blanca y abrazarla contra el pecho. Huraño, sin duda, por haber sido separado de sus

amigos y escondido con sus hermanas pequeñas en el patio de alguien.

—¿Cuánto tiempo llevan cerradas las escuelas? —le he preguntado a Florence.

—Desde la semana pasada. Todas las escuelas de Guguletu, Langa y Nyanga. Los niños no tienen nada que hacer. Lo único que hacen es correr por las calles y meterse en problemas. Es mejor que esté aquí, donde yo pueda verlo.

—Va a estar inquieto sin sus amigos.

Florence se ha encogido de hombros, seria. Creo que no la he visto sonreír nunca. Pero tal vez sonría a sus hijos cuando está a solas con ellos.

—¿Quién es ese hombre? —ha preguntado Florence.

—Se llama señor Vercueil —he dicho. Vercueil, Verkuil, Verskuil. Eso dice. Yo nunca había oído ese apellido. Le he dejado quedarse aquí unos días. Tiene un perro. Dile a los niños que si juegan con él, no lo pongan muy nervioso. Es un perro joven y puede morder.

Florence ha negado con la cabeza.

—Si nos causa problemas, le diré que se marche —he dicho. Pero no puedo echarle por algo que no ha hecho.

Un día fresco y ventoso. Me he sentado en la terraza vestida con la bata. Debajo de mí, en el jardín, Vercueil estaba desmontando el viejo cortacésped, con las dos niñas observando. La mayor, que Florence dice que se llama Hope (no me confía su nombre verdadero), estaba en cuclillas a unos cuantos metros, fuera de su campo visual, con las manos juntas entre las rodillas. Llevaba una sandalias rojas nuevas. La pequeña, Beauty, también con sandalias rojas, daba tumbos sobre el césped, tropezando y a veces cayéndose de culo.

Mientras yo miraba, la niña se ha acercado a Vercueil con los brazos extendidos y los puños cerrados. Cuando ya estaba a punto de caerse encima de la cortadora, él la ha agarrado y la ha llevado cogida del brazo regordete a una distancia segura. De nuevo, dando tumbos, ella ha vuelto con él. De nuevo él la ha cogido y la ha llevado lejos. Ya estaba a punto de convertirse en un juego. Pero ¿querría jugar el adusto Vercueil?

Una vez más. Beauty se le ha echado encima. Una vez más, él la ha salvado. Luego, maravilla de maravillas, ha empujado el cortacésped medio desmontado a un lado y, ofreciendo una mano a la pequeña y la otra a Hope, ha empezado a caminar en círculos, primero despacio, luego más deprisa. Hope, con sus sandalias rojas, ha tenido que correr para no quedarse atrás. En cuanto a la pequeña, ha empezado a dar vueltas en el aire, chillando de placer, mientras el perro, encerrado al otro lado de la verja, saltaba y ladraba. ¡Menudo ruido! ¡Menuda excitación!

En ese momento Florence ha debido de aparecer en escena, porque las vueltas se

han ralentizado y se han detenido. Unas cuantas palabras en voz baja y Hope ha soltado la mano de Vercueil, ha cogido a su hermana y ha desaparecido de mi vista. He oído cerrarse la puerta. El perro, desconsolado, se ha puesto a gimotear. Vercueil ha vuelto al cortacésped. Media hora más tarde se ha puesto a llover.

El chico, Bheki, se pasa todo el tiempo sentado en la cama de Florence hojeando revistas viejas, mientras desde un rincón de la habitación Hope lo observa y lo adora. A veces, cuando se cansa de leer, se queda de pie en la entrada, haciendo botar una pelota en el suelo del garaje. El ruido me parece exasperante. Aunque me tapo la cabeza con una almohada, continúo oyendo ese ruido sordo e inmisericorde.

—¿Cuándo abren otra vez las escuelas? —pregunto, malhumorada.

—Ya le digo que pare —dice Florence. Un minuto más tarde, el ruido se detiene.

El año pasado, cuando empezaron los problemas en las escuelas, le dije a Florence lo que pensaba.

—En mi época considerábamos la educación un privilegio —le dije. Los padres se apretaban el cinturón y ahorran para que sus hijos fueran a la escuela. Nos habría parecido una locura quemar una escuela.

—Las cosas han cambiado —contestó Florence.

—¿Apruebas que los niños quemen las escuelas?

—No puedo decirles a estos chicos lo que tienen que hacer —dijo Florence. Todo ha cambiado. Ya no hay padres ni madres.

—Eso es absurdo —dije. Siempre hay padres y madres. Así terminó nuestra conversación.

La radio no dice nada de los disturbios en las escuelas, la television no dice nada y los periódicos no dicen nada. En el mundo que ellos proyectan, todos los niños del país se sientan felices en sus pupitres y aprenden sobre el cuadrado de la hipotenusa y los papagayos de la selva amazónica. Mis conocimientos sobre lo que está pasando en Guguletu se basan exclusivamente en lo que Florence me cuenta y en lo que puedo descubrir saliendo a la terraza y mirando al nordeste: es decir, que hoy no se está quemando Guguletu y que si se está quemando, es con una llama muy débil.

El país se quema, pero aun con la mejor intención del mundo solamente puedo prestarle atención a medias. Mi verdadera atención está vuelta hacia dentro, hacia la cosa, la palabra, la palabra que designa la cosa que me crece dentro. Una ocupación ignominiosa, y en un momento como éste también ridícula, ya que un banquero con la ropa ardiendo es un chiste, pero un mendigo en llamas no. Y sin embargo, no puedo evitarlo. —¡Mírame! —tengo ganas de gritarle a Florence. ¡Yo también estoy ardiendo!

La mayor parte del tiempo tengo cuidado de mantener las letras de la palabra separadas como si fueran las fauces de un cepo. Cuando leo tengo cuidado y me salto líneas o incluso párrafos enteros cuando veo con el rabillo del ojo la sombra de la palabra acechando para hacerme caer en su emboscada.

Pero en la oscuridad, en la cama, sola, la tentación de mirarla se vuelve

demasiado fuerte. Casi me siento empujada a mirarla. Me imagino a mí misma como una niña con un largo vestido blanco y un sombrero de paja en una enorme playa vacía. La arena vuela a mi alrededor. Me agarro el sombrero con firmeza, planto los pies y me hago fuerte para resistir el viento. Pero al cabo de un rato, en este lugar solitario donde no hay nadie mirando, el esfuerzo se vuelve demasiado grande. Me relajo. Como si fuera una mano en medio de mi espalda, el viento me da un empujón. Es un alivio dejar de resistir. Primero caminando y luego corriendo, dejo que el viento se me lleve.

Y noche tras noche, me lleva a *El mercader de Venecia*. «¿Acaso no como, duermo y respiro como vos? —se queja el judío Shylock. ¿Acaso no sangro como vos?», y blande una daga con una libra de carne sanguinolenta empalada en la punta. «¿Acaso no sangro como vos?», dice el judío con su barba larga y su casquete, danzando encolerizado y angustiado sobre el escenario.

Te lloraría a ti si estuvieras. Pero no estás. Por tanto, tengo que hacerlo con Florence. Florence tiene que ser la que sufra en estos momentos en que una verdadera ráfaga de miedo emana de mí y marchita la hoja en la rama. «Todo irá bien»: son las palabras que quiero que me digan. Quiero que alguien me abrace contra su seno, Florence, tú o quien sea, y me diga que todo irá bien.

Tumbada en la cama anoche con una almohada debajo de la cadera, abrazándome el pecho para evitar moverme y con el reloj marcando las 3.45, pensé con envidia y anhelo en Florence, en su habitación dormida rodeada de sus hijos dormidos, los cuatro respirando a sus cuatro ritmos distintos, todas las respiraciones fuertes y limpias.

Antes lo tenía todo, pensé. Ahora tú lo tienes todo y yo no tengo nada.

He doblado una hoja de papel por la mitad y le he escrito una nota a Florence: «Estoy teniendo una mala noche. Intentaré dormir más tarde. Por favor, que los niños no hagan ruido. Gracias. E. C.». He ido al piso de abajo y la he dejado en medio de la mesa de la cocina. Luego, temblando, he vuelto a la cama, me he tomado las pastillas de las cuatro, he cerrado los ojos, me he cruzado de brazos y he esperado un sueño que no ha venido.

Florence no me puede dar lo que quiero. No puedo tener nada de lo que quiero.

El año pasado, cuando la pequeña todavía era un bebé en brazos de su madre, llevé a Florence en coche a Brackenfell, al sitio donde trabaja su marido.

Sin duda ella esperaba que la dejara allí y me volviera a casa. Pero por curiosidad, por ver al hombre y por ver a los dos juntos, entré con ella.

Era la última hora de la tarde de un sábado. Desde el aparcamiento seguimos un camino polvoriento, dejamos atrás dos barracones largos y llegamos a un tercer barracón, donde un hombre con un mono azul estaba dentro de un corral de alambre lleno de pollos —gallinas jóvenes, en realidad— que pululaban alrededor de sus piernas. La niña, Hope, se soltó de su madre, salió disparada y agarró la malla metálica. Entre el hombre y Florence circuló algo: una mirada, una pregunta, un

reconocimiento.

Pero no había tiempo para saludos. Él, William, el marido de Florence, tenía un trabajo y el trabajo no se podía interrumpir. Su trabajo era abalanzarse sobre un pollo, darle la vuelta, agarrar el cuerpo revoloteante entre las rodillas, retorcerle un alambre alrededor de las patas y pasárselo a un segundo hombre, más joven, que lo colgaba, graznando y aleteando, de un gancho en una cinta transportadora traqueteante en el techo que se lo llevaba al fondo del barracón. Allí un tercer hombre con un chubasquero salpicado de sangre le agarraba la cabeza, le tensaba el cuello y se lo cortaba con un cuchillo tan pequeño que parecía parte de su mano, luego tiraba la cabeza con el mismo movimiento dentro de un cubo lleno de cabezas muertas.

Aquél era el trabajo de William, y yo lo vi todo antes de tener tiempo o presencia de ánimo para preguntarme si quería verlo. Aquello era lo que hacía seis días por semana. Ataba patas de pollos. O quizá se turnaba con los otros hombres y también colgaba pollos de los ganchos y les cortaba la cabeza. Por trescientos rands al mes más la comida. Llevaba quince años haciendo aquel trabajo. Así que no era inconcebible que alguno de los cuerpos que yo había rellenado de migas de pan, yema de huevo y salvia y había untado de aceite y ajo hubieran estado, en sus últimas horas, entre las piernas de aquel hombre, el padre de los hijos de Florence. Que se levantaba a las cinco de la mañana, mientras yo todavía dormía, para limpiar con la manguera el fondo de las jaulas, llenar los comederos, barrer los barracones, y luego, después del desayuno, empezar la matanza, ponerse a desplumar y limpiar, a congelar miles de cadáveres, a empaquetar miles de cabezas y patas, kilómetros de intestinos, montañas de plumas.

Tendría que haberme marchado en el acto, cuando vi lo que había allí. Tendría que haber cogido el coche y haber hecho lo posible por olvidarlo todo. Pero, en cambio, me quedé junto a la alambrada, fascinada, mientras los tres hombres aplicaban la muerte a aquellos pájaros incapaces de volar. Y a mi lado las niñas, con los dedos agarrando la malla metálica, absorbiendo también imagen.

Tan duro y sin embargo tan fácil, matar y morir.

Se hicieron las cinco de la tarde, el final del día, y les dije adiós. Mientras yo conducía de vuelta a esta casa vacía, William se llevó a Florence y las niñas a las dependencias donde vivía. Se lavó, hizo una cena de pollo y arroz en el fogón de parafina y dio de comer al bebé. Era sábado. Algunos de los demás empleados de la granja estaban fuera de visita, distrayéndose. De manera que Florence y William tuvieron ocasión de meter a las niñas en una litera vacía y salir a dar un paseo, los dos solos en el calor del anochecer.

Caminaron por el arcén de la carretera. Hablaron de la última semana, de cómo les había ido. Hablaron de sus vidas.

Cuando volvieron, las niñas ya se habían dormido. Para tener intimidad, colgaron una manta delante de su litera. Luego tuvieron la noche para ellos, toda salvo la media hora en que Florence salió y dio de comer al bebé en la oscuridad.

El domingo por la mañana, William —que no es su nombre de verdad, sino el nombre con que se lo conoce en el mundo del trabajo— se puso su traje, su sombrero y unos zapatos buenos. Él y Florence caminaron hasta la parada del autobús, ella con el bebé a la espalda, él cogiendo la mano de Hope. Cogieron un autobús a Kuilsrivier, luego un taxi a la casa en Guguletu de la hermana con la que vivía su hijo.

Eran las diez pasadas y empezaba a hacer mucho calor. La misa ya había terminado. La sala de estar estaba abarrotada de visitas y llena de conversaciones. Al cabo de un rato los hombres se marcharon; era hora de que Florence ayudara a su hermana a hacer la comida. Hope se quedó dormida en el suelo. Entró un perro, le lamió la cara y lo echaron. Sin despertarla, la cogieron en brazos y la pusieron en el sofá. En un momento de intimidad, Florence le dio a su hermana el dinero del alquiler de Bheki, para su comida, sus zapatos, sus libros de la escuela. Su hermana se lo guardó en el corpiño. Luego apareció Bheki y saludó a su madre. Los hombres volvieron de donde fuera que habían estado y todos comieron juntos: pollo de la granja o la factoría o la planta o lo que sea, arroz, calabaza y salsa de asado. Los amigos de Bheki se pusieron a llamarlo desde la calle: a toda prisa, él se terminó la comida y se fue de la mesa.

Todo esto sucedió. Todo esto debió de suceder. Era una tarde corriente en Africa: clima soñoliento, un día soñoliento. Casi es posible decir: así debería ser la vida.

Hora de que se marcharan. Caminaron hasta la parada del autobús, con Hope subida ahora a hombros de su padre. El autobús llegó. Se dijeron adiós. El autobús se llevó a Florence y a sus hijas. Se las llevó a Mowbray, donde cogerían otro autobús hasta la calle Saint George's y luego un tercero a la calle Kloot. Desde la calle Kloot fueron caminando. Para cuando llegaron a la calle Schoonder, las sombras ya se estaban alargando. Era hora de darle la cena a Hope, quejosa y cansada, de bañar al bebé, de terminar de planchar la ropa del día anterior.

Por lo menos lo que mata no es ganado, me dije a mí misma. Por lo menos no son más que pollos, con sus miradas estúpidas de pollos y sus ilusiones de grandeza. Pero no se me iba de la cabeza la granja, la fábrica, la empresa donde trabajaba el marido de la mujer que vivía codo con codo conmigo, donde día tras día caminaba por el corral, de izquierda a derecha de atrás a delante, dando vueltas, en medio del olor a sangre y plumas, en medio de un estruendo de graznidos de odio, buscando, levantando, agarrando, atando y colgando. Pensé en todos los hombres a lo largo y ancho de Sudáfrica que, mientras yo estaba sentada mirando por la ventana, estaban matando pollos, removiendo tierra, palada tras palada. En todas las mujeres que estaban eligiendo naranjas, cosiendo ojales. ¿Quién iba a contar todas aquellas paladas, naranjas, ojales y pollos? Un universo de trabajo, un universo de recuentos: como sentarse delante de un reloj todo el día, matando los segundos a medida que llegan, matar la propia vida contando el tiempo.

Desde que Vercueil aceptó mi dinero, ha estado bebiendo sin parar, no solamente vino, sino también brandy. Algunos días no bebe hasta el mediodía y usa las horas de abstinencia para que la rendición sea más voluptuosa. Pero lo normal es que ya esté intoxicado para cuando sale de casa a media mañana.

Hoy el sol brillaba débilmente cuando ha regresado de su excursión. Yo estaba en la terraza del piso de arriba. Él me ha visto y se ha sentado en el patio con la espalda apoyada en la pared y el perro a su lado. El hijo de Florence ya estaba allí, con un amigo al que yo no había visto antes, y Hope devoraba cada uno de sus movimientos con los ojos. Tenían una radio encendida; el chirrido y el golpeteo de la música era peor todavía que la pelota de tenis.

—Agua —les ha gritado Vercueil. Traedme agua.

El chico nuevo, el amigo, ha cruzado el patio y se ha agachado a su lado. No he oído lo que se decían. El chico ha extendido una mano.

—Dame —ha dicho.

Vercueil le ha apartado la mano con gesto perezoso.

—Dámela —ha dicho el chico, de rodillas, y ha empezado a tironear para sacarle la botella del bolsillo a Vercueil.

Vercueil se ha resistido, pero sin ganas.

El chico ha desenroscado el tapón y ha vertido el brandy en el suelo. Luego ha tirado la botella a un lado. Se ha hecho añicos. Una estupidez: he estado a punto de gritar.

—¡Te están convirtiendo en un perro! —ha dicho el chico. ¿Quieres ser un perro?

El perro, el perro de Vercueil, ha gemido con entusiasmo.

—Vete al infierno —ha replicado Vercueil con voz gangosa.

—¡Perro! —ha dicho el chico. ¡Borracho!

Le ha dado la espalda a Vercueil y ha vuelto con Bheki, caminando con aire de importancia. Qué niño tan arrogante, he pensado. Si es así como se comportan los nuevos guardianes del pueblo, que Dios nos libre de ellos.

La niña ha olisqueado el brandy y ha fruncido la nariz.

—Vete al infierno tú también —ha dicho Vercueil, haciéndole un gesto con la mano para que se marchara. Ella no se ha movido. Luego, de pronto, se ha girado y ha echado a correr a la habitación de su madre.

La música ha seguido aporreando. Vercueil se ha quedado dormido, desplomado de lado contra la pared con la cabeza del perro en su rodilla. He vuelto con mi libro. Al cabo de un rato el sol se ha escondido detrás de las nubes y ha empezado a hacer frío. Ha empezado a caer una llovizna fina. El perro se ha sacudido y ha entrado en el cobertizo. Vercueil se ha puesto de pie y ha entrado detrás. Yo he recogido mis cosas.

Dentro del cobertizo ha habido un revuelo. Primero el perro se ha escabullido fuera, ha mirado a su alrededor y se ha puesto a ladrar. Luego Vercueil ha salido

también, de espaldas, y por fin han salido los dos chicos. Cuando el segundo chico, el amigo, se le ha acercado, Vercueil ha arremetido y le ha golpeado en el cuello con la palma de la mano. El chico ha contenido la respiración con un bufido de sorpresa: incluso desde la terraza lo he oído. Luego le ha devuelto el golpe a Vercueil, que ha trastabillado y ha estado a punto de caer. El perro no paraba de bailar a su alrededor, ladrando. El chico ha vuelto a golpear a Vercueil y ahora Bheki se le ha unido.

—¡Parad! —les he gritado.

No me han hecho caso. Vercueil estaba en el suelo; le estaban dando patadas; Bheki se ha quitado el cinturón de los pantalones y ha empezado a azotarlo.

—¡Florence! —he gritado. ¡Diles que paren! Vercueil se ha tapado la cara con las manos para protegerse. El perro ha saltado encima de Bheki. Bheki lo ha apartado de un golpe y ha seguido azotando a Vercueil con el cinturón. ¡Vosotros dos, parad! —les he gritado, agarrando la barandilla. ¡Parad de una vez o llamaré a la policía!

Entonces ha aparecido Florence. Ha hablado en tono cortante y los chicos se han apartado. Vercueil se ha puesto de pie con dificultades. He bajado las escaleras lo más deprisa que he podido.

—¿Quién es este chico? —le he preguntado a Florence.

El chico ha dejado de hablar con Bheki y me ha mirado. No me ha gustado su mirada: arrogante, combativa.

—Es un amigo de la escuela —ha dicho Florence.

—Tiene que irse a su casa —he dicho. Esto es más de lo que puedo soportar. No quiero peleas en mi patio. No puedo permitir que haya desconocidos entrando y saliendo.

A Vercueil le salía sangre del labio. Era extraño ver sangre en aquella cara curtida. Como miel sobre cenizas.

—No es un desconocido, está de visita —ha dicho Florence.

—¿Nos hace falta un pase para entrar aquí? —ha dicho Bheki. Él y su amigo han intercambiado miradas. ¿Necesitamos un pase?

Han esperado mi respuesta, desafiándome. La radio seguía sonando. Un ruido inhumano, exasperante: me daban ganas de taparme los oídos con las manos.

—No he mencionado ningún pase —he dicho. Pero ¿qué derecho tiene este chico a venir aquí y atacar a este hombre? Este hombre vive aquí. Es su casa.

Florence ha resoplado.

—Sí —le he dicho, volviéndome hacia ella. También vive aquí. Es su casa.

—Vive aquí —ha dicho Florence. Pero es escoria. Es un holgazán.

—¡*Jou moer!* —ha dicho Vercueil. Se había quitado el sombrero y estaba volviendo a colocar bien la copa con el puño. Luego ha levantado la mano con el sombrero como si fuera a golpearla. ¡*Jou moer!*

Bheki le ha quitado el sombrero y lo ha tirado encima del tejado del garaje. El perro ha ladrado con furia. Lentamente, el sombrero ha vuelto a caer por el ala del tejado.

—No es escoria —he dicho, bajando la voz, dirigiéndome solamente a Florence. La gente no es escoria. Somos todas personas que viven juntas.

Pero Florence no tenía ganas de oír sermones.

—Solamente sirve para beber —ha dicho— beber, beber y beber todo el día. No me gusta que esté aquí.

Un holgazán: ¿eso era? Si, tal vez: holgazán. Una palabra de antaño, de las que se oían poco últimamente.

—Es mi recadero —he dicho.

Florence me ha mirado con desconfianza.

—Va a hacer recados para mí —he dicho.

Ella se ha encogido de hombros. Vercueil se ha marchado arrastrando los pies con su sombrero y su perro. He oído cerrarse la cancela de la verja.

—Diles a los chicos que lo dejen en paz —he dicho. No hace daño a nadie.

Como un gato viejo perseguido por los machos jóvenes, Vercueil ha ido a esconderse y lamer sus heridas. Me imagino a mí misma buscando por los parques y llamando con voz queda: «¡Señor Vercueil! ¡Señor Vercueil!». Una vieja en busca de su gato.

Florence está abiertamente orgullosa de cómo Bheki se ha librado del holgazán, pero predice que volverá tan pronto como empiece a llover. En cuanto a mí, dudo de que lo veamos mientras estén aquí los chicos. Se lo he dicho a Florence.

—Estás enseñando a Bheki y a sus amigos que pueden levantar la mano contra sus mayores con impunidad. Eso es un error. ¡Sí, da igual lo que pienses de él, Vercueil es mayor que ellos!

”Cuanto más cedas con ellos, Florence, más atroz será el comportamiento de los chicos. Me dijiste que admirabas a la generación de tu hijo porque no tienen miedo de nada. Ten cuidado: puede que empiecen por no preocuparse de sus propias vidas y terminen por no importarles las de los demás. Lo que admiras de ellos no es necesariamente lo mejor.

”No puedo olvidar lo que dijiste aquella vez: que ya no había padres y madres. No puedo creer que lo digas en serio. Los niños no pueden crecer sin padres ni madres. Los incendios y asesinatos de los que se habla, esa crueldad tan asombrosa, incluso este asunto de pegar al señor Vercueil: ¿de quién es culpa al fin y al cabo? Probablemente sea de los padres que dicen: «Venga, haced lo que queráis, ya sois vuestros propios dueños, os devuelvo la autoridad». ¿Qué niño quiere en el fondo que le digan eso? Seguramente se quedará confundido, pensando para sí mismo: «Ya no tengo madre, ya no tengo padre: pues que la muerte sea mi madre y que la muerte sea mi padre». Te lavas las manos respecto a ellos y se convierten en hijos de la muerte.

Florence ha negado con la cabeza.

—No —ha dicho con firmeza.

—Pero ¿te acuerdas de lo que me contaste el año pasado, Florence, cuando estaban pasando aquellas cosas inimaginables en los distritos segregados? Me dijiste: «He visto una mujer en llamas, ardiendo, y cuando ha gritado pidiendo ayuda, los niños se han reído y le han tirado más gasolina». Me dijiste: «No creí que viviera para ver algo así».

—Sí que lo dije, y es verdad. Pero ¿quién los ha vuelto tan crueles? ¿Son los blancos los que los han vuelto tan crueles! ¡Sí!

Su respiración era entrecortada, apasionada. Estábamos en la cocina. Ella estaba planchando. Su mano agarraba la plancha con fuerza. Me ha lanzado una mirada iracunda. Yo le he tocado suavemente la mano. Ella ha levantado la plancha. En la sábana había el principio de la huella marrón de una quemadura.

Sin cuartel, he pensado: una guerra sin cuartel, sin límites. Una guerra de la que mantenerse alejado.

—Y el día que crezcan —he dicho en voz baja—, ¿crees que dejarán de ser crueles? ¿En qué clase de padres se convertirán si aprenden que se ha terminado la época de los padres? ¿Pueden volverse a crear los padres una vez que la idea de los padres ha sido destruida dentro de nosotros? Pegan a un hombre y le dan patadas porque bebe. Incendian a la gente y se ríen mientras muere quemada. ¿Cómo van a tratar a sus hijos? ¿Qué amor van a ser capaces de dar? El corazón se les está volviendo de piedra ante nuestros ojos, y ¿qué dices tú? Dices: «Éste no es mi hijo. Es el hijo del hombre blanco, es el monstruo que ha creado el hombre blanco». ¿Eso es lo único que sabes decir? ¿Vas a echarle la culpa a los blancos y volver la espalda?

—No —ha dicho Florence. Eso no es verdad. Yo no les doy la espalda a mis hijos. Ha doblado la sábana a lo ancho y a lo largo, juntando las esquinas de forma precisa y decidida. —Son unos buenos chicos, son como el hierro, estamos orgullosos de ellos. Ha extendido en la cama una de las fundas de almohada. Yo esperaba que dijera algo más, pero no ha dicho más. No estaba interesada en debatir conmigo.

Niños de hierro, he pensado. Florence también es un poco de hierro. Es la edad de hierro después de la cual viene la edad de bronce. ¿Cuánto falta para que les llegue el turno de regresar a las edades más amables, la edad de arcilla y la edad de tierra? Una matrona espartana, con el corazón de hierro, criando hijos guerreros para el país. «Estáis orgullosos de ellos». Estamos. Vuelve a casa con tu escudo o vuelve encima de tu escudo.

¿Y yo? ¿Dónde está mi corazón en todo esto? Mi única hija está a miles de kilómetros de distancia, a salvo. Pronto seré humo y ceniza. Así pues, ¿qué me importa que haya llegado un momento en que se desprecia la infancia, en que los niños se adiestran entre ellos para no sonreír nunca, para no llorar nunca, para levantar los puños en el aire como mazos? ¿Es realmente una época descompasada, arrancada del suelo, malnacida y monstruosa? Después de todo, ¿acaso no ha sido la edad de granito la que ha dado luz a la edad de hierro? ¿Acaso no tuvimos voortrekkers, generación tras generación de voortrekkers, niños afrikáners adustos y

herméticos, marchando, cantando sus himnos patrióticos, saludando a su bandera, jurando morir por su tierra natal? *Ons sal lewe, ons sal sterwe*. ¿Acaso no sigue habiendo celotes blancos que predicán el viejo régimen de disciplina, trabajo, obediencia y sacrificio personal, un régimen de muerte, a niños que en algunos casos son demasiado jóvenes para atarse los cordones de los zapatos? ¡Qué pesadilla de principio a fin! El espíritu de Ginebra triunfando en Africa. Calvino, con su túnica negra, con la sangre aguada, frío para siempre, frotándose las manos en el otro mundo, sonriendo con su sonrisa invernal. Calvino victorioso, renacido en los dogmatistas y cazadores de brujas de ambos ejércitos. ¡Qué afortunada eres por haber dejado todo esto atrás!

El otro chico, el amigo de Bheki, llegó en una bicicleta roja con unos gruesos neumáticos de color celeste. Cuando me fui a dormir anoche, la bicicleta estaba en el patio, brillando húmeda bajo la luna. A las siete de esta mañana, cuando he mirado por la ventana, seguía ahí. Me he tomado las pastillas de la mañana y he dormido otra hora. He soñado que estaba atrapada en una multitud. Las siluetas me empujaban, me pegaban, renegaban con palabras que yo no entendía, inmundas, amenazantes. Yo devolvía los golpes, pero tenía los brazos de una niña: mis golpes hacían *fu, fu*, como ráfagas de aire.

Me ha despertado el ruido de voces acaloradas, la de Florence y la de alguien más. He tocado el timbre una vez, dos, tres y cuatro veces. Por fin Florence ha venido.

—¿Hay alguien en la puerta, Florence?

Florence ha recogido el edredón del suelo y lo ha doblado sobre los pies de la cama.

—No es nadie —ha dicho.

—¿Se ha quedado a pasar la noche aquí el amigo de tu hijo?

—Sí. No podía ir en bicicleta de noche, es demasiado peligroso.

—¿Y dónde ha dormido?

Florence se ha erguido.

—En el garaje. Bheki y él han dormido en el garaje.

—Pero ¿cómo han entrado en el garaje?

—Han abierto la ventana.

—¿Es que no pueden preguntarme antes de hacer algo así?

Silencio. Florence ha recogido la bandeja.

—¿Acaso ese chico va a vivir aquí también, en el garaje? ¿Están durmiendo en mi coche, Florence?

Florence ha negado con la cabeza.

—No lo sé. Tiene que preguntárselo usted misma.

Mediodía y la bicicleta seguía en el mismo sitio. De los chicos no había ni rastro.

Pero cuando he ido al buzón había una furgoneta amarilla de la policía al otro de la calle. Dentro había dos hombres uniformados, uno de ellos dormido, el que estaba de mi lado, con la mejilla pegada al cristal.

Le he hecho una seña al que estaba tras el volante. El motor se ha encendido, el que dormía se ha incorporado, la furgoneta se ha subido a la acera, ha hecho un giro enérgico de ciento ochenta grados y ha aparcado a mi lado.

Yo esperaba que salieran. Pero no, se han quedado sentados sin decir nada, esperando a que yo hablara. Soplaban un viento frío del noroeste. Yo me he cerrado la bata en torno a la garganta. La radio de la furgoneta ha chisporroteado. *Vier-drie-agt*, ha dicho una voz de mujer. Ellos no le han hecho caso. Los dos hombres de azul.

—¿Puedo ayudarlos? —he dicho. ¿Están esperando a alguien?

—¿Que si puede ayudarnos? No lo sé, señora. Díganos usted si puede ayudarnos.

En mi época, he pensado, los policías hablaban con respeto a las señoras. En mi época los niños no incendiaban las escuelas. «En mi época»: una expresión que en estos días solamente se encuentra uno en cartas al director. Viejos y viejas, temblando de Furia justiciera, agarrando la pluma, el arma del último recurso. En mi época, que ya terminó. En mi vida, que es el pasado.

—Si está buscando a esos chicos, quiero que sepan que tienen mi permiso para estar aquí.

—¿Qué chicos, señora?

—Los que están aquí de visita. Los chicos de Guguletu. Los estudiantes.

Ha habido un chisporroteo procedente de la radio.

—No, señora, no sé nada de unos chicos de Guguletu. ¿Quiere usted que los vigilemos?

Los dos han intercambiado una mirada, una mirada divertida. Yo he agarrado el barrote de la cancela. La bata se me ha abierto y he sentido el viento frío en la garganta y en el pecho.

—En mi época —he dicho, pronunciando con claridad cada palabra antigua, desacreditada y cómica— un policía no hablaba así a una señora. Y les he dado la espalda.

La radio ha graznado como un loro a mi espalda. O tal vez la han hecho sonar ellos, no me extrañaría. Una hora después, la furgoneta amarilla seguía frente a la cancela.

—De verdad creo que tendrías que enviar al otro chico a su casa —le he dicho a Florence. Va a meter a tu hijo en problemas.

—No puedo mandarlo a su casa —ha dicho Florence. Sí se va, Bheki también se irá. Son así. Ha levantado una mano con dos dedos entrelazados. Es más seguro que se queden aquí. En Guguletu hay disturbios todo el tiempo, luego la policía llega y dispara.

Tiroteos en Guguletu: no sé qué es lo que sabe Florence del tema o lo que puedas saber tú a veinte mil kilómetros de distancia. En las noticias que me llegan a mí no se

mencionan ni los disturbios ni los tiroteos. La tierra que se me presenta a mí es una tierra de vecinos sonrientes.

—Si han venido para estar lejos de los disturbios, ¿por qué los busca la policía?

Florence ha respirado hondo. Desde que nació el bebé tiene un aire de furia vagamente contenida.

—No me tiene que preguntar a mí, señora —ha declarado—, por qué la policía busca a los niños, los persigue, los dispara y los mete en la cárcel. No me lo pregunte a mí.

—Muy bien —he dicho. No volveré a cometer ese error. Pero no puedo convertir mi casa en un refugio para todos los niños que huyen de los distritos segregados.

—¿Y por qué no? —ha preguntado Florence, adelantándose. ¿Por qué no?

He llenado la bañera de agua caliente, me he desnudado, y me he sumergido trabajosamente. ¿Por qué no? He inclinado la cabeza. Las puntas del pelo me caían sobre la cara y tocaban el agua. Mis piernas, moteadas, varicosas, se extendían delante de mí como palos. Una vieja, enferma y fea, agarrándose a lo que le queda. Los vivos, impacientes porque tardamos demasiado en morirnos; los que morimos, envidiosos de los vivos. Un espectáculo desagradable: a ver si termina pronto.

En el baño no hay timbre. He carraspeado y he gritado:

—¡Florence!

Las tuberías desnudas y las paredes blancas han devuelto un eco. Es absurdo imaginar que Florence me puede oír. Y si me oyera, ¿vendría?

¡Querida madre, he pensado, mira a tu hija, extiende tu mano!

He empezado a temblar de la cabeza a los pies. Con los ojos cerrados he visto a mi madre tal como es cuando se me aparece, con su ropa insulsa de anciana, con la cara tapada.

—¡Ven a mí! —he susurrado.

Pero no ha querido. Mi madre ha extendido los brazos como un halcón planeando y ha empezado a ascender hacia el cielo. Se ha elevado sobre mí, cada vez más alto. Ha alcanzado la capa de nubes, la ha atravesado, ha seguido subiendo. Con cada kilómetro que subía, se volvía más joven. Su pelo ha vuelto a ser negro y su piel fresca. Se le ha caído la ropa vieja como si fueran hojas secas, revelando el vestido azul con la pluma en el ojal que lleva en mis primeros recuerdos de ella, en la época en que el mundo era joven y todo era posible todavía. Y ha seguido ascendiendo, con la perfección eterna de la juventud, inmutable, sonriente, embelesada, desmemoriada, hasta el borde mismo de la esfera celestial.

—¡Madre, mira a tu hija! —he susurrado en el cuarto de baño vacío.

Este año las lluvias empezaron temprano. Ya vamos por el cuarto mes de lluvias. Donde uno toca las paredes se forman vetas de humedad. En algunas partes el yeso empieza a abombarse y agrietarse. Mi ropa despidе un olor rancio y húmedo. ¡Cómo

me gustaría, solamente una vez más, ponerme ropa interior limpia que oliera a sol! Que me dejaran disfrutar un último paseo en una tarde de verano por la avenida entre los cuerpos tostados de los niños que vuelven a casa de la escuela, riendo, soltando sus risitas, oliendo a sudor joven y limpio, y entre las chicas que cada año son más guapas, *plus belles*. Y si eso no puede ser, que por lo menos pueda conservar la gratitud, no comprometida, una gratitud sincera por haber podido pasar una temporada en este mundo de prodigios.

Escribo estas líneas sentada en la cama, con las rodillas juntas para protegerme del frío de agosto. «Gratitud»: escribo la palabra y la vuelvo a leer. ¿Qué quiere decir? Bajo mi mirada se vuelve densa, oscura, misteriosa. Luego sucede algo. Lentamente, como una granada, mi corazón estalla de gratitud. Como una fruta que se resquebraja para revelar las semillas del amor. «Gratitud», «granada»: palabras hermanas.

A las cinco de esta mañana me ha despertado una fuerte lluvia. Caía a cántaros, desbordaba las alcantarillas obstruidas y se filtraba por entre las tejas rotas. He bajado al piso de abajo, me he hecho un té y, envuelta en una manta, me he puesto a hacer las cuentas del mes.

La cancela se ha abierto y he oído pasos en la entrada. Una figura encogida debajo de una bolsa negra de plástico ha pasado frente a la ventana.

He salido a la galería.

—¡Señor Vercueil! —he gritado bajo la lluvia torrencial. No me ha contestado. Encogiendo los hombros y envolviéndome en la bata, he salido. Al instante se me han empapado las zapatillas con sus absurdos ribetes de lana de oveja. Cruzando regueros de agua he chapoteado a través del patio. En la entrada oscura del cobertizo me he chocado con alguien: Vercueil, de pie dándome la espalda. Ha soltado una palabrota.

—¡Venga adentro! —le he gritado por encima de la lluvia. ¡Venga a la casa! ¡No puede dormir aquí!

Sosteniendo la bolsa como una capucha encima de la cabeza, me ha seguido a la cocina y a la luz.

—Deje esa cosa mojada fuera —le he dicho.

Luego, asombrada, he visto que alguien más entraba con él en la casa.

Una mujer, pequeña, no más alta que mi hombro, pero vieja, o por lo menos no joven, con una cara abotargada y lasciva y la piel lívida.

—¿Quién es esta mujer? —he dicho.

Vercueil me ha devuelto la mirada, con sus ojos amarillentos, desafiante. ¡Maldito patán!, he pensado.

—Pueden esperar en la casa hasta que pare la lluvia, luego los quiero fuera —he dicho en tono cortante, y les he dado la espalda a los dos.

Me he cambiado de ropa, me he encerrado en mi dormitorio y he intentado

dormir. Pero las palabras volaban a mi alrededor como hojas secas. Con una vaga sorpresa, he sentido que se me cerraban los párpados y he oído que el libro me resbalaba de las manos.

Cuando me he despertado, mi único pensamiento era echarlos de casa.

De la mujer ya no había rastro, pero Vercueil estaba dormido en la sala de estar, encogido en el sofá, con las manos entre las rodillas y el sombrero asombrosamente puesto todavía. Lo he zarandeado. Se ha movido un poco, se ha humedecido los labios y ha hecho un ruido adormilado, balbuceante y reticente. Era el mismo ruido —me he acordado al instante— que hacías tú cuando te despertaba para que fueras a la escuela. «¡Hora de levantarse!», te llamaba yo cuando abrías las cortinas. Y apartándote de la luz, tú balbuceabas exactamente igual. «¡Vamos, cariño, hora de levantarse!», te susurraba yo en el oído, sin apremiarte demasiado, dándome tiempo para sentarme a tu lado y acariciarte el pelo, acariciarlo una y otra vez, con las yemas de los dedos llenas de amor, mientras tú te aferrabas al cuerpo del sueño hasta el final. ¡Que sea así para siempre!, pensaba yo, con la mano en tu cabeza, con la corriente de amor circulando a través de ella.

¡Y ahora tu murmullo adormecido y confortable renace en la garganta de este hombre! ¿Tendría que sentarme también a su lado, quitarle el sombrero y acariciarle el pelo grasiento? La idea me ha hecho estremecerme de asco. ¡Qué fácil es amar a un niño y qué difícil amar a eso en lo que se convierte un niño! Hace mucho tiempo, con los puños pegados a los oídos y los ojos cerrados con expresión extática, esta criatura también flotó en el útero de una mujer y bebió de su sangre, con sus vientres conectados. También él atravesó la cancela de hueso y salió a la luz exterior, y se le permitió conocer el amor maternal, *amor matris*. Luego, con el paso del tiempo, lo destetaron, le hicieron erguirse solo y empezó a secarse, a volverse raquítrico, encorvado. Una vida independiente, carenciada, como todas las vidas. Pero en este caso, más desnutrida que la mayoría. Un hombre de mediana edad todavía bebiendo de la botella, ansiando el gozo original, buscándolo en sus estupores.

Mientras yo lo estaba mirando, su mujer ha entrado en la sala. Sin hacerme caso, se ha dejado caer en un nido de cojines en el sueño. Apeataba a agua de colonia: la mía. Detrás de ella ha entrado Florence, crispada.

—No me pidas explicaciones, Florence —le he dicho. Déjalos en paz, están durmiendo para recuperarse.

Las gafas de Florence han soltado un destello, ella quería decir algo, pero la he interrumpido.

—¡Por favor! No se van a quedar.

Aunque he tirado de la cadena varias veces, el olor no se ha ido del todo, un olor al mismo tiempo asquerosamente dulzón y hediondo. He sacado la esterilla del suelo y la he tirado bajo la lluvia.

Más tarde, cuando los niños estaban en la cocina con Florence desayunando, he vuelto a bajar. Sin más preámbulo me he dirigido a Bheki.

—Me he enterado de que tú y tu amigo habéis dormido en mi coche. ¿Por qué no me habéis pedido permiso?

Silencio. Bheki no ha levantado la vista. Florence ha seguido cortando el pan.

—¿Por qué no me habéis pedido permiso? ¡Contéstame!

La niña pequeña ha parado de masticar y se me ha quedado mirando.

¿Por qué me estaba comportando de una forma tan ridícula? Porque estaba irritada. Porque estaba harta de que me usaran. Porque era mi coche donde habían estado durmiendo. Mi coche, mi casa: eran míos. Todavía no me había ido.

Entonces, por suerte, Vercueil ha aparecido y la tensión se ha roto. Ha atravesado la cocina, sin mirar a la izquierda ni a la derecha, y ha salido a la galería. Yo lo he seguido. El perro lo estaba lamiendo, saltando, retozando, lleno de gozo. También ha saltado sobre mí y me ha manchado la falda con las patas húmedas. ¡Qué ridículo parece uno esquivando a un perro!

—¿Quiere sacar a su amiga fuera de mi casa, por favor? —le he dicho.

Se ha quedado mirando el cielo nublado, sin contestarme.

—¡Sáquela de una vez o seré yo quien la saque! —le he gritado, furiosa.

Él no me ha hecho ni caso.

—Ayúdame —le he ordenado a Florence.

La mujer estaba tumbada boca abajo en su cama de cojines, con una mancha húmeda en la comisura de la boca. Florence le ha tirado del brazo. Ella se ha puesto de pie, aturdida. Medio guiándola, medio empujándola, Florence la ha echado de casa. En el camino, Vercueil se ha unido a nosotros.

—¡Esto es demasiado! —le he dicho en tono cortante.

Los dos chicos ya estaban en la calle con su bicicleta. Fingiendo que no veían nuestra riña, han empezado a subir por la calle Schoonder; Bheki encogido sobre la barra y su amigo pedaleando.

Con voz ronca y soltando una sarta indescifrable de obscenidades, la mujer se ha puesto a insultar a Florence. Florence me ha dirigido una mirada maliciosa.

—Escoria —ha dicho, y se ha marchado dando zancadas furiosas.

—No quiero volver a ver a esa mujer —le he dicho a Vercueil.

La bicicleta de los chicos ha vuelto a aparecer en lo alto de la calle Schoonder y ha bajado hacia nosotros a toda velocidad, con el amigo de Bheki pedaleando con fuerza. Los seguía de cerca la misma furgoneta amarilla de la policía de ayer.

En el bordillo había un camión pequeño, con tubos y varillas en la parte trasera, materiales de fontanería. La bicicleta tenía bastante sitio para pasar. Pero cuando la furgoneta amarilla ha llegado al lado de los chicos, la portezuela se ha abierto y los ha golpeado de lado. La bicicleta se ha tambaleado y ha perdido el control. He podido entrever a Bheki resbalando, con los brazos sobre la cabeza, y al otro chico de pie sobre los pedales, tapándose la cara y extendiendo un brazo para protegerse. Por encima del ruido del tráfico de la calle Mill he oído con claridad el ruido sordo de un cuerpo estrellado a mitad de vuelo, el «¡Ah!» profundo y sorprendido de un jadeo, el

estruendo de la bicicleta al chocar con el camión del fontanero.

—¡Dios! —he gritado con una voz estridente que, al oírla suspendida en el aire, no me ha parecido la mía.

El tiempo ha parecido pararse y luego continuar, dejando un lapso vacío: ahora el chico extendía una mano para salvarse, un momento después formaba parte de una maraña en el arcén. Luego el eco de mi grito se ha disipado y la escena se ha recompuesto de una forma mucho más familiar: la calle Schoonder en la mañana tranquila de un día laborable, con una furgoneta de color amarillo canario doblando la esquina.

Un perro, un labrador, se ha acercado al trote para investigar. El perro de Vercueil ha olisqueado al labrador, mientras que el labrador, sin hacerle caso, ha olisqueado el pavimento y se ha puesto a lamerlo. Yo quería moverme, pero no podía. Tenía el cuerpo frío, notaba los miembros lejanos, me ha pasado por la cabeza la palabra «desmayarse» pero nunca en mi vida me he desmayado. ¡Este país!, he pensado. Y luego: Gracias a Dios que ella se fue.

Se ha abierto una cancela y ha aparecido un hombre con un mono azul de trabajo. Le ha dado una patada al labrador, que ha salido corriendo, sorprendido y dolorido.

—¡Dios! —ha dicho el hombre. Se ha inclinado y ha empezado a liberar brazos y piernas del armazón de la bicicleta.

Yo me he acercado, temblando.

—¡Florence! —he gritado. Pero no había rastro de Florence.

A horcajadas sobre los cuerpos, el hombre ha levantado la bicicleta y la ha dejado a un lado. Bheki estaba debajo del otro cuerpo. Su expresión era severa y ceñuda. No paraba de lamerse los labios. Tenía los ojos cerrados. El perro de Vercueil ha intentado lamerlo.

—¡Vete! —le he susurrado, y le he dado un empujón con el pie. Ha meneado el rabo.

Una mujer ha aparecido a mi lado, secándose las manos con una toalla.

—¿Son repartidores de periódicos? —ha dicho. ¿Sabe si son repartidores de periódicos?

He negado con la cabeza.

Con aire incierto, el hombre de azul se ha vuelto a poner a horcajadas sobre los cuerpos. Lo que tendría que haber hecho era levantar el peso muerto del otro chico, del que estaba boca abajo encima de Bheki. Pero no ha querido, y yo tampoco quería que lo hiciera. Había algo extraño, algo antinatural en la forma en que el chico estaba tumbado.

—Voy a telefonar a una ambulancia —ha dicho la mujer.

Me he inclinado y he levantado el brazo inerte del chico.

—¡Espere! —me ha dicho el hombre. Vayamos con cuidado.

Al erguirme, me ha entrado un mareo que me ha obligado a cerrar los ojos.

Agarrándolo por las axilas, ha sacado a rastras al chico de encima de Bheki y lo

ha dejado en el pavimento. Bheki ha abierto los ojos.

—Bheki —he dicho. Bheki me ha dirigido una mirada tranquila e indiferente. No pasa nada —le he dicho. Ha seguido mirándome con tranquilidad absoluta, aceptando la mentira, dejándola pasar. La ambulancia está de camino —he dicho.

Luego ha llegado Florence, se ha arrodillado junto a su hijo y se ha puesto a hablarle con ansiedad y a acariciarle la cabeza. Él ha intentado contestar: palabras lentas y balbuceantes. Florence ha dejado la mano quieta mientras escuchaba.

—Han chocado con la parte trasera de este camión —le he explicado.

—Es mi camión —ha dicho el hombre de azul.

—La policía los ha empujado —he dicho. Es atroz, totalmente atroz. Han sido los dos mismos policías que había aquí ayer, estoy segura.

Florence ha pasado una mano por debajo de la cabeza de Bheki. Bheki se ha sentado lentamente. Le faltaba un zapato. Tenía una pernera del pantalón desgarrada y manchada de sangre. Con cuidado ha apartado la tela rasgada y se ha mirado la herida. Tenía las palmas de las manos en carne viva y la piel colgando en tiras.

La ambulancia está de camino, he dicho.

—No necesitamos la ambulancia —ha dicho Florence.

Se equivocaba. El otro chico estaba tumbado de espaldas. El fontanero intentaba contener con la chaqueta la sangre que le caía por la cara. Pero la hemorragia no se detenía. Ha levantado la chaqueta doblada y por un instante, antes de que se volviera a empapar de sangre, he visto que el chico tenía la carne de la frente desgajada y colgando como si se la hubieran cortado con un cuchillo de carnicero. La sangre manaba en un torrente, le inundaba los ojos y le hacía brillar el pelo. Se derramaba por el pavimento. Estaba por todas partes. Yo no sabía que la sangre podía ser tan oscura, tan espesa y tan pesada. Menudo corazón debe de tener, he pensado, para bombear tanta sangre y seguir latiendo.

—¿Va a venir la ambulancia? —ha dicho el fontanero. Porque no sé cómo parar esto. Estaba sudando. Ha cambiado de postura y su zapato, empapado de sangre, ha hecho un ruido como de succión.

Recuerdo que tenías once años cuando te cortaste el pulgar con la máquina del pan. Te llevé a toda prisa a la sección de urgencias del Groote Schuur. Nos sentamos en un banco esperando tu turno, tú con tu pulgar envuelto en gasa, apretando para detener la hemorragia.

—¿Qué me va a pasar? —susurraste.

—Te van a poner una inyección y luego te van a poner puntos —susurré yo. Solamente unos pocos puntos, unos pocos pinchazos.

Era un sábado a media tarde, pero los heridos ya empezaban a llegar. Un hombre con zapatos blancos y un traje negro arrugado no paraba de escupir sangre en un plato. Un joven en camilla, desnudo hasta la cintura y con el cinturón abierto, se aguantaba un trapo empapado sobre la barriga. Sangre en el suelo y sangre sobre los bancos. ¿Qué importaba nuestra nimiedad al lado de toda aquella sangre negra?

Campanilla de Invierno perdida en la caverna de la sangre y su madre perdida también. Un país pródigo en sangre. El marido de Florence con impermeable y botas amarillas, chapoteando entre la sangre. Bueyes mugiendo lastimeramente, con las gargantas cortadas, arrojando los últimos chorros al aire como ballenas. La tierra seca absorbiendo la sangre de sus criaturas. Una tierra que bebe ríos de sangre y nunca queda saciada.

—Déjeme —le he dicho al fontanero.

Me ha hecho sitio. De rodillas, he apartado la chaqueta azul empapada. La sangre ha empezado a manar por la cara del chico en un torrente abundante e imparable. Con los pulgares y los índices he agarrado todo lo que he podido de la carne desprendida. El perro de Vercueil se ha acercado otra vez.

—Echad a ese perro —he dicho en tono cortante.

El fontanero le ha dado una patada. El perro ha gemido y se ha alejado furtivamente. ¿Dónde estaba Vercueil? ¿Era verdad que era un completo holgazán?

—Vaya a telefonar otra vez —le he ordenado al fontanero.

En cuanto he agarrado la carne y he presionado, he podido contener la mayor parte de la hemorragia. Pero en cuanto me relajaba, la sangre volvía a manar. Era sangre, nada más, sangre como la mía y la tuya. Y sin embargo nunca había visto nada tan escarlata y tan negro. Tal vez era un efecto de la piel, joven, flexible, parecida terciopelo oscuro, sobre la cual manaba. Pero incluso en mis manos parecía más oscura y más brillante de lo que debe de ser la sangre. Me he quedado mirándola, fascinada, asustada, atrapada por el estupor de la imagen. Y sin embargo me era imposible, imposible en lo más hondo de mi ser, rendirme a ese estupor, relajarme y no hacer nada para detener la hemorragia. ¿Por qué? Ahora me lo pregunto. Y respondo: porque la sangre es preciosa, más preciosa que el oro y los diamantes. Porque toda la sangre es una: un solo estanque de vida repartido entre nuestras existencias separadas, pero unido por la naturaleza: prestada, no dada; repartida, confiada, para que la preservemos: parece que viva en nosotros, pero solamente lo parece, porque lo cierto es que nosotros vivimos en ella.

Un mar de sangre reuniéndose de nuevo: ¿será así el fin de los días? La sangre de todos: un mar de Baikal de color escarlata oscuro bajo un cielo azul invernal como el de Siberia, con arrecifes de hielo alrededor, con las orillas blancas como la nieve bañadas de sangre viscosa y mansa. La sangre de la humanidad, recompuesta. Un cuerpo de sangre. ¿De toda la humanidad? No: en un lugar apartado, en un pantano con paredes de barro en el Karoo rodeado de alambre de púas y con el sol brillando en lo alto, la sangre de los afrikáners y de sus adoradores, quieta, estancada.

Sangre, sagrada, abominada. Y tú, carne de mi carne, sangre de mi sangre, sangrando todos los meses en una tierra extranjera.

Llevo veinte años sin sangrar. La enfermedad que ahora me corroe es seca, no tiene sangre, es lenta y fría, me la envía Saturno. Hay algo en ella en lo que no soporto pensar. Haber quedado embarazada de estos tumores, de estos bultos fríos y

obscenos. Haber llevado esas criaturas durante un tiempo antinaturalmente largo, incapaz de criarlas, incapaz de saciar su hambre: niños dentro de mí que se me van comiendo todos los días, no creciendo sino hinchándose, con dientes, con garras, eternamente fríos y voraces. Secos, secos: los siento moviéndose de noche en mi cuerpo seco, no se estiran y patalean como los niños humanos, sino que cambian de dirección en busca de sitios nuevos que roer. Como huevos de insectos puestos en el interior de un anfitrión, ya convertidos en larvas y devorando implacablemente a su anfitrión. Mis huevos, creciendo dentro de mí. «Mis», «mi»: palabras que me hacen estremecer al escribirlas, pero que son ciertas. Las muertes que he engendrado, hermanas tuyas, de la vida que engendré. ¡Qué terrible es que llegue un momento en que la maternidad se parodia a sí misma! Una vieja bruja encogida dentro de un muchacho, con las manos pegajosas de su sangre: una imagen retorcida, tal como la imagino. He vivido demasiado tiempo. La muerte por fuego es la única muerte decente que queda. Adentrarme en el fuego, resplandecer como la estopa, sentir que estos intrusos secretos se encogen y gritan también, en el último momento, con sus vocecillas roncas y sin usar. Arder y desaparecer, librarme de ellos, dejar el mundo limpio. Tumores monstruosos, abortos: la señal de que uno ha sobrepasado su plazo. Y este país también, ya es la hora del fuego, hora de acabar, hora de que crezca lo que crece de la ceniza.

Cuando ha llegado la ambulancia yo estaba tan rígida que me han tenido que ayudar a ponerme de pie. Cuando he despegado los dedos pegajosos de la herida, se ha abierto de nuevo:

—Ha perdido mucha sangre —he dicho.

—No es grave —ha dicho el hombre de la ambulancia en tono seco. Le ha levantado un párpado al chico. Tiene una conmoción —ha dicho. ¿Cómo ha pasado?

Bheki se ha sentado en la cama, sin pantalones y con las manos en una palangana de agua. Florence estaba arrodillada delante suyo, vendándole la pierna.

—¿Por qué me has dejado sola a cargo del chico? ¿Por qué no te has quedado y me has ayudado?

—No quería tener nada que ver con la policía —ha dicho Florence.

—Ésa no es la cuestión. Me has dejado sola para que me ocupara del amigo de tu hijo. ¿Por qué tengo que ser yo la que se encargue de él? No significa nada para mí.

—¿Dónde está? —ha dicho Bheki.

—Lo han llevado al hospital Woodstock. Tiene una conmoción.

—¿Que quiere decir una conmoción?

—Está inconsciente. Se ha dado un golpe en la cabeza. ¿Sabes por qué habéis chocado?

—Nos han golpeado —ha dicho él.

—Sí, os han golpeado. Yo lo he visto. Tenéis suerte de estar vivos, los dos. Voy a presentar una queja.

Bheki y su madre han intercambiado una mirada.

—No queremos tener nada que ver con la policía —ha repetido Florence. No se puede hacer nada contra la policía. De nuevo se han mirado, como si Florence comprobara que su hijo estuviera de acuerdo.

—Si no os quejáis, se comportarán siempre de esa forma. Aunque no os sirva de nada, tenéis que plantarles cara. No hablo solamente de la policía. También de la gente que está en el poder. Tienen que ver que no tenéis miedo. Es una cuestión grave. Podrían haberte matado, Bheki. ¿Qué tienen contra vosotros? ¿En qué os habéis metido tú y tu amigo?

Florence ha apretado el vendaje en torno a la pierna de su hijo y le ha dicho algo en voz baja. Él ha sacado las manos de la palangana. Olía a antiséptico.

—¿Cómo están? —he dicho.

Él ha enseñado las manos, con las palmas hacia arriba. Continuaba rezumando sangre de la carne viva. ¿Heridas honorables? ¿Contarían aquellas heridas como honorables, como heridas de guerra? Todos hemos mirado las manos sanguinolentas. Me ha dado la impresión de que estaba conteniendo las lágrimas. Un niño, nada más que un niño, jugando con su bicicleta.

—Tu amigo —he dicho. ¿No crees que sus padres tendrían que enterarse?

—Puedo telefonar —ha dicho Florence.

Florence ha telefoneado. Una conversación larga y en voz alta. He oído las palabras «hospital Woodstock».

Horas más tarde han llamado desde una cabina, una mujer preguntando por Florence.

—No está en el hospital —ha explicado Florence.

—¿Era su madre? —he preguntado.

—Su abuela.

He telefoneado al hospital Woodstock.

—No tendrán su nombre, estaba inconsciente cuando lo han llevado —he dicho.

—No nos consta ese paciente —ha dicho el hombre.

—Tenía una herida terrible en la frente.

—No nos consta —ha repetido. He renunciado.

—Trabajan con la policía —ha dicho Bheki. Son todos los mismos, las ambulancias, los médicos, la policía.

—Tonterías —he dicho.

—Ya nadie confía en la ambulancia. Siempre están hablando con la policía por la radio.

—Tonterías.

Ha sonreído no sin cierto encanto, disfrutando de la oportunidad de darme una lección, de explicarme cómo es la vida real. A mí, a la vieja que vivía en un zapato, no tenía hijos y no sabía qué hacer.

—Es verdad —ha dicho. —Escucha y te enterarás.

—¿Por qué te va detrás la policía?

—No me van detrás a mí. Van detrás de todo el mundo. Yo no he hecho nada. Pero cuando ven a alguien que creen que tendría que estar en la escuela, van a por él. No hacemos nada, simplemente decimos que no queremos ir a la escuela. Y ahora han emprendido esta campaña de terror contra nosotros. Son terroristas.

—¿Por qué no queréis ir a la escuela?

—¿Para qué sirve la escuela? Para hacernos encajar en el sistema del apartheid.

Negando con la cabeza, me he vuelto hacia Florence. Tenía una sonrisita en los labios y no se ha molestado en ocultarla. Su hijo me estaba ganando sin el menor esfuerzo. Bueno, pues que me ganara.

—Soy demasiado vieja para esto —le he dicho a Florence. No me puedo creer que quieras que tu hijo esté en las calles matando el rato hasta que se termine el apartheid. El apartheid no va a morir mañana ni pasado mañana. Bheki está arruinando su futuro.

—¿Qué es más importante, la necesidad de destruir el apartheid o que yo vaya a la escuela? —ha preguntado Bheki, desafiándome, oliendo la victoria.

—Ésa no es la cuestión —he contestado en tono fatigado. Pero ¿acaso tenía razón? Si ésa no era la cuestión, ¿cuál era la cuestión? Os llevo al Woodstock —le he ofrecido. Pero tenemos que salir enseguida.

Cuando Florence ha visto que Vercueil esperaba, ha torcido el gesto. Pero yo he insistido:

—Tiene que venirse por si el coche me da problemas —he dicho.

Así que los he llevado en coche a Woodstock. Vercueil iba a mi lado oliendo peor que nunca —por alguna razón su olor también resultaba triste— y Florence y Bheki en el asiento de atrás sin decir nada. El coche ha subido con dificultad la suave pendiente que llevaba al hospital. Por una vez he tenido presencia de ánimo para aparcar mirando colina abajo.

—Ya se lo he dicho, esa persona no está aquí —ha dicho el hombre del mostrador. Si no me creen, vayan y miren en las salas.

Por muy cansada que estuviera, he seguido a Florence y a Bheki por todas las salas de pacientes masculinos. Era la hora de la siesta. Fuera, en los árboles, las palomas arrullaban suavemente. No hemos visto a ningún chico negro con la cabeza vendada, solamente a ancianos blancos en pijama mirando el techo con cara inexpresiva mientras la radio emitía música relajante. Mis hermanos secretos, he pensado: éste es el sitio al que pertenezco.

—Si no lo han traído aquí, ¿dónde lo habrán llevado? —he preguntado en el mostrador.

—Pruebe en el Groote Schuur.

El aparcamiento del Groote Schuur estaba lleno. Hemos pasado media hora sentados frente a la verja con el motor parado: Florence y su hijo hablando en voz baja, Vercueil con mirada de mil yardas y yo bostezando. Como un fin de semana aletargado en Sudáfrica, he pensado; como llevar a tu familia a dar una vuelta en

coche. Podríamos haber jugado a algún juego de palabras para pasar el rato, pero ¿qué posibilidades tenía de que aquellos tres se apuntaran? Juegos de palabras, pertenecientes a una época que solamente yo puedo recordar con nostalgia, en que la gente de clase media, de clase acomodada, pasábamos los domingos paseando por el campo de un lugar bonito a otro lugar bonito, terminando la tarde con té y bollos y mermelada de fresa y crema en un salón de té con una buena vista, preferiblemente que diera al este para que se viera el mar.

Ha salido un coche y hemos entrado nosotros.

—Yo me quedo aquí —ha dicho Vercueil.

—¿Adónde llevan a la gente con conmoción? —le he preguntado al empleado.

Hemos recorrido pasillos largos y abarrotados en busca de la sala C-5. Nos hemos embutido en un ascensor con cuatro mujeres musulmanas con velo y llevando platos de comida. Bheki, avergonzado por sus manos vendadas, las ha mantenido detrás de la espalda. Hemos cruzado la C-5, la C-6 y ni rastro del chico. Florence ha parado a una enfermera.

—Inténtenlo en el ala nueva —ha sugerido. Agotada, he negado con la cabeza. No puedo caminar más —he dicho. Continúa tú y Bheki; yo os veo en el coche.

Era cierto, estaba cansada, me dolía la cadera, el corazón me daba tumbos en el pecho y tenía un regusto desagradable en la boca. Pero no era solamente eso. Estaba viendo demasiados viejos enfermos y demasiado deprisa. Me oprimían, me oprimían y me intimidaban. Blancos y negros, hombres y mujeres, arrastraban los pies por los pasillos, se miraban entre ellos con codicia, me observaban al cruzarnos y captaban infaliblemente en mí el olor a muerte. ¡Impostora! —parecían susurrar, a punto de cogerme el brazo y tirar hacia ellos. ¿Crees que puedes ir y venir por aquí como te plazca? ¿No conoces las normas? Ésta es la casa de la oscuridad y el sufrimiento por los que hay que pasar de camino a la muerte. Ésta es la sentencia que se aplica a todo el mundo: un período de cárcel antes de la ejecución. Viejos sabuesos patrullando por los corredores, vigilando que ninguno de los condenados vuelva a salir a la superficie, a la luz, al mundo generoso que hay arriba. Este sitio es el Hades y yo una sombra fugitiva. Al atravesar el umbral me he estremecido.

Hemos esperado en el coche en silencio, Vercueil y yo, como una pareja casada desde hace demasiado tiempo, harta de hablar, malhumorada. Incluso me estoy acostumbrando a su olor, he pensado. ¿Es así como me siento con Sudáfrica: no la amo pero me he acostumbrado a su olor? El matrimonio es el destino. Nos convertimos en aquello con que nos casamos. Los que nos casamos con Sudáfrica nos convertimos en sudafricanos: gente fea, huraña, aletargada. El único signo de vida que hay en nosotros es un breve vislumbre de colmillos cuando nos irritamos. Sudáfrica: un viejo sabueso malhumorado dormitando en el umbral, retrasando el momento de morir. ¡Y qué nombre tan poco inspirado para un país! ¡Esperemos que lo cambien cuando empiecen de nuevo!

Ha pasado un grupo de enfermeras, riendo, felices, después de acabar su turno.

Son sus cuidados los que he estado evitando, he pensado. ¡Qué alivio sería ahora entregarme a ellas! Sábanas limpias, manos enérgicas sobre mi cuerpo, un alivio para el dolor, un rendirse a la indefensión: ¿qué es lo que me impide entregarme? He sentido una opresión de la garganta, un torrente de lágrimas, y he mirado a otra parte. Un diluvio pasajero, me he dicho a mi misma: el clima inglés. Pero lo cierto es que cada vez lloro con más facilidad y con menos vergüenza. Una vez conocí a una mujer (¿te importa que tu madre hable de estas cosas?), para quien el placer, el orgasmo, era muy fácil. Experimentaba los orgasmos, decía, como pequeños estremecimientos, uno tras otro, y le recorrían el cuerpo como olas. ¿Cómo sería, me preguntaba yo, vivir en un cuerpo así? Convertirse en agua: ¿en eso consiste la dicha? Ahora tengo una especie de respuesta en estos chaparrones de lágrimas, estas delicuescencias mías. Lágrimas que no son de pena sino de pesar. Un pesar veleidoso y voluble: melancolía, pero no una melancolía oscura; más bien la melancolía pálida del cielo lejano en los días luminosos de invierno. Un asunto privado, un trastorno en el estanque del alma, que cada vez me molesto menos en ocultar.

Me he secado los ojos y me he sonado la nariz.

—No tiene que avergonzarse —le he dicho a Vercueil. Lloro sin razón. Gracias por haber venido.

—No sé para qué me necesita —ha dicho él.

—Es duro estar solo todo el tiempo. Eso es todo. Yo no lo elegí, pero es usted el que está aquí, y eso ha de servir. Usted Llegó. Es como tener un hijo. No se puede elegir al hijo. Simplemente llega.

Ha apartado la vista y ha dejado escapar una sonrisa lenta y pícara.

—Además —he dicho—, usted me empuja el coche. Si no pudiera usar el coche estaría atrapada en casa.

—Lo único que le hace falta es una batería nueva.

—No quiero una batería nueva. ¿No lo entiende, verdad? ¿Se lo tengo que explicar? Este coche es viejo, pertenece a un mundo que prácticamente ya no existe, pero funciona. Yo intento aferrarme a lo que queda de ese inundo, a lo que todavía funciona. No importa si lo amo o lo odio. Lo cierto es que pertenezco a aquel mundo del mismo modo que, gracias a Dios, no pertenezco a esto en lo que se ha convertido. Es un mundo en el que uno no puede confiar en que los coches arranquen cuando uno quiere. En mi mundo uno prueba primero con el automático. Si no funciona, pruebas con el arranque. Si eso tampoco funciona, haces que alguien empuje. Y si el coche sigue sin arrancar, te subes en tu bicicleta o caminas o bien te quedas en casa. Así son las cosas en el mundo al que pertenezco. Aquí estoy cómoda, es un mundo que entiendo. No veo por qué tendría que cambiar.

Vercueil no ha dicho nada.

—Y si cree que soy un fósil del pasado —he añadido— es hora de mirarse a usted mismo. Ya ha visto lo que los chicos de hoy día piensan de beber, estar tumbado sin hacer nada y de la *leeglopery*. Vaya con cuidado. En la Sudáfrica del futuro, todo el

mundo tendrá que trabajar. Incluido usted. Puede que no le guste la perspectiva, pero es mejor que se prepare para ello.

La oscuridad estaba cayendo sobre el aparcamiento. ¿Dónde estaba Florence? El dolor de espalda me estaba matando. Ya se me había pasado la hora de las pastillas.

He pensado en la casa vacía, en la larga noche que abría sus fauces delante de mí. Han regresado las lágrimas, unas lágrimas fáciles.

He continuado:

—Ya le he hablado de mi hija la que está en América. Mi hija lo es todo para mí. No le he dicho a ella la verdad, toda la verdad sobre mi enfermedad. Sabe que estoy enferma, sabe que me han operado. Cree que la operación fue un éxito y que me estoy recuperando. Cuando me tumbo en la cama por la noche y miro el agujero negro en el que estoy cayendo, lo único que me mantiene cuerda es pensar en ella. Me digo a mí misma: he traído una criatura al mundo, la he criado hasta que era una mujer, la he cuidado para que trajera una nueva vida: eso que he hecho, no me lo pueden quitar nunca. Esa idea es el pilar al que me aferro cuando la tormenta me acomete.

”A veces llevo a cabo un pequeño ritual que me ayuda a estar tranquila. Me digo a mí misma: aquí son las dos de la mañana, en este lado del mundo, por tanto allí son las seis de la tarde, en su lado. Imagínatelo: las seis de la tarde. Ahora imagina el resto. Imagínalo todo. Acaba de llegar del trabajo. Cuelga su abrigo. Abre la nevera y saca un paquete de guisantes congelados. Vacía los guisantes en un cuenco. Saca dos cebollas y empieza a pelarlas. Imagina los guisantes, imagina las cebollas. Imagina el mundo en el que está haciendo esas cosas, un mundo con sus propios olores y sonidos. Imagina una noche de verano en Norteamérica, con mosquitos en la puerta mosquitera, niños gritando en la calle. Imagina a mi hija en su casa, con su vida, con una cebolla en la mano, en un país donde vivirá y morirá en paz. Las horas pasan, en ese país y en éste y en el resto del mundo, al mismo ritmo. Imagina cómo pasan. Pasan: aquí se hace la luz, allí se hace oscuro. Ella se va a la cama. Se tumba adormilada junto al cuerpo de su marido en su cama de matrimonio en su país pacífico. Pienso en su cuerpo, quieto, robusto, vivo, en paz, huido. Me angustia no poder abrazarla. «Estoy muy agradecida», quiero decir, de corazón. Y también quiero decir, «¡Sálvame!», pero nunca lo hago.

”¿Lo entiende usted? ¿Lo entiende?

La portezuela estaba abierta. Vercueil se apartó de mí, con la cabeza apoyada en la jamba y un pie en el suelo. Dejó escapar un profundo suspiro. Lo oí. Sin duda deseaba que Florence volviera y lo rescatara.

¡Qué tediosas son estas confesiones, estas súplicas, estas demandas!

—Porque eso es algo que nunca hay que pedirle a una criatura —he continuado. Que te abrace, que te reconforte, que te salve. El apoyo y el amor tienen que circular hacia delante, no hacia atrás. Es una norma, una de las normas de hierro. Cuando una persona anciana empieza a suplicar amor, todo se vuelve sórdido. Es como un padre

intentando meterse en la cama con un niño: antinatural.

”Y, sin embargo, ¡qué difícil es separarse de ese contacto vivo, de todos los contactos que nos unen con los vivos! Como un barco a vapor que se aleja del muelle, con las cintas tensándose, rompiéndose y cayendo. Zarpando en un último viaje. Los seres queridos que se marchan. ¡Todo es tan triste, tan triste! Cuando hace un rato esas enfermeras han pasado a nuestro lado, he estado a punto de salir del coche y rendirme, de volver a entregarme al hospital, de dejar que me desvistan y me metan en la cama y me cuiden con sus manos. Por encima de todo lo que anhelo son sus manos. El contacto de unas manos. ¿Para qué las contratamos si no, a esas chicas, a esas criaturas, si no es para que toquen y acaricien, de esa forma enérgica en que lo hacen, una carne que se ha vuelto vieja y desagradable? ¿Por qué les damos lámparas y las llamamos ángeles? ¿Porque vienen en plena madrugada y nos dicen que es hora de partir? Tal vez. Pero también porque prestan su mano para renovar un contacto que se ha roto.

—Dígale eso a su hija —ha dicho Vercueil en voz baja. Y vendrá.

—No.

—Dígaselo ahora mismo. Telefonéela a América. Dígale que la necesita aquí.

—No.

—Entonces no se lo diga después, cuando sea demasiado tarde. Ella no la perdonará.

La reprimenda ha sido como una bofetada.

—Hay cosas que usted no entiende —he dicho. No tengo intención de hacer que mi hija vuelva aquí. Puede que la eche de menos, pero no la quiero aquí. Por eso se llama añoranza. Porque está a años luz. En el fin del mundo.

Tengo que decir en su favor que esa estupidez no lo ha hecho desistir.

—Tiene que elegir —ha dicho. Decírselo o no decírselo.

—No se lo diré, puede estar seguro —he dicho (¡qué mentirosa soy!). Algo estaba emergiendo en mi voz, un tono que no podía controlar. Déjeme que le recuerde que éste no es un país normal. La gente no puede ir y venir como se le antoje.

No ha hecho nada para ayudarme.

—Mi hija no volverá hasta que las cosas aquí hayan cambiado. Ha hecho un juramento. No va a volver a Sudáfrica tal como usted y ella y yo la conocemos. Lo que está claro es que no va a pedir permiso a (¿cómo puedo llamarlos?) *esa* gente para venir. Volverá cuando estén colgando de las lámparas por los talones, dice. Entonces volverá para tirar piedras a sus cuerpos y bailar en las calles.

Vercueil ha enseñado los dientes en una amplia sonrisa. Dientes amarillentos de caballo. Un caballo viejo.

—No me cree —he dicho. Pero tal vez algún día la conozca y entonces verá. Es como el hierro. No voy a pedirle que se deshaga de sus juramentos.

—Usted también es como el hierro —me ha dicho él.

El silencio se ha interpuesto entre nosotros. Algo se ha roto dentro de mí.

—Algo se ha roto dentro de mí cuando ha dicho usted eso. Las palabras me han salido solas. No he sabido cómo continuar. Si yo estuviera hecha de hierro, seguramente no me rompería tan fácilmente —he dicho.

Las cuatro mujeres con las que nos hemos encontrado en el ascensor han cruzado el aparcamiento, acompañadas por un hombrecillo con un traje azul y un casquete blanco. Las ha llevado a un coche, se ha puesto al volante y se han marchado.

—¿Hizo algo su hija para tener que marcharse?

—No, no hizo nada. Simplemente se hartó. Se largó y no volvió. Empezó otra vida. Se casó y formó una familia. Era lo mejor que podía hacer, lo más sensato.

—Pero no se ha olvidado.

—No, no se ha olvidado. Pero ¿quién soy yo para decirlo? Tal vez uno acaba olvidándose lentamente. No me lo puedo imaginar, pero quizá pasa. Ella dice: «Nací en Africa, en Sudáfrica». Le he oído usar esa expresión cuando habla. Me suena como la primera mitad de una frase. Tendría que haber una segunda mitad, pero nunca llega. Así que se queda suspendida en el aire como un gemelo perdido. «Nací en Sudáfrica y nunca volveré a verla». «Nací en Sudáfrica y un día volveré». ¿Cuál es el gemelo perdido?

—¿Así que es una exiliada?

—No, no es una exiliada. Yo soy la exiliada.

Vercueil está aprendiendo a hablar conmigo. Está aprendiendo a tirarme de la lengua. He sentido ganas de interrumpir la conversación. De decir: «¡Es un placer!». Después de un silencio tan largo, es todo un placer: me vienen lágrimas a los ojos.

—No sé si tiene usted hijos. Ni siquiera sé si es lo mismo para un hombre. Pero cuando llevas a una criatura en tu cuerpo le das la vida a esa criatura. Por encima de todo al primero, al primogénito. Tu vida ya no está contigo, ya no es tuya, está con la criatura. Por eso no morimos realmente: simplemente cedemos nuestra vida, la vida que estuvo en nosotros durante una temporada, y nos quedamos atrás. Solamente soy un caparazón, como usted puede ver, el caparazón que mi hija ha dejado atrás. No importa lo que me pase. No importa lo que les pase a los viejos. Con todo, y hablo aunque no puedo esperar que me entienda, pero da igual, da mucho miedo estar a punto de marcharse. Aunque solamente sea el contacto de una yema con otra yema: uno no quiere renunciar a él.

Florence y su hijo estaban cruzando el aparcamiento, caminando con paso ligero en nuestra dirección.

—Tendría que haberse ido a vivir con ella —ha dicho Vercueil.

He sonreído.

—No puedo permitirme morir en América —he dicho. Nadie puede, solamente los americanos.

Florence se ha metido en el asiento trasero con brusquedad, el coche se ha balanceado al sentarse ella.

—¿Lo habéis encontrado? —he preguntado.

—Sí —ha contestado ella. Su cara echaba chispas. Bheki se ha sentado a su lado.

—¿Y? —he dicho.

—Sí, lo hemos encontrado, está en este hospital —ha dicho Florence.

—¿Y está bien?

—Sí, está bien.

—Bien —he dicho en tono seco. Gracias por decírmelo.

Hemos hecho el trayecto en silencio. Solamente al llegar a casa Florence se ha dignado a hablar.

—Lo han puesto con los viejos. Es demasiado terrible. Hay uno que está loco, que no para de gritar y decir palabrotas, las enfermeras no se atreven a acercarse a él. No pueden poner a un niño en una sala así. El sitio donde está no es un hospital, es la sala de espera de un funeral.

La sala de espera de un funeral: no me he podido sacar las palabras de la cabeza. He intentado comer, pero no tenía apetito.

He encontrado a Vercueil en la leñera haciendo algo con un zapato a la luz de una vela.

—Me vuelvo al hospital —le he dicho. ¿Se viene conmigo?

La sala que Florence había descrito estaba al final del edificio viejo. Se llegaba bajando al sótano, pasando las cocinas y subiendo otra vez.

Era verdad. Había un hombre con la cabeza afeitada, delgado como un palo, sentado en la cama, dándose palmadas en los muslos y canturreando en voz baja. Una correa negra y ancha le rodeaba la cintura y continuaba por debajo de la cama. ¿Qué estaba cantando? Las palabras no pertenecían a ningún idioma que yo conociera. Me he quedado en el umbral, incapaz de entrar, temiendo que en cualquier momento me clavara su mirada, parara de cantar, levantara uno de sus brazos negros y esqueléticos y me señalara.

—*Delírium trémens* —ha dicho Vercueil. Tiene *delírium trémens*.

—No, es peor que eso —he susurrado.

Vercueil me ha cogido del brazo. Yo he dejado que me llevara.

En medio de la sala había una mesa larga con un montón revuelto de bandejas. Alguien estaba emitiendo una tos tan húmeda como si tuviera los pulmones llenos de leche.

—En el rincón —ha dicho Vercueil.

No me ha reconocido, ni yo tampoco he reconocido fácilmente al chico cuya sangre había estado deteniendo con mis dedos. Tenía la cabeza vendada, la cara hinchada y el brazo izquierdo sujeto con correas al pecho. Llevaba el pijama azul claro del hospital.

—No hables —he dicho. Solamente hemos venido para asegurarnos de que estás bien.

Ha abierto los labios hinchados y los ha vuelto a cerrar.

—¿Te acuerdas de mi? Soy la mujer para la que trabaja la madre de Bheki. Estaba

presente esta mañana. He visto todo lo que ha pasado. Tienes que ponerte bien pronto. Te he traído algo de fruta. —He puesto la fruta en el armario, una manzana y una pera.

Su expresión no ha cambiado.

No me gustaba ese chico. No me gusta. Busco en mi corazón y no encuentro un asomo de sentimientos por él. Así como hay gente hacia la que uno siente un cariño espontáneo, hay otra hacia la que uno siente frío desde el principio. Y eso es todo. Este chico no es como Bheki. No tiene encanto. Tiene algo de estúpido, algo deliberadamente estúpido, obstructivo e intratable. Es uno de esos chicos cuyas voces se agravan muy pronto, que a los doce años han dejado atrás la infancia y se vuelven brutales, astutos. Una persona simplificada, simplificada en todos los sentidos: más rápida, más diestra y más infatigable que la gente de verdad, sin dudas ni escrúpulos, sin humor, despiadado, inocente. Mientras estaba tirado en la calle, mientras yo pensaba que se estaba muriendo, hice lo que pude por él. Pero, para ser sincera, preferiría haberme esforzado por otra persona.

Recuerdo un gato al que cuidé una vez, un viejo macho anaranjado que no podía abrir la boca por culpa de un absceso. Cuando estaba demasiado débil para resistir, lo llevé a casa, le di leche a través de un tubo y le administré antibióticos. Cuando recuperó las fuerzas lo dejé ir, pero continué dejándole comida fuera. Durante un año, de forma esporádica, lo vi en el vecindario. Luego desapareció del todo. Durante todo aquel tiempo me trató sin comprometerse, como a un enemigo. Incluso cuando estaba más débil su cuerpo estaba duro, tenso, se resistía a mis manos. Ahora yo notaba el mismo muro de resistencia en torno a este muchacho. Aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. No oía lo que yo le decía.

Me he dirigido a Vercueil.

—¿Nos vamos? —he dicho. Y movida por un impulso, o, mejor dicho, por un esfuerzo consciente por no bloquear ese impulso, he tocado la mano que el chico tenía libre.

No se la he agarrado y no ha sido más que un momento. Solamente ha sido un roce, un simple contacto de mis yemas con el dorso de su mano. Pero he sentido que se ponía tenso, he notado un culatazo eléctrico furioso.

Va por tu madre, que no está aquí, he dicho para mí misma. En voz alta he dicho:

—No juzgues tan deprisa.

No juzgues tan deprisa: ¿qué he querido decir? Si yo misma no lo sabía, ¿quién más podía saberlo? Ciertamente él no. Pero, en su caso, estaba segura de que la incomprensión era más profunda. Mis palabras han resbalado sobre él como hojas muertas en el mismo momento en que las he pronunciado. Las palabras de una mujer, por tanto insignificantes; de una vieja, por tanto doblemente insignificantes; pero sobre todo de una blanca.

Yo, una blanca. Cuando pienso en los blancos, ¿qué veo? Veo un rebaño de ovejas (no una manada: un rebaño) pululando por una llanura polvorienta bajo un sol de

justicia. Oigo un tamborileo de pezuñas, un estruendo confuso que se convierte, cuando el oído se adapta, en un solo balido con un millar de inflexiones distintas: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!». Y, patrullando entre ellos, apartándolos a golpes con sus ijadas hirsutas, pesados, con los dientes afilados y los ojos enrojecidos, los salvajes y recalcitrantes viejos verracos, los bóers, gruñendo: «¡Muerte! ¡Muerte!». Aunque no me hace ningún bien, me aparto del contacto de los blancos tanto como ese chico. Incluso me apartaría de esa vieja que le está tocando la mano si esa vieja no fuera yo.

Lo he vuelto a intentar.

—Antes de jubilarme —le he dicho— era profesora. Enseñaba en la universidad.

Vercueil me ha mirado con atención desde el otro lado de la cama. Pero no estaba hablando con él.

—Si hubieras estado en mi clase de Tucídides —he continuado—, a lo mejor habrías aprendido algo sobre lo que puede pasar con la humanidad en los momentos de guerra. A nuestra humanidad, con la cual nacemos, en la cual nacemos.

Había una especie de neblina en los ojos del chico: al blanco de los ojos le faltaba lustre, las pupilas estaban apagadas, negras, como tinta de impresor. Aunque le hubieran dado sedantes, él sabía que yo estaba allí, sabía quién era yo, sabía que estaba hablando con él. Lo sabía y no escuchaba, igual que nunca escuchaba a ninguno de sus profesores, sino que se limitaba a sentarse como una piedra en la clase, impermeable a las palabras, esperando a que sonara el timbre, aguardando su momento.

—Tucídides escribía sobre gente que hacía normas y las cumplía. Siguiendo las normas mataban a pueblos enteros de enemigos sin excepción. Estoy segura de que la mayoría de los que morían sentían que se estaba cometiendo un error terrible, que fuera cual fuese la norma no podía estar dirigida a ellos. «¡Yo...!» era su última palabra mientras les cortaban las gargantas. Una palabra de protesta: yo, la excepción.

”«¿Eran excepciones?»». Lo cierto es que, si tuviéramos tiempo para hablar, todos nos declararíamos excepciones. Porque todos somos casos especiales. Todos merecemos el beneficio de la duda.

”Pero a veces no hay tiempo para escuchar con tanta atención, para tantas excepciones, para tanta compasión. No hay tiempo, así que nos dejamos guiar por la norma. Y es una lástima enorme, la más grande de todas. Eso es lo que podrías haber aprendido de Tucídides. Es una lástima enorme que estemos entrando en una época parecida. Tendríamos que entrar en ella acongojados. En ningún caso hay que darle la bienvenida.

Con gesto deliberado, ha metido la mano buena debajo de la sábana, por si acaso yo intentaba tocársela de nuevo.

—Buenas noches —le he dicho. Espero que duermas bien y que por la mañana te encuentres mejor.

El viejo ha dejado de canturrear. Ha dejado caer las manos inertes sobre los muslos como si fueran peces muertos. Tenía los ojos en blanco y le caían chorritos de

saliva por la barbilla.

El coche no arrancaba, y Vercueil se ha tenido que poner a empujar.

—Ese chico es distinto a Bheki, muy distinto —he dicho, hablando demasiado ya, fuera de control. Intento que no se me note, pero me pone nerviosa. Siento mucho que Bheki haya caído bajo su influencia. Pero supongo que hay cientos de miles como él. Hay más como él que como Bheki. Es la generación que sube.

Hemos llegado a casa. Ha entrado conmigo sin que lo invitara.

—Tengo que dormir, estoy agotada —le he dicho. Luego, como no ha mostrado intención de marcharse: —¿Quiere comer algo?

Le he puesto comida delante, me he tomado las pastillas y he esperado.

Ha sostenido la barra de pan con la mano mala, ha cortado una rebanada, la ha untado de mantequilla con ligereza, ha cortado queso. Con las uñas llenas de porquería. ¿Quién sabe qué más habría estado tocando? Y ésta es la persona a la que me confieso, a quien le confío mi última voluntad. ¿Por qué tengo que tomar este camino tan retorcido para llegar a ti?

Mi mente es como un estanque que su dedo penetra y remueve. Sin ese dedo, no habría más que quietud y estancamiento.

Una forma de indirección. Encuentro la dirección de berma indirecta. A paso de cangrejo.

Su uña llena de porquería penetra en mí.

—Tiene usted mal aspecto —me ha dicho.

—Estoy cansada.

Ha enseñado sus dientes largos al masticar.

Observa pero no juzga. Siempre está rodeado de una vaga neblina de alcohol. Alcohol que suaviza, que preserva. *Mollificans*. Que nos ayuda a olvidar. Bebe y es indulgente. Toda su vida es ser indulgente. Él, el señor V., con quien yo hablo. Hablo y luego escribo. Hablo para poder escribir. Pero a la generación que sube, que no bebe, no les puedo hablar, solamente los puedo sermonear. Los nuevos puritanos, defendiendo la norma, blandiendo la norma. Aborrecen el alcohol, que suaviza la norma y disuelve el hierro. Sospechan de todo lo que es ocioso, flexible, de lo que se toma su tiempo. Sospechan de los discursos sinuosos como éste.

—Y también estoy enferma —he dicho. Enferma y cansada, cansada y enferma. Llevo una criatura dentro a la que no puedo dar a luz. No puedo porque no quiere nacer. Porque no puede vivir fuera de mí. Así que es mi prisionero o yo soy su prisionera. Golpea la puerta pero no puede salir. Eso es lo que me pasa todo el tiempo. La criatura de dentro golpea la puerta. Mi hija es mi primera criatura. Es mi vida. Ésta es la segunda, la placenta, la no deseada. ¿Quiere ver la televisión?

—Pensé que quería irse a dormir.

—No, no quiero quedarme sola. La criatura de dentro no está golpeando tan fuerte. Se ha tomado su pastilla y se está quedando amodorrada. La dosis son siempre dos pastillas, fíjese, una para mí y otra para ella.

Nos hemos sentado uno al lado del otro en el sofá. Estaban entrevistando a un hombre de cara rubicunda. Por lo visto criaba animales de caza y alquilaba leones y elefantes a productoras de cine.

—Háblenos de algún famoso extranjero que haya conocido —ha dicho el entrevistador.

—Voy a hacer té —he dicho, poniéndome de pie.

—¿Hay algo más en la casa? —ha dicho Vercueil.

—Jerez.

Cuando he vuelto con la botella de jerez estaba de pie frente a la librería. He apagado el televisor.

—¿Qué está mirando? —he preguntado.

Me ha enseñado uno de los gruesos volúmenes en cuarto.

—Ése lo encontrará interesante —le he dicho. La mujer que lo escribió viajó por Palestina y Siria disfrazada de hombre. En el siglo pasado. Era una de aquellas inglesas intrépidas. Pero los dibujos no los hizo ella. Los hizo un ilustrador profesional.

Hojeamos juntos el libro. Por algún truco de la perspectiva, el ilustrador le había dado un aire de misterio inquietante a los campamentos iluminados por la luna y los peñascos del desierto. Nadie ha hecho eso con Sudáfrica: nadie la ha convertido en una tierra de misterio. Y ya es demasiado tarde. Ya se ha inscrito en la mente como un lugar de luz plana y dura, sin sombras y sin profundidad.

—Lea lo que quiera —he dicho. Hay muchos más libros arriba. ¿Le gusta leer?

Vercueil ha dejado el libro.

—Me voy a dormir —ha dicho.

De nuevo he sentido un acceso de vergüenza. ¿Por qué? Porque, para ser sincera, no me gusta su olor. Porque prefiero no pensar en Vercueil en ropa interior. Lo peor de todo, los pies: las uñas callosas y llenas de suciedad endurecida.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le he dicho. ¿Dónde vivía antes? ¿Por qué empezó a vivir en la calle?

—Estaba en el mar —ha dicho Vercueil. Ya se lo conté.

—Pero nadie vive en el mar. Uno no nace en el mar. No habrá pasado toda su vida en el mar.

—Pescaba en barca.

—¿Y?

Ha negado con la cabeza.

—Solamente preguntaba —he dicho. Queremos saber un poco sobre la gente que nos rodea. Es natural.

Ha dejado escapar esa sonrisa torcida suya en la que de repente aparece un colmillo largo y amarillento. Está usted escondiendo algo, pensé, pero ¿el qué? ¿Un amor trágico? ¿Una sentencia de cárcel? A mí también se me ha escapado una sonrisa.

Así que nos hemos quedado sonriendo, los dos, cada uno con su razón privada para sonreír.

—Si lo prefiere —le he dicho—, puede volver a dormir en el sofá.

Ha vacilado.

—El perro está acostumbrado a dormir conmigo.

—Anoche no tenía al perro con usted.

—Si no voy con él armará jaleo.

Anoche no oí que armara jaleo. Mientras le dé de comer, ¿realmente le importa al perro donde duerma Vercueil? Sospecho que usa la excusa del perro preocupado igual que otros hombres usan la excusa de la mujer preocupada. Por otro lado, quizá es gracias al perro que confío en él. Perros, que husmean lo que está bien y lo que está mal: patrullan los lindes: centinelas.

El perro no se ha acostumbrado a mí. Demasiado olor a gato. La mujer gata: Circe. Y él, después de surcar el mar en un bote de pesca, ha llegado a este puerto.

—Como quiera —le he dicho, y le he dejado irse, fingiendo no darme cuenta de que seguía teniendo la botella de jerez.

Una pena, he pensado (ha sido lo último que he pensado antes de que las pastillas se me llevaran): podríamos habernos instalado juntos, por decirlo de alguna forma, yo en el piso de arriba y él abajo, durante esta última temporada. Para poder tener a alguien a mano por las noches. Porque es eso, después de todo, lo que uno quiere al final: que haya alguien, para poder llamarlo en la oscuridad. Una madre o alguien preparado para hacer de madre.

Como le había dicho a Florence que lo haría, he visitado la plaza Caledon y he intentado poner una denuncia a los dos policías. Pero, por lo visto, poner una denuncia solamente les está permitido a las «partes directamente afectadas».

—Deme los detalles y lo investigaremos —ha dicho el funcionario del mostrador. ¿Cómo se llaman los dos chicos?

—No puedo decirle como se llaman sin el permiso de ellos.

Ha dejado el bolígrafo. Un joven, muy pulcro y correcto, parte de la nueva hornada de policías. Cuyo entrenamiento termina con una estancia en Ciudad del Cabo para fortalecer su autocontrol frente a las posturas humanistas-liberales.

—No sé si se enorgullece usted de ese uniforme —le he dicho—, pero sus colegas de la calle lo están deshonrando. Y también me están deshonrando a mí. Me avergüenzo. No por ellos: por mí misma. No me deja poner una denuncia porque dice que no soy la afectada. Pero sí lo soy, me afecta muy directamente. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

No me ha contestado, pero se ha quedado muy rígido, cauteloso, preparado para lo que pudiera venir a continuación. El hombre que había a su lado estaba inclinado sobre sus papeles, fingiendo que no escuchaba. Pero no había nada que temer. Yo ya

no tenía nada más que decir, o por lo menos ya no tenía presencia de ánimo para que se me ocurriera nada más.

Vercueil estaba sentado en el coche en la calle Buitenkant.

—He hecho el ridículo por completo —le he dicho, de repente al borde de las lágrimas otra vez. «Me avergüenzo de ustedes», les he dicho. Probablemente todavía se están riendo entre ellos. *Die ou kruppel dame met die kaffertjies*. ¿Y de qué otro modo me puedo sentir? Tal vez simplemente tendría que aceptar que es así como tengo que vivir a partir de ahora: con vergüenza. Tal vez la vergüenza es simplemente el nombre de esta sensación que tengo todo el tiempo. El nombre de la forma en que vive la gente que preferiría estar muerta.

Vergüenza. Mortificación. Muerte en vida.

Ha habido un largo silencio.

—¿Puede prestarme diez rands? —ha dicho Vercueil. La pensión de invalidez me llega el jueves. Entonces se los devuelvo.

Esta madrugada han llamado por teléfono. Una mujer con voz jadeante, con la voz jadeante de la gente gorda.

—Quiero hablar con Florence.

—Está durmiendo. Todo el mundo está durmiendo.

—Sí, bueno, puede despertarla.

Estaba lloviendo, pero no muy fuerte. He llamado a la puerta de Florence. Se ha abierto al instante, como si hubiera estado de pie al otro lado esperando la llamada. Detrás de ella se ha oído el gemido soñoliento de una criatura.

—Teléfono —le he dicho.

Cinco minutos más tarde ha venido a mi habitación.

Sin las gafas, con la cabeza descubierta y con un camisón largo y blanco, parecía mucho más joven.

—Hay problemas —ha dicho.

—¿Es Bheki?

—Sí, tengo que irme.

—¿Dónde está?

—Primero tengo que ir a Guguletu, y después, creo, al Site C.

—No tengo ni idea de dónde está el Site C.

Me ha mirado con cara perpleja.

—Quiero decir que, si sabes indicarme el camino, te llevo en coche —le he dicho.

—Sí —ha dicho, pero no lo veía del todo claro. No puedo dejar a las niñas solas.

—Entonces tenemos que llevarlas.

—Sí —ha dicho. No recordaba haberla visto nunca tan indecisa.

—Y el señor Vercueil —he dicho. Tiene que venir para ayudar con el coche.

Ella ha negado con la cabeza.

—Sí —he insistido. Tiene que venir.

El perro estaba tumbado al lado de Vercueil. Cuando he entrado ha golpeado con la cola en el suelo, pero no se ha levantado.

—¡Señor Vercueil! —he dicho en voz alta.

Ha abierto los ojos; he apartado la lámpara. Se ha tirado un pedo.

—Tengo que llevar a Florence a Guguletu. Es urgente, tenemos que marcharnos enseguida. ¿Va a venir con nosotras?

No ha contestado, se ha limitado a ponerse de lado y encogerse. El perro se ha acomodado.

—¡Señor Vercueil! —le he dicho, enfocándolo con la lámpara.

—Que te follen —ha murmurado.

—No lo puedo despertar —le he explicado a Florence. Necesito que venga alguien para empujar el coche.

—Yo empujaré —ha dicho ella.

Con las dos niñas bien tapadas en el asiento trasero, Florence ha empujado. Hemos partido. Mirando a través de los cristales empañados por nuestra respiración, he subido lentamente por De Waal Drive, me he perdido momentáneamente por las calles de Claremont y por fin he encontrado Lansdowne Road. Ya circulaban los primeros autobuses del día, iluminados y vacíos. Todavía no eran las cinco.

Hemos dejado atrás las últimas casas, las últimas farolas. Nos hemos adentrado en una lluvia continua procedente del noroeste, siguiendo el leve resplandor amarillento de nuestros faros.

—Si la gente le hace una señal para que pare, o si ve algo en la carretera, no tiene que parar, tiene que continuar —ha dicho Florence.

—Por supuesto que no pararé —he dicho. Tendrías que haberme avisado antes. Que quede claro, Florence: a la primera señal de problemas, doy media vuelta.

—No digo que vaya a pasar, solamente aviso.

Me he adentrado llena de recelo en la oscuridad. Pero nadie nos ha cortado el paso, nadie ha hecho ninguna señal, no había nada bloqueando la carretera. Por lo visto, los problemas seguían en la cama; se estaban recuperando para afrontar sus próximos compromisos. El borde de la carretera, por el cual a esa hora tendría que haber habido miles de hombres caminando lentamente hacia el trabajo, estaba vacío. Venían flotando volutas de niebla en dirección a nosotros, abrazaban el coche y se alejaban flotando. Espectros, fantasmas. Un sitio *aornos*: sin pájaros. Me he estremecido y he buscado la mirada de Florence.

—¿Cuánto falta? —le he preguntado.

—No mucho.

—¿Qué te han dicho por teléfono?

—Que ayer volvió a haber tiroteos. Estaban dando armas a los *witdoeke* y los *witdoeke* estaban disparando.

—¿Hay tiroteos en Guguletu?

—No, hay tiroteos en el monte.

—Al primer asomo de problemas, Florence, doy media vuelta. Vamos a recoger a Bheki, eso es lo único que vamos a hacer, y luego nos vamos a casa.

No tendrías que haber dejado que se marchara.

—Sí, pero tenemos que girar aquí. A la izquierda.

He girado. Cien metros más adelante había una barrera bloqueando la carretera con luces parpadeantes, coches aparcados en los arcenes y policías armados. Me he parado: un policía se ha acercado.

—¿Qué está haciendo aquí? —ha preguntado.

—Estoy llevando a mi asistenta a su casa —he dicho, sorprendida de la tranquilidad con que mentía.

Ha escudriñado a las niñas que dormían en el asiento trasero.

—¿Dónde vive?

—En el cincuenta y siete —ha dicho Florence.

—Puede dejarla aquí; que camine, si no está lejos.

—Está lloviendo y tiene criaturas pequeñas, no voy a dejar que camine sola —he dicho con firmeza.

Ha vacilado, luego me ha hecho una señal con la linterna para que siguiera adelante. En el techo de uno de los coches había un hombre de pie con uniforme de combate y el arma a punto, observando la oscuridad.

Ahora olía a quemado, a cenizas mojadas, a goma quemada. Lentamente hemos avanzado por una calle ancha sin asfaltar con casas como cajas de cerillas. Por nuestro lado ha pasado patrullando una camioneta protegida con una malla de alambre.

—Gire a la derecha por aquí —ha dicho Florence. Vuelva a girar a la derecha. Pare aquí.

Con el bebé en brazos y la niña medio dormida andando a trompicones detrás, ha bajado y ha ido chapoteando hasta el número 219. Ha llamado y la han dejado entrar. Hope y Beauty. Era como vivir en una alegoría. He esperado con el motor encendido.

La camioneta de policía con la que nos habíamos cruzado se ha acercado. Me han iluminado la cara con un foco. He levantado la mano para protegerme los ojos. La camioneta se ha alejado.

Florence ha reaparecido sosteniendo un impermeable de plástico por encima de su cabeza y de la criatura y se ha sentado en el asiento trasero. Corriendo detrás de ella bajo la lluvia no ha aparecido Bheki, sino un hombre de treinta o cuarenta años, delgado, pulcro y con bigote. Ha ocupado el asiento contiguo al mío.

—Éste es el señor Thabane, mi primo —ha dicho Florence. Nos va a indicar el camino.

—¿Dónde está Hope? —he preguntado.

—La he dejado con mi hermana.

—¿Y dónde está Bheki?

Ha habido un silencio.

—No estoy seguro —ha dicho el hombre. Tenía una voz sorprendentemente suave. Vino a casa ayer por la mañana, dejó sus cosas y salió. Y ya no lo hemos vuelto a ver. No ha venido a casa a dormir. Pero sé dónde viven sus amigos. Podemos empezar a mirar allí.

—¿Es eso lo que quieres, Florence? —he preguntado.

—Tenemos que buscarlo —ha dicho Florence. No podemos hacer nada más.

—Si prefiere que yo conduzca, puedo hacerlo —ha dicho el hombre. Es un poco mejor, ya sabe.

He salido y me he sentado con Florence en la parte trasera. Ahora llovía con más fuerza. El coche avanzaba por encima de los charcos de la carretera llena de baches. Hemos girado a izquierda y derecha bajo la anaranjada luz enfermiza de las farolas y por fin hemos parado.

—Cuidado, no apague el motor —le he dicho al señor Thabane, el primo.

Ha salido y ha golpeado una ventana. A continuación ha tenido una larga conversación con alguien a quien no he podido ver. Cuando ha vuelto ya estaba empapado y frío. Ha sacado un paquete de cigarrillos con dedos torpes y ha intentado encender uno.

—Por favor, en el coche no —he dicho.

Él y Florence han intercambiado una mirada exasperada.

Nos hemos quedado sentados en silencio.

—¿Qué estamos esperando? —he preguntado.

—Van a enviar a alguien para que nos enseñe el camino.

Un niño con un pasamontañas demasiado grande para su cabeza ha salido trotando de la casa. Con total confianza, saludándonos a todos con una sonrisa, ha entrado en el coche y se ha puesto a dar indicaciones. Diez años como mucho. Un hijo de la época, cómodo en este paisaje de violencia. Cuando pienso en mi propia infancia, solamente recuerdo largas tardes soleadas, el olor a polvo bajo avenidas de eucaliptos, el susurro débil del agua en los surcos de los arcones y el ronroneo de las palomas. Una infancia adormecida, el preludio de lo que tenía que haber sido una vida sin problemas y un trayecto tranquilo hasta el nirvana. ¿Se nos permitirá por lo menos nuestro nirvana, a los hijos de aquella época desaparecida? Lo dudo. Si queda alguna justicia, nos encontraremos el camino cortado en el primer umbral del submundo. Blancos como larvas y con pañales, nos enviarán junto con las almas infantiles cuyo eterno gimoteo Eneas confundió con llanto. El blanco es nuestro color, el color del limbo: arenas blancas, piedras blancas, una luz blanca procedente de todas partes. Como estar tumbado en la playa por toda la eternidad, un domingo infinito entre miles de congéneres, perezosos, medio dormidos, escuchando el sonido reconfortante del romper de las olas. *In limine primo*: en el umbral de la muerte, el umbral de la vida. Criaturas vomitadas por el mar, atascadas en la arena, indecisas, inacabadas, ni frías ni calientes, ni carne ni pescado.

Habíamos dejado atrás las últimas casas y estábamos conduciendo bajo la luz gris del amanecer a través de un paisaje de tierra agostada y árboles ennegrecidos. Un camión de reparto ha pasado a nuestro lado con tres hombres en la parte trasera cobijados bajo una lona. En el siguiente control de carretera nos los hemos vuelto a encontrar. Nos han mirado con caras inexpresivas, fijamente, mientras esperábamos a

ser inspeccionados. Un policía les ha hecho un gesto con la mano para que siguieran y nos lo ha hecho también a nosotros.

Hemos girado al norte, alejándonos de la montaña, luego hemos salido de la carretera para coger un camino de tierra que pronto se ha convertido en arena. El señor Thabane se ha detenido.

—No podemos seguir en coche, es demasiado peligroso —ha dicho. A su alternador le pasa algo —ha añadido, señalando la luz roja que brillaba en el salpicadero.

—Estoy dejando que las cosas se agoten —he dicho. No me apetecía dar explicaciones.

Ha apagado el motor. Nos hemos quedado un momento escuchando cómo la lluvia tamborileaba sobre el techo. Luego Florence ha salido, seguida del chico. Atado a su espalda, el bebé dormía en paz.

—Es mejor que mantenga las portezuelas cerradas —me ha dicho el señor Thabane.

—¿Cuánto van a tardar?

—No se lo puedo decir, pero nos daremos prisa. He negado con la cabeza.

—No me pienso quedar aquí —he dicho.

No tenía sombrero ni paraguas. La lluvia me golpeaba en la cara, me adhería el pelo al cuero cabelludo, me chorreaba por el cuello. Con esta clase de excursiones, he pensado, uno puede acabar muriéndose de frío. El chico, nuestro guía, ya había salido disparado.

—Póngase esto encima de la cabeza —ha dicho el señor Thabane, ofreciéndome el impermeable de plástico.

—Tonterías —he dicho. No me importa un poco de lluvia.

—Aun así, sosténgalo por encima de su cabeza —ha insistido. Yo he entendido. Venga —ha dicho. Lo he seguido.

A nuestro alrededor se extendía un páramo de dunas de arena gris y sauces de Port Jackson, y un hedor a basura y ceniza. Jirones de plástico, hierro viejo, cristal, huesos de animales tirados a ambos lados del camino. Yo ya estaba temblando de frío, pero cuando he intentado caminar más deprisa el corazón se me ha puesto a bombear de una forma desagradable. Me estaba quedando rezagada. ¿Se detendría Florence? No: *amor matris*, una fuerza que no se detiene por nada.

En un recodo del camino me estaba esperando el señor Thabane.

—Gracias —he dicho de forma entrecortada. Es muy amable. Siento estar retrasándolos. Tengo la cadera mal.

—Cójame del brazo —me ha dicho.

Nos hemos cruzado con varios hombres, oscuros, con barba, adustos, armados con palos y caminando a toda prisa en fila india. El señor Thabane se ha apartado del camino. Yo me he cogido a él con más fuerza.

El camino se ha ensanchado y por fin ha acabado en una laguna amplia y llana. Al

otro lado de la laguna empezaban las chabolas, el grupo más bajo de las cuales estaba rodeado de agua e inundado. Algunas robustamente construidas en madera y hierro, el resto simples capas de plástico colocadas por encima de amazones de ramas, se extendían hacia el norte sobre las dunas hasta donde mi vista alcanzaba.

En la orilla de la laguna he vacilado.

—Venga —ha dicho el señor Thabane. Agarrada a él, me he adentrado y los dos hemos caminado por el agua, que nos llegaba hasta los tobillos. He perdido un zapato. Cuidado con los cristales rotos —ha dicho. He recuperado el zapato.

Excepto una anciana de boca caída, de pie junto a una puerta, no había nadie a la vista. Pero a medida que hemos avanzado, el ruido que oíamos, y que al principio se podía confundir con la lluvia y el viento, ha empezado a convertirse en chillidos y gritos, sobre un murmullo de fondo que solamente puedo llamar un suspiro: un suspiro grave, repetido una y otra vez, como si el mundo mismo estuviera suspirando.

Luego el niño, nuestro guía, se ha reunido otra vez con nosotros, se ha puesto a tirar de la manga del señor Thabane y a hablar en tono excitado. Los dos se han alejado; me he apresurado a seguirlos duna arriba.

Hemos llegado junto a una multitud de centenares de personas que contemplaban una escena de devastación: chabolas calcinadas y humeantes, chabolas todavía en llamas, de las que salía un humo negro. Había revoltijos de muebles, ropa de cama y objetos domésticos bajo la lluvia abundante. Bandas de hombres trabajaban intentando rescatar el contenido de las chabolas en llamas, yendo de una a otra y apagando los incendios. O eso pensaba yo hasta que me he dado cuenta, horrorizada, de que no eran rescatadores sino incendiarios, de que la batalla que yo estaba viendo que libraban no era con las llamas sino con la lluvia.

El suspiro provenía de aquella multitud reunida al borde de aquel anfiteatro de dunas. Como plañideras en un funeral, permanecían de pie bajo el diluvio, hombres, mujeres y niños, empapados, sin molestarse en cobijarse, observando la destrucción.

Un hombre con un abrigo negro blandía un hacha. Una ventana ha hecho un estruendo al estallar. Luego ha atacado la puerta, que se ha hundido al tercer golpe. Como si los liberaran de una jaula, una mujer con un bebé en brazos ha salido corriendo de la casa, seguida por tres niños descalzos. El tipo los ha dejado pasar. Luego ha empezado a dar hachazos al marco de la puerta. Toda la estructura ha crujido.

Uno de sus compañeros ha entrado en la chabola con un bidón. La mujer ha entrado detrás de él y ha salido llevando un montón de ropa de cama en los brazos. Pero cuando ha intentado hacer una segunda incursión, la han expulsado violentamente.

La multitud ha emitido un nuevo suspiro. Han empezado a salir volutas de humo de dentro de la chabola. La mujer se ha puesto de pie, ha entrado corriendo y la han vuelto a arrojar fuera.

Ha salido volando una piedra de la multitud y ha caído con un ruido seco sobre el

tejado de la chabola en llamas. Otra ha golpeado la pared y otra ha caído a los pies del hombre del hacha. El hombre ha soltado un grito amenazador. Él y media docena de sus compañeros han dejado lo que estaban haciendo y, blandiendo palos y barras, han avanzado hacia la multitud. Gritando, la gente se ha dado media vuelta para huir, yo entre ellos. Pero apenas podía despegar los pies del barro del suelo. El corazón me latía desbocado, me ha empezado a doler el pecho. Me he parado y me he inclinado hacia delante, jadeando. ¿Es posible que me esté pasando esto?, he pensado. ¿Qué estoy haciendo aquí? Me he imaginado el coche verde esperando junto al camino. No había nada que deseara más que meterme en mi coche, cerrar la portezuela y dejar fuera aquel mundo amenazante de furia y violencia.

Una chica, una adolescente enormemente gorda, me ha apartado de un empujón.

—¡Vete al infierno! —he gemido al caer.

—¡Vete tú al infierno! —ha contestado ella, inflamada de odio desnudo. ¡Fuera! ¡Fuera! Y ha echado a correr dificultosamente, con su enorme trasero temblando.

Un golpe más, he pensado, me caigo en la arena y estoy acabada. Esta gente puede recibir muchos golpes, pero yo soy tan frágil como una mariposa.

Han empezado a pasar pies a mi alrededor. He vislumbrado una bota marrón con la lengüeta suelta y la suela atada con cordeles. El pisotón del que me he apartado instintivamente no ha llegado.

Me he levantado. A mi izquierda había alguna clase de pelea. Todo el mundo que un minuto antes había empezado a huir en dirección al monte de repente estaba volviendo. Una mujer ha soltado un chillido fuerte y agudo. ¿Cómo podía alejarme de aquel lugar terrible? ¿Dónde estaba la laguna que había cruzado, dónde estaba el camino al coche? Había lagunas por todas partes, lagunas, ciénagas, lugares encharcados. Había caminos por todas partes, pero ¿adónde llevaban?

He oído con nitidez el ruido de un arma, un disparo, dos, tres, no muy cerca pero tampoco muy lejos.

—Venga —ha dicho una voz, y el señor Thabane ha pasado a mi lado.

—¡Sí! —he jadeado, y he ido detrás de él, llena de gratitud. Pero no podía seguirle el ritmo. Más despacio, por favor —lo he llamado. Él ha esperado. Los dos juntos hemos vuelto a cruzar la laguna y hemos alcanzado el camino.

Ha aparecido un joven a nuestro lado, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Adónde vais? —ha preguntado. Una pregunta dura en tono duro.

—Me voy de aquí, me marcho, aquí estoy fuera de sitio —he contestado.

—Vamos a buscar el coche —ha dicho el señor Thabane.

—Ese coche lo necesitamos —ha dicho el joven.

—No voy a dejar que nadie coja mi coche —he dicho yo.

—Es un amigo de Bheki —ha dicho el señor Thabane.

—No me importa, no le voy a dejar mi coche.

El joven —que no era un hombre, sino un niño disfrazado de hombre y comportándose como un hombre— ha hecho un gesto extraño: sosteniendo una mano

a la altura de la cabeza, la ha golpeado con la otra, dando una palmada, de refilón. ¿Qué significaba? ¿Significaba algo?

La espalda me estaba matando por culpa de la caminata. He aminorado la marcha y me he parado.

—Tengo que llegar pronto a casa —he dicho. Era una petición. Podía oír el temblor en mi propia voz.

—¿Ha visto bastante? —ha dicho el señor Thabane, en tono más distante que antes.

—Sí, he visto bastante. No he venido aquí a ver el paisaje. He venido a buscar a Bheki.

—¿Y quiere irse a casa?

—Sí, quiero irme a casa. Tengo dolores, estoy agotada.

Se ha girado y ha echado a andar. Yo he echado a cojear detrás de él.

—Quiere irse a casa —ha dicho. Pero ¿qué pasa con la gente que vive aquí?

—Cuando quieren irse a casa, es aquí donde vienen. ¿Qué le parece eso?

Nos hemos quedado bajo la lluvia, en medio del camino, cara a cara. La gente que pasaba se ha detenido también, mirándome con curiosidad, como si mis asuntos fueran de ellos, como si fueran de todo el mundo.

—No tengo respuesta —he dicho. Es terrible.

—No es solamente terrible —ha dicho él. Es un crimen. Cuando ve cómo se comete un crimen delante de sus ojos, ¿qué dice? ¿Acaso dice: «Ya he visto bastante, no he venido a ver el paisaje, me quiero ir a casa»?

He negado con la cabeza, angustiada.

—No, claro que no —ha dicho. Correcto. ¿Qué dice, entonces? ¿Qué clase de crimen es el que ve? ¿Cómo se llama?

Es maestro, he pensado. Por eso habla tan bien. Lo que está haciendo conmigo lo ha practicado en el aula. Es el truco que usa uno cuando quiere que parezca que lo que dice procede del niño. Ventriloquia, el legado de Sócrates, tan opresiva en Africa como lo era en Atenas.

He mirado al corro de espectadores que me rodeaba. ¿Eran hostiles? No he podido detectar ninguna hostilidad. Simplemente estaban esperando a que yo contestara.

—Estoy segura de que podría decir muchas cosas, señor Thabane —he dicho. Pero me tienen que salir espontáneamente. Cuando uno habla bajo coacción, usted tendría que saberlo, casi nunca se dice la verdad.

Iba a contestarme, pero lo he detenido.

—Espere. Deme un minuto. No estoy eludiendo su pregunta. Aquí están pasando cosas terribles. Pero lo que pienso de ello lo tengo que decir a mi modo.

—¡Pues díganos lo que piensa de ello! ¡Estamos escuchando! ¡Estamos esperando! —Ha levantado las manos para pedir silencio. La multitud ha emitido un murmullo de aprobación.

—Lo que he visto es terrible —he repetido, titubeando. Merece ser condenado. Pero no puedo denunciarlo con palabras ajenas. Tengo que encontrar mis propias palabras, que sean mías. De otra forma no será verdad. Eso es lo único que puedo decir ahora.

—Esta mujer dice idioteces —ha dicho un hombre en la multitud. Ha mirado a su alrededor. Idioteces —ha repetido. Nadie lo ha contradicho. Algunos ya se estaban alejando.

—Sí —he dicho, dirigiéndome a él. Tiene razón, lo que usted dice es verdad.

Se me ha quedado mirando como si estuviera loca.

—¿Pero qué espera? —he continuado. Para hablar de esto —he hecho una señal con la mano en dirección al monte, el humo, los detritos que llenaban el camino—, haría falta la lengua de un dios.

—Idioteces —ha repetido, desafiándome.

El señor Thabane se ha girado y se ha alejado. Yo lo he seguido. La multitud se ha apartado. Al cabo de un minuto el niño ha pasado a mi lado, corriendo. Luego ha aparecido el coche.

—Su coche es un Hillman, ¿no? —ha dicho el señor Thabane. No quedan muchos en circulación.

Me he quedado sorprendida. Después de lo que había pasado me había parecido que se creaba una barrera entre nosotros. Pero no parecía guardarme rencor.

—De la época en que «Lo británico era mejor» —he contestado. Lo siento si no consigo hacerme entender.

Ha hecho caso omiso de la disculpa, si es que era una disculpa.

—¿Alguna vez lo británico ha sido mejor? —ha preguntado.

—No, claro que no. Solamente fue un eslogan durante un tiempo después de la guerra. Usted no se acordará, es demasiado joven.

—Nací en mil novecientos cuarenta y tres —ha dicho. Tengo cuarenta y tres años. ¿No me cree? Se ha girado para enseñarme su cara pulcra y atractiva. Vanidoso, pero una vanidad atractiva.

He tirado del arranque. La batería se había agotado. El señor Thabane y el chico han salido y han empujado, luchando por afianzar el pie en la arena. Por fin el motor ha arrancado.

—Vaya recto —ha dicho el chico. He obedecido.

—¿Es usted maestro? —he preguntado al señor Thabane.

—Lo era. Pero he dejado temporalmente la profesión. Hasta que lleguen tiempos mejores. En la actualidad vendo zapatos.

—¿Y tú? —le he preguntado al chico.

—Es un joven desempleado —ha dicho el señor Thabane. ¿Verdad?

El chico ha sonreído con timidez.

—Gire aquí, justo después de las tiendas.

En medio del páramo había una hilera de tres tiendecitas, destruidas y quemadas.

El único letrero que todavía se podía leer decía DRUGSTORE BHAWOODIEN.

—Hace mucho tiempo —ha dicho el señor Thabane. Fue el año pasado.

Hemos salido a un camino ancho de tierra. A nuestra izquierda había un grupo de casas, casas de verdad, con paredes de ladrillo, tejados de amianto y chimeneas. Entre ellas y alrededor de ellas, perdiéndose a lo lejos en la llanura, había cabañas de ocupantes ilegales.

—Ese edificio —ha dicho el chico, señalando hacia delante.

Era un edificio alargado y bajo, tal vez una residencia o una escuela, rodeado por una alambrada. Pero había trozos grandes de la alambrada abatidos y lo único que quedaba en pie del edificio eran las paredes ennegrecidas por el humo. Delante del mismo se había congregado una multitud. Las caras se han girado para mirar al Hillman que se acercaba.

—¿Apago el motor? —he dicho.

—Puede apagar el motor, no hay nada que temer —ha dicho el señor Thabane.

—No tengo miedo —he dicho. ¿Era verdad? En cierto sentido, sí. O, por lo menos, después del episodio en el monte me importaba menos lo que me pudiera suceder.

—No hay necesidad de tener miedo —ha continuado en tono tranquilo. Sus chicos están aquí para protegerla. Y ha señalado hacia delante.

Entonces los he visto, al final de la calle: tres vehículos de transporte de tropas de color caqui, apenas distinguibles de los árboles, y, recortándose contra el cielo, un grupo de cabezas con cascos.

—En caso de que pensara —ha terminado— que esto era un simple disturbio entre negros, una rencilla entre facciones. Mire: ahí está mi hermana.

Ha dicho «mi hermana», no «Florence». Tal vez solamente yo en el mundo la llamaba Florence. La llamaba por un alias. Ahora estaba en un terreno donde la gente revelaba sus nombres verdaderos.

Florence tenía la espalda apoyada en la pared, cobijándose de la lluvia: una mujer seria, respetable, con un abrigo de color burdeos y un casquete de lana blanco. Hemos caminado hacia ella. Aunque no ha dado señales de verme, estoy segura de que sí lo ha hecho.

—¡Florence! —la he llamado. Ella ha levantado la vista con expresión aturdida. ¿Lo has encontrado?

Ella ha señalado con la cabeza el interior destruido, luego ha apartado la vista, sin saludarme. El señor Thabane ha empezado a abrirse paso a empujones entre la multitud que taponaba la entrada. Yo he esperado, avergonzada. La gente pululaba a mi alrededor, me esquivaban como si les fuera a traer mala suerte.

Una chica con una bata escolar de color verde manzana se me ha acercado con la mano levantada como si me fuera a dar una bofetada. Me he encogido, pero solamente estaba jugando. O tal vez tendría que decir: se ha abstenido de golpearme.

—Creo que debería mirar usted también —ha dicho al salir el señor Thabane,

respirando de forma entrecortada. Ha ido con Florence y la ha abrazado. Ella se ha quitado las gafas, ha apoyado la cabeza en el hombro de él y se ha echado a llorar.

El interior del edificio era un revoltijo de escombros y vigas carbonizadas. Junto a la pared del fondo, cobijados a medias de la lluvia, había cinco cuerpos amortajados. El cuerpo del medio era el de Bheki, el hijo de Florence. Todavía llevaba los pantalones de franela grises, la camisa blanca y el jersey marrón de la escuela, pero estaba descalzo. Tenía los ojos abiertos y la boca también. La lluvia lo había estado mojando durante horas, a él y a sus camaradas, no solamente allí, sino también donde fuera que estuvieran en el momento de encontrar la muerte. Su ropa y su pelo tenían un aspecto aplastado y muerto. Tenía granos de arena en los rabillos de los ojos. Tenía arena en la boca.

Alguien me estaba tirando del brazo. Perpleja, he visto a una niña con unos ojos grandes y solemnes.

—Hermana —ha dicho. Hermana... Pero luego no ha sabido cómo continuar.

—Le está preguntando si es usted una de las hermanas —ha explicado una mujer, con una sonrisa benévola.

No quería alejarme de aquello, no ahora. He negado con la cabeza.

—Se refiere a si es usted una de las hermanas de la iglesia católica —ha dicho la mujer. No ha continuado, dirigiéndose a la niña en inglés. No es una de las hermanas. Ha quitado con suavidad los dedos de la niña de mi manga.

Florence estaba rodeada por un agolpamiento de gente.

—¿Tienen que estar ahí, bajo la lluvia? —le he preguntado al señor Thabane.

—Sí, tienen que estar ahí. Para que los pueda ver todo el mundo.

—Pero ¿quién lo ha hecho?

Yo estaba estremecida: las convulsiones me recorrían el cuerpo, las manos me temblaban. He pensado en los ojos abiertos del chico. He pensado: ¿qué fue lo último que vio en este mundo? He pensado: esto es lo peor que he visto en la vida. Y he pensado: ahora tengo los ojos abiertos y nunca más podré cerrarlos.

—¿Quién lo ha hecho? —ha dicho el señor Thabane. Si quiere sacarles las balas del cuerpo, es bienvenida. Pero yo le digo por adelantado lo que va a encontrar: «Hechas en Sudáfrica. Aprobadas por la SABS». Eso es lo que encontrará.

—Por favor, escúcheme —he dicho. No soy indiferente a esto... A esta guerra. ¿Cómo podría serlo? No hay barrotes lo bastante sólidos para apartarla de la vista. Tenía ganas de llorar; pero aquí, al lado de Florence, ¿qué derecho tenía? Vive dentro de mí y yo vivo dentro de ella —he susurrado.

El señor Thabane se ha encogido de hombros con impaciencia. Su expresión se ha vuelto más desagradable. Sin duda yo también me he vuelto más desagradable con cada día que pasa. Metamorfosis, que endurecen nuestro discurso, empañan nuestros sentimientos y nos convierten en bestias. ¿En qué parte de esta tierra crece la hierba que nos pueda preservar de ello?

Te cuento la historia de esta mañana consciente de que la narradora, desde su

despacho, reclama el lugar de la verdad. Es a través de mis ojos que ves. La voz que habla en tu mente es la mía. Solamente a través de mí puedes estar en estas llanuras desoladas, oler el humo en el aire, ver los cuerpos de los muertos, oír el llanto, estremecerte bajo la lluvia. Son mis pensamientos los que tú tienes, es mi desesperación la que sientes, y también el primer deseo de dar la bienvenida a lo que sea que te haga dejar de pensar: el sueño, la muerte. Tu compasión fluye hacia mí. Tu corazón late con el mío.

Ahora, hija mía, carne de mi carne, lo mejor de mí, te pido que te distancies. No te cuento esta historia para que sientas lástima de mí, sino para que sepas cómo son las cosas. Sería más fácil para ti, ya lo sé, si la historia la contara otra persona, si la voz que sonara en tus oídos viniera de un desconocido. Pero lo cierto es que no hay nadie más. Soy la única. Soy la única que escribe: yo, yo. Así que te pido: atiende a la escritura, no a mí. Si se infiltran mentiras y ruegos y excusas entre las palabras, escúchalos. No los pases por alto, no los olvides con facilidad. Léelos todos, incluso esta orden, con frialdad.

Alguien había atravesado mi parabrisas con una piedra. Grande como la cabeza de un niño, muda, ocupaba el asiento en medio de los cristales rotos como si ahora poseyera el coche. Lo primero que he pensado era: ¿de dónde saco un parabrisas para un Hillman? Y luego: ¡qué suerte tengo de que todo se esté terminando al mismo tiempo!

He sacado la piedra del asiento y he empezado a recoger los fragmentos sueltos del parabrisas. Ahora que tenía algo que hacer me he sentido más tranquila. Pero también estaba más tranquila porque ya no me importaba vivir o morir. Lo que me pudiera pasar ya no me importaba: mi vida era un simple desperdicio. Disparamos a esa gente como si ellos fueran los desperdicios, pero al final son nuestras vidas las que acaban perdiendo todo valor.

He pensado en los cinco cuerpos, en su presencia sólida y enorme en el edificio quemado. Sus fantasmas no han partido, he pensado, y no van a partir. Sus fantasmas estaban sentados muy rígidos, serenos.

Si alguien me hubiera cavado una fosa allí mismo, en la arena, y la hubiera señalado, no me cabe duda de que me habría metido en ella, me habría tumbado y habría cruzado las manos sobre el pecho. Y cuando la arena empezara a caerme sobre la boca y sobre los rabillos de los ojos, no habría levantado un dedo para limpiármela.

No leas sintiendo compasión por mí. Que tu corazón no lata con el mío.

He sacado una moneda por la ventana. Ha habido un tumulto para cogerla. Los niños han empujado, el motor ha arrancado. He vaciado el monedero sobre las manos extendidas.

Aparcados entre los matorrales donde la carretera se convertía en un sendero estaban los vehículos militares que yo había visto, no tres, como yo creía, sino cinco. Vigilada por un chico con un capote para la lluvia de color verde oliva, he salido del coche. Con la ropa mojada tenía tanto frío que era como si fuera desnuda.

Confiaba en que me salieran las palabras que necesitaba, pero no ha sido así. He levantado las manos con las palmas hacia arriba. Estoy muda, decían mis manos, no tengo palabras. Vengo a hablar pero no tengo nada que decir.

—*Wag in die motor; ek sal die polisie skakel* —me ha gritado.

Un chaval con granos jugando a ese juego arrogante y asesino. Espere en el coche, llamaré a la policía. He negado con la cabeza y no he dejado de hacerlo. Se ha puesto a hablar con alguien que tenía al lado, alguien a quien yo no podía ver. Estaba sonriendo. Sin duda habían estado observando desde el principio y se habían formado una opinión sobre mí. Una vieja samaritana loca atrapada bajo la lluvia, desaliñada como una gallina. ¿Tenían razón acaso? ¿Soy una samaritana? No, no se me ocurre nada bueno que haya hecho. ¿Estoy loca? Sí, estoy loca. Pero ellos también. Todos nos estamos volviendo locos, nos están poseyendo los demonios. Cuando la locura se sube al trono, ¿quién en el país escapa a su contagio?

—No llame a la policía, sé cuidar de mí misma —he gritado.

Pero los murmullos y las miradas de reojo han continuado. Tal vez ya estaban hablando por radio.

—¿Qué cree que está haciendo? —le he dicho al chico. La sonrisa ha desaparecido de sus labios. ¿Qué cree que está haciendo? —he gritado y mi voz se ha quebrado. Me ha mirado, asombrado. Asombrado de que le gritara una mujer blanca que además podría ser su abuela.

Un hombre con traje de combate ha venido desde el vehículo de al lado. Se ha agachado para mirarme frente a frente.

—*¿Wat is die moeilikheid?* —le ha preguntado al chico del vehículo.

—*Nee, niks, moeilikheid nie.* —Ningún problema. *Net hierdie dame wat wil weet wat aangann.*

—Este sitio es peligroso, señora —ha dicho, dirigiéndose a mí. Era evidente que era un oficial. Aquí puede pasar cualquier cosa. Voy a pedir una escolta para que la acompañe de vuelta a la carretera.

He negado con la cabeza. Estaba en posesión de mis facultades, ni siquiera estaba llorando, aunque no descartaba desplomarme en cualquier momento.

¿Qué es lo que quería? ¿Qué quería la anciana? Lo que quería era enseñarles algo, cualquier cosa que se les pudiera enseñar en aquel lugar y en aquel momento. Lo que quería, antes de que se librasen de ella, era desnudar una cicatriz, algo dañado, y enseñárselo por la fuerza, obligarlos a mirar: una cicatriz, cualquier cicatriz, la cicatriz de todo aquel sufrimiento, pero en última instancia una cicatriz que fuera mía, porque nuestras cicatrices son las únicas que podemos llevar con nosotros. Llegué incluso a llevarme una mano a los botones del vestido. Pero tenía los dedos de color azul, congelados.

—¿Han visto lo que hay dentro de ese edificio? —les he preguntado con mi voz rota. Me han empezado a salir las lágrimas.

El oficial ha tirado su cigarrillo y lo ha aplastado contra la arena mojada.

—Esta unidad no ha disparado una sola bala en veinticuatro horas —ha dicho en voz baja. Permítame una sugerencia: no se angustie antes de saber de qué está hablando. La gente que hay ahí dentro no es la única que ha muerto. Está muriendo gente todo el tiempo. Ésos son simplemente los cadáveres que han recogido de ayer. Los combates han disminuido de momento, pero tan pronto como deje de llover volverán a dispararse. No sé como ha llegado usted aquí, tendrían que haber cortado la carretera, pero está en un mal sitio, no tendría que estar aquí. Llamaremos a la policía por radio y ellos la escoltarán.

—*Ek het reeds geskakel* —ha dicho el chico del vehículo.

—¿Por qué no bajan las armas y se van a casa, todos ustedes? —he dicho. Porque seguramente no puede haber nada peor que lo que están haciendo aquí. Peor para sus almas, quiero decir.

—No —ha dicho él. Yo había esperado incompreensión, pero no: ha entendido perfectamente lo que le he dicho. Nos encargaremos de que la acompañen.

Yo estaba temblando de la cabeza a los pies. Mis dedos, encogidos dentro de las palmas de las manos, se negaban a enderezarse. El viento me pegaba la ropa empapada a la piel.

—Yo conocía a uno de esos chicos muertos —he dicho. Lo conocía desde que tenía cinco años. Su madre trabaja para mí. Son todos ustedes demasiado jóvenes para esto. Me pone enferma, solamente es eso.

He vuelto con el coche al edificio y he esperado, sentada en el coche. Ahora estaban sacando los cuerpos. He sentido que me llegaba una oleada de algo cada vez mayor procedente de la multitud: resentimiento, animosidad. Peor que eso: odio. ¿Habría sido distinto si no me hubieran visto hablando con los soldados? No.

El señor Thabane ha venido a ver qué era lo que quería.

—Lo siento, pero no estoy segura de cómo volver —le he dicho.

—Coja la carretera asfaltada, gire a la derecha y siga las señales —ha dicho en tono seco.

—Sí, pero ¿qué señales?

—Las señales de la civilización —y ha girado en redondo.

He conducido despacio, en parte por culpa del viento que me golpeaba en la cara y en parte porque tenía el cuerpo y la mente insensibles. He deambulado hasta llegar a un suburbio del que nunca había oído hablar y he pasado veinte minutos conduciendo por calles indistinguibles en busca de una salida. Por fin me he encontrado con Voortrekker Road. Allí, por primera vez, la gente ha empezado a mirar el coche con el parabrisas roto. Las miradas me han seguido hasta casa.

La casa estaba fría y me resultaba extraña. Me he dicho a mi misma: date un baño caliente, descansa. Pero me ha poseído un letargo gélido. Me ha costado horrores arrastrarme escaleras arriba, quitarme la ropa mojada, ponerme un albornoz y meterme en la cama. La arena, la arena gris de los Cape Flats, se me había incrustado entre los dedos de los pies. Nunca más entraré en calor, he pensado. Vercueil tiene un

perro que le da calor. Vercueil sabe vivir en este clima. Pero en mi caso, y en el de ese chico frío al que pronto van a poner bajo tierra, ningún perro nos va a ayudar. Ya tiene la arena en la boca, infiltrándose, reclamándolo.

Hace dieciséis años que no comparto la cama con un hombre o un chico. Dieciséis años sola. ¿Te sorprende?

He escrito. Escribo. Sigo la pluma, voy donde me lleva. ¿Qué más me queda?

Me he despertado agotada. Volvía a ser de noche. ¿Adónde se había ido el día?

La luz del lavabo estaba encendida. Sentado en la taza, con los pantalones en los tobillos, el sombrero en la cabeza y dormido, estaba Vercueil. Me he quedado mirándolo, perpleja.

No se ha despertado. Al contrario, aunque le colgaba la cabeza y tenía la boca abierta, dormía tan tranquilo como un bebé. Apenas tenía pelo en el muslo largo y delgado.

La puerta de la cocina estaba abierta y había basura del cubo volcado esparcida por el suelo. El perro estaba persiguiendo un envoltorio de papel. Cuando me ha visto ha bajado la cabeza con gesto culpable y ha sacudido la cola.

—¡Esto es demasiado! —he murmurado. ¡Demasiado! El perro se ha escabullido.

Me he sentado a la mesa y he roto a llorar. No he llorado por la confusión que tenía en la cabeza, ni por el desorden de la casa, sino por el chico, por Bheki. Allí donde miraba me lo encontraba, con los ojos abiertos en la expresión de perplejidad infantil con que la muerte lo había sorprendido. He sollozado con la cabeza apoyada en los brazos, llorando su muerte, llorando por lo que le han quitado a él y por lo que me han quitado a mí. ¡La vida es algo tan prodigioso! ¡Qué idea tan maravillosa tuvo Dios! La mejor idea que nadie ha tenido nunca. Un regalo, el más generoso de todos los regalos, que se renueva interminablemente a lo largo de las generaciones. ¡Y ahora a Bheki se la han robado, se lo han llevado, se la han arrancado!

«¡Quiero irme a casa!», me había quejado, y me avergonzaba recordarlo, al señor Thabane, el vendedor de zapatos. Una voz infantil procedente de una anciana. Irme a mi casa segura, al lecho de mi sueño infantil. ¿He estado alguna vez completamente despierta? Lo mismo podría preguntar: ¿saben los muertos que están muertos? No: a los muertos no se les permite saber nada. Pero en nuestro sueño mortuorio por lo menos nos pueden visitar presentimientos. Tengo presentimientos muy viejos que todos mis recuerdos, inquebrantables, que me dicen que un día estuve viva. Estaba viva y me robaron la vida. Tuvo lugar un robo en la cuna: se llevaron a una criatura y en su lugar dejaron una muñeca para que la criaran y cuidaran de ella, y esa muñeca es lo que llamo «yo».

¿Una muñeca? ¿La vida de una muñeca? ¿Es eso lo que he vivido? ¿Se le permite a una muñeca concebir semejante idea? ¿O acaso la idea va y viene también como un presentimiento, como un simple destello, como un agujero en la niebla abierto por la

lanza de la inteligencia de un ángel? ¿Puede una muñeca conocer la muerte? No: las muñecas crecen, adquieren las facultades de hablar y caminar, pasean por el mundo. Envejecen, se marchitan, mueren. Las empujan al fuego o las entierran, pero no se mueren. Existen para siempre en ese momento de sorpresa petrificada previa a todo recuerdo en que una vida fue arrebatada, una vida que no es la suya, sino que ellas ocuparon su lugar a modo de vale de canje. El suyo es un conocimiento sin sustancia, sin peso corporal, como la misma cabeza de una muñeca, vacía. Llena de aire. Igual que no son criaturas sino ideas de criaturas, más redondas, más rosadas, más inmaculadas y con los ojos más azules que ningún niño, no viviendo una vida sino la idea de una vida, imperecedera, como todas las ideas.

Hades, el infierno: el dominio de las ideas. ¿Por qué han tenido que inventar la idea de que el infierno sea un lugar solitario en medio de la Antártida o en el fondo de un volcán? ¿Por qué no puede estar el infierno a los pies de África y por qué las criaturas del infierno no pueden caminar entre los vivos?

—Padre, ¿no ves que estoy ardiendo? —imploraba el niño, de pie junto a la cama de su padre. Pero su padre ha continuado durmiendo, soñando, y no lo ha visto.

Ésa es la razón —la saco ahora a colación para que tú la veas— de que me aferre con tanta fuerza al recuerdo de mi madre. Porque si ella no me dio la vida, nadie más me la dio. No solamente me aferro al recuerdo de ella, sino también a ella misma, a su cuerpo, a mi tránsito de su cuerpo al mundo. Bebí su cuerpo en forma de sangre y leche y así cobré vida. Y luego me robaron y desde entonces estoy extraviada.

Hay una fotografía de mí que tú has visto pero probablemente no recuerdas. La sacaron en 1918, cuando yo todavía no había cumplido dos años. Estoy de pie. Parece que intento coger la cámara. Mi madre, arrodillada a mi lado, tira de mí con una especie de riendas que me pasan por encima de los hombros. De pie a un lado, sin hacerme caso, está mi hermano Paul, con la gorra jovialmente torcida.

Yo tengo el ceño fruncido, la mirada intensamente fija en la cámara. ¿Solamente estoy frunciendo el ceño porque me da el sol en la cara o tengo la sensación brumosa de que la cámara me va a robar el alma? Peor todavía: ¿está mi madre impidiéndome que tire la cámara al suelo porque yo, con mi mente de muñeca, sé que va a ver lo que el ojo no puede ver: que yo no estoy allí? ¿Y acaso mi madre sabe eso porque tampoco está allí?

Paul, muerto, a quien la pluma me ha llevado. Le estreché la mano cuando ya se iba. Le susurré: «Verás a mamá. Los dos seréis felices». Estaba pálido, incluso sus ojos tenían el tono escaldado del cielo lejano. Me miró con cara fatigada e inexpresiva, como diciendo: ¡qué poco entiendes! ¿Acaso Paul llegó a vivir alguna vez? «Mi hermana, la vida», me llamó una vez en una carta, tomando prestada la expresión<sup>[2]</sup>. ¿Se dio cuenta al final de que había estado equivocado? ¿Pudieron aquellos ojos traslúcidos ver a través de mí?

Aquel día nos fotografiaron en un jardín. Detrás de nosotros hay unas flores que parecen malvarrosas. A nuestra izquierda hay un lecho de melones. Reconozco el

lugar. Es Uniondale, la casa en la calle Church que compró mi abuelo cuando hubo el boom de las plumas de avestruz. Año tras año la fruta, las flores y las verduras brotaban en aquel jardín, lanzaban sus semillas, morían, se resucitaban a ellas mismas y nos bendecían con su presencia abundante. Pero ¿quién atendía todo aquello con su amor? ¿Quién cuidaba las malvarrosas? ¿Quién ponía las semillas de melón en su lecho cálido y húmedo? ¿Era mi abuelo el que se levantaba a las cuatro de la mañana con el frío que hacía para abrir la compuerta y dejar que el agua entrara en el jardín? Y si no era él, ¿a quién pertenecía realmente el jardín? ¿Quiénes son los fantasmas y quiénes las presencias? ¿Quiénes, fuera de la foto, apoyados en sus rastrillos y sus palas, esperando para regresar al trabajo, se apoyan también en el borde del rectángulo, lo doblan y lo quiebran hacia dentro?

*Dies irae, dies illa* aquéllos en que el ausente está presente y el presente ausente. La foto ya no enseña quién había aquel día en el marco del jardín, sino a los que no estaban allí. Guardadas todos estos años en lugares seguros por todo el país, en álbumes y en cajones de escritorios, esta foto y miles como ella han madurado sutilmente, se han metamorfoseado. El baño de fijado no salió bien, o bien el revelado fue más allá de lo que uno habría soñado —¿quién sabe cómo sucedió?—, pero se han vuelto a convertir en negativos, un tipo nuevo de negativos en los que empezamos a ver lo que solía quedar fuera del marco, oculto.

¿Es por eso que tengo el ceño fruncido, es por eso que intento agarrar la cámara? ¿Acaso sé brumosamente que la cámara es el enemigo, que la cámara no mentirá sobre nosotras sino que desvelará lo que somos en realidad, muñecas? ¿Estoy forcejeando con las riendas para poder quitar la cámara de las manos de quien sea que la está sosteniendo antes de que sea demasiado tarde? ¿Y quién sostiene la cámara? ¿De quién es la sombra informe que se proyecta hacia mi madre y sus dos criaturas a través del lecho cultivado?

Una pena más allá de todo llanto. Estoy vacía, soy una cáscara. El destino envía a cada uno la enfermedad que se merece. La mía es una enfermedad que me devora desde dentro. Si me abrieran me encontrarían hueca como una muñeca, una muñeca con un cangrejo sentado dentro relamiéndose, deslumbrado por la llegada de la luz.

¿Es el mismo cangrejo que vi de forma premonitoria cuando tenía dos años, asomándose desde la caja negra? ¿Estaba intentando salvarnos a todos del cangrejo? Pero ellos me frenaron, pulsaron el botón y el cangrejo saltó fuera y entró dentro de mí.

Me roe los huesos ahora que no queda carne. Me roe la cavidad de la cadera, me roe la columna vertebral, empieza a roerme las rodillas. Los gatos, para ser sincera, nunca me han querido. Solamente esta criatura es fiel hasta el final. Mi mascota, mi dolor.

He subido las escaleras y he abierto la puerta del baño. Vercueil continuaba allí sentado, desplomado en su sueño profundo. Lo he sacudido.

—¡Señor Vercueil! —he dicho. Ha abierto un ojo. Venga a tumbarse.

Pero no lo ha hecho. Primero lo he oído en las escaleras, dando un paso cada vez como un anciano. Luego he oído cerrarse la puerta de atrás.

Un día hermoso, uno de esos días tranquilos de invierno en que la luz parece fluir igualmente de todos los sectores del cielo. Vercueil me ha llevado en el coche por la calle Breda y luego por la calle Orange. Le he pedido que aparcara al otro lado de la avenida Government.

—Se me ha ocurrido meterme con el coche por la avenida —he dicho. Una vez haya pasado la cadena, no sé cómo me puede parar alguien. Pero ¿cree usted que hay bastante sitio para pasar?

(Tal vez te acuerdes, al principio de la avenida Government hay dos balizas de hierro fundido unidas por una cadena).

—Sí, se puede pasar por el lado.

—Después ya solamente es cuestión de mantener recto el volante.

—¿De verdad va a hacer eso? —ha preguntado. Sus ojos de pollo han brillado con crueldad.

—Si puedo reunir el valor necesario.

—¿Pero por qué? ¿Para qué?

Era difícil dar una respuesta solemne delante de una mirada como aquélla. He cerrado los ojos y he intentado imaginarme el coche, avanzando lo bastante deprisa para que las llamas se abrieran en abanico hacia atrás, corriendo por el pavimento de la avenida entre los turistas, los vagabundos y los amantes, dejando atrás el museo, la galería de arte, los jardines botánicos, hasta aminorar la velocidad y detenerse delante de la casa de la vergüenza, las llamas y el derretimiento.

—Ya podemos volver —he dicho. Solamente quería asegurarme de que se podía hacer.

Ha entrado en casa y le he dado un té. El perro se ha sentado a sus pies, inclinando las orejas hacia nosotros por turnos cada vez que uno hablaba. Un perro amable: una presencia luminosa, afortunada, igual que algunas personas.

—Respondiendo a su pregunta de para qué —he dicho. Tiene que ver con mi vida. Con una vida que ya no vale nada en realidad. Estoy intentando averiguar qué puedo conseguir a cambio de ella.

Ha movido la mano plácidamente sobre el pellejo del perro, de delante hacia atrás. El perro ha parpadeado y ha cerrado los ojos. Amor, he pensado: por improbable que parezca, lo que veo aquí es amor.

Lo he vuelto a intentar.

—Hay una novela famosa en la que una mujer es declarada culpable de adulterio, el adulterio era delito antiguamente, y la condenan a ir en público con la letra A cosida a su vestido. Pasa tantos años llevando la letra A que la gente se olvida de qué significa. Se olvidan de que no significa nada. Se convierte simplemente en algo que

lleva con ella, como un anillo o un broche. Puede ser quizá que fuera la que empezara la moda de llevar inscripciones en la ropa. Pero eso no lo dice el libro.

”Estos espectáculos públicos, estas manifestaciones, y esto es lo que quiere decir la historia, ¿cómo puede uno saber con certeza qué es lo que significan? Una vieja se prende fuego, por ejemplo. ¿Por qué? ¿Porque la han vuelto loca? ¿Porque está desesperada? ¿Porque tiene cáncer? He pensado en pintar una letra en el coche a modo de explicación. Pero ¿cuál? ¿A, B, C? ¿Cuál es la letra adecuada para mi caso? ¿Y de todas maneras, para qué explicarse? ¿A quién le importa más que a mi?

Podría haber dicho algo más, pero en ese momento se ha abierto el pestillo de la verja y el perro ha empezado a gruñir. Dos mujeres, una de las cuales he reconocido como la hermana de Florence, venían por el camino con maletas.

—Buenas tardes —ha dicho la hermana. Ha enseñado una llave. Venimos a buscar las cosas de mi hermana. De Florence.

—Sí —he dicho.

Han ido solas a la habitación de Florence. Al cabo de un momento he ido con ellas.

—¿Está bien Florence? —he preguntado.

La hermana, que estaba vaciando un cajón, se ha erguido de repente, respirando con dificultad. Saltaba la vista que le había encantado mi pregunta de tonta.

—No, no puedo decir que esté bien —ha dicho. No está bien. ¿Cómo iba a estar bien?

La otra mujer, fingiendo no oír nada, ha continuado doblando ropa de criatura. En la habitación había mucho más de lo que podían llevar en dos maletas.

—No quería decir eso —he dicho. Pero no importa. ¿Puedo pedirle que le dé algo de mi parte a Florence?

—Sí, se lo puedo llevar si no es grande.

He firmado un cheque.

—Dígale a Florence que lo siento. Dígale que lo siento más de lo que puedo explicar. Pienso en Bheki todo el tiempo.

—Que lo siente.

—Sí.

Otro día de cielo claro. Vercueil estaba extrañamente excitado.

—¿Así que hoy es el día? —ha preguntado.

—Sí —he respondido, incómoda por su ansiedad indecente, a punto de añadir: «Pero ¿a usted qué le importa?».

Si, he dicho: hoy es el día. Y, sin embargo, el día ha pasado y no he hecho lo que había prometido. Y es que mientras continúe la estela de palabras, sabrás con certeza que no lo he hecho: una norma, otra norma. Ciertamente la muerte puede ser el último gran enemigo de la escritura, pero escribir también es el enemigo de la muerte.

Por tanto, escribiendo, manteniendo la muerte a raya, déjame que te diga que quería hacerlo, he llegado a ponerme en marcha, pero no lo he hecho. Déjame que te diga más. Déjame que te diga que me he bañado. Déjame que te diga que me he vestido. Déjame decirte que, mientras preparaba mi cuerpo, un ligero destello de orgullo ha vuelto al mismo. Entre esperar en la cama a que se detenga la respiración y ponerse a preparar el propio final de uno, ¡menuda diferencia!

Yo quería hacerlo: ¿es eso verdad? Si. No. Sí-no. La palabra existe, pero nunca la han permitido en los diccionarios. Sí-no: todas las mujeres sabemos lo que quiere decir, del mismo modo que los hombres no la entienden. «¿Va a hacerlo?», me preguntaba Vercueil, con sus ojos masculinos brillando. «Sí-no», tendría que haberle contestado.

Yo iba de blanco y azul: un traje azul claro, una blusa clara con un lazo en el cuello. Me he maquillado meticulosamente y me he arreglado el pelo. Todo el tiempo que he pasado delante del espejo estaba temblando ligeramente. No sentía ningún dolor. El cangrejo ha dejado de roer. Iluminado por la curiosidad, Vercueil me ha seguido a la cocina y ha estado merodeando mientras yo desayunaba. Por fin, irritada y alterada, he estallado:

—¿Quiere dejarme en paz? Eso lo ha hecho girarse con una cara de angustia tan infantil que le he tirado de la manga. No quería decirle eso —le he dicho. Pero, por favor, siéntese: me pone nerviosa cuando más necesito estar tranquila. ¡No paro de echarme atrás y rectificar! En un momento dado pienso: tengo que apresurarme y terminar con esto, con esta vida absurda. Y luego pienso: Pero ¿por qué tengo que pagar yo? ¿Por qué esperar que yo me levante por encima de mi época? ¿Es culpa mía que la época sea tan vil? ¿Por qué me tiene que tocar a mí, vieja, enferma y llena de dolores, levantarme por mí misma y salir de este foso de vergüenza?

”Quiero bramar contra los hombres que han creado esta época. Quiero acusarlos de estropearme la vida de la misma forma en que una rata o una cucaracha estropean la comida sin necesidad de comérsela, simplemente caminando encima de ella y olisqueándola y llevando a cabo sus funciones corporales sobre ella. Es infantil, ya lo sé, señalar con el dedo y echar la culpa a los demás. Pero ¿por qué tengo que aceptar que mi vida habría sido absurda independientemente de quién detentara el poder en este país? El poder es el poder, al fin y al cabo. Invade. Es su naturaleza. Te invade la vida.

”Quiere usted saber qué me pasa, y se lo voy a decir. Quiero venderme, redimirme, pero no consigo decidir cómo hacerlo. Ésa es, si usted quiere, la locura que se ha adueñado de mí. No hace falta que se sorprenda. Ya conoce este país. La locura está en el aire.

Durante todo este discurso, Vercueil ha mantenido la misma expresión hermética y misteriosa. Luego ha dicho algo extraño:

—¿Quiere dar una vuelta en el coche?

—No podemos dar una vuelta en coche, señor Vercueil. No podemos por mil

razones.

—Podemos ir a visitar algún sitio y estar de vuelta para las doce.

—No podemos ir de excursión en un coche con un agujero en el parabrisas. Es ridículo.

—Yo le saco el parabrisas. No es más que un cristal. No lo necesita.

¿Por qué he cedido? Quizá lo que me ha vencido finalmente ha sido la atención que por fin me estaba prestando. Era como un muchacho en estado de excitación, excitación sexual, y yo era su objeto. Me sentía halagada. De forma distante, a pesar de todo, me lo estaba pasando bien. De forma no del todo consciente puede que sintiera algo desagradable en ello, como en la excitación de un perro desenterrando una carroña no enterrada lo bastante hondo. Pero yo no estaba en condiciones de trazar la línea. ¿Qué es lo que quería, después de todo? Quería un aplazamiento. Quedar suspendida sin pensamientos, sin dolor, sin dudas, sin aprensión, hasta que llegara el mediodía. Hasta que el cañón atronara como todos los mediodías en Signal Hill y yo, con una lata de gasolina en el asiento del pasajero a mi lado, pasara o no pasara con el coche más allá de la cadena y entrara en la avenida Government. Pero no pensar hasta entonces: oír cantar a los pájaros, sentir el aire en la piel, ver el cielo. Vivir.

Así que he cedido. Vercueil se ha envuelto la mano con una toalla y ha seguido rompiendo el cristal hasta que el agujero ha sido lo bastante grande para que pasara un niño por él. Le he dado la llave. Un empujón y hemos partido.

Como amantes revisitando los escenarios de sus primeras declaraciones, hemos cogido la carretera de la montaña por encima de Muizenberg. ¡Amantes! ¿Qué le había declarado yo alguna vez a Vercueil? Que tenía que dejar de beber. ¿Qué me había declarado él a mí? Nada. Tal vez ni siquiera su nombre verdadero. Hemos aparcado en el mismo sitio que antes. Ahora: disfruta por última vez de este paisaje, me he dicho a mí misma, clavándome las uñas en las palmas de las manos, contemplando False Bay, la bahía de las falsas esperanzas, y mirando hacia el sur por encima de las negras aguas invernales del más olvidado de los océanos.

—Si tuviéramos barca podría usted llevarme por el mar —he murmurado.

Hacia el sur: Vercueil y yo solos, navegando hasta alcanzar las latitudes donde vuelan los albatros. Donde él pudiera atarme a un barril o un tablón, cualquiera de las dos cosas, y dejarme meciéndome sobre las olas bajo las enormes alas blancas.

Vercueil ha vuelto marcha atrás a la carretera. ¿Acaso me equivocaba, o el motor ronroneaba más suavemente en sus manos que en las mías?

—Lo siento si digo tonterías —he dicho. Estoy intentando no perder el rumbo. Estoy intentando mantener la sensación de necesidad. La sensación de necesidad es lo que me impide abandonarme. Sentada aquí entre toda esta belleza, o incluso sentada en casa entre mis cosas, apenas me parece posible creer que estoy completamente rodeada de una zona de muerte y degradación. Me parece una pesadilla. Algo me oprime y me golpea desde dentro. Intento no hacer caso, pero insiste. Cedo un

centímetro y me oprime más. Me rindo con gusto y la vida vuelve a ser normal. Me rindo con gusto a la normalidad. Me revuelco en ella. Pierdo la vergüenza, me vuelvo tan desvergonzada como una niña. Una falta de vergüenza que resulta vergonzosa: no la puedo olvidar, no puedo soportar el recuerdo. Por eso tengo que mantener el control y no apartarme del camino de otra forma estaría perdida. ¿Lo entiende?

Vercueil se ha inclinado sobre el volante como si tuviera problemas de vista. Él, con su vista de águila. ¿Acaso importaba que no lo entendiera?

—Es como intentar dejar el alcohol —he insistido. Uno lo intenta y lo intenta, lo intenta siempre, pero en el fondo sabe desde el principio que va a recaer. Y ese conocimiento íntimo alberga una vergüenza, una vergüenza tan cálida, tan privada, tan reconfortante que acaba trayendo consigo más vergüenza. Parece que no hay límite para la vergüenza que puede sentir un ser humano.

—Pero ¡qué difícil es matarse! ¡Uno se aferra con tanta fuerza a la vida! Me da la impresión de que en el último momento entra en juego algo más que la voluntad, algo extraño, algo inconsciente, que te empuja al abismo. Hay que convertirse en algo que no es uno mismo. Pero ¿en qué? ¿Quién es ese ser que espera a que me adentre en su zona de sombras? ¿Dónde lo encuentro?

Mi reloj marcaba las 10.20.

—Tenemos que volver —he dicho.

Vercueil ha aminorado la marcha.

—Si eso es lo que quiere, la llevo de vuelta —ha dicho él. O si quiere, podemos continuar con la excursión. Podemos rodear toda la península en coche. Hace un buen día.

Tendría que haber contestado: no, lléveme de vuelta ya. Pero he vacilado, y en ese momento de duda las palabras han muerto dentro de mí.

—Pare aquí —he dicho.

Vercueil ha salido de la carretera y ha aparcado.

—Tengo que pedirle un favor —he dicho. Por favor, no se burle de mí.

—¿Es ese el favor?

—Sí. Ni ahora ni en el futuro.

Se ha encogido de hombros.

Al otro lado de la carretera un hombre vestido con harapos permanecía sentado al lado de una pirámide de leña en venta. Nos ha mirado un momento y ha apartado la vista.

El tiempo ha pasado.

—Una vez le conté una historia sobre mi madre —he dicho finalmente, intentando hablar en tono más suave. Sobre cómo cuando era niña se quedó en la oscuridad sin saber qué estaba pasando por encima de ella, las ruedas de la carreta o las estrellas.

”Toda mi vida me he aferrado a esa historia. Si todos tenemos una historia que nos contamos a nosotros mismos sobre quiénes somos y de dónde venimos, entonces

ésa es mi historia. Ésa es la historia que elijo, o la historia que me ha elegido a mí. Es de ahí de donde vengo, es ahí donde empiezo.

”Usted me pregunta si quiero seguir con la excursión. Si fuera posible de verdad, le sugeriría que fuéramos hasta cabo Oriental, a las montañas Outeniqua a ese parador que hay en lo alto del puerto de Prince Alfred's. Incluso le diría: «Deje los mapas, conduzca hacia el norte y el este siguiendo el sol, yo ya reconoceré el sitio cuando lleguemos: el parador, nuestro punto de partida, el sitio del ombligo, el sitio donde me uno al mundo. Déjeme aquí, en lo alto del puerto de montaña, y váyase usted con el coche, déjeme esperando a que lleguen la noche y las estrellas y a que eche a rodar el vagón fantasmal».

”Pero lo cierto es que, con o sin mapas, ya no puedo encontrar el lugar. ¿Por qué? Porque he perdido una parte del deseo. Hace un año o hace un mes habría sido distinto. Un deseo, tal vez el deseo más profundo que he sido capaz de tener, habría fluido de mí hacia ese único lugar en la tierra, guiándome. «Ésta es mi madre», habría dicho yo, arrodillada allí. «Esto es lo que me da la vida». Un terreno sagrado, no como una tumba, sino sagrado en el mismo sentido que el lugar de una resurrección: una resurrección eterna propiciada por la tierra.

”Ahora el deseo, eso que también se puede llamar amor, me ha abandonado. Ya no amo a esta tierra. Así de simple. Soy como un hombre castrado. Castrado en la madurez. Intento imaginar cómo es la vida de un hombre al que le hayan hecho eso. Lo imagino viendo cosas que antes amaba, sabiendo por sus recuerdos que debería seguir amándolas, pero incapaz ya de restablecer ese amor. El amor: ¿qué era eso?, se diría a sí mismo, tanteando en su memoria en busca del antiguo sentimiento. Pero ahora lo único que encontraría sería una llanura, una quietud, una calma. Algo que yo tenía antes ha sido traicionado, pensaría, y se concentraría, intentando sentir esa traición en toda su intensidad. Pero no habría intensidad. La intensidad habría abandonado todas las cosas. En su lugar sentiría un impulso, suave pero continuo, hacia el estupor y la indiferencia. *Indiferente*, se diría a sí mismo, pronunciando en voz alta esa palabra afilada, y extendería una mano para palpar su filo. Pero también en ese momento habría un desdibujamiento, una pérdida de filo. Todo se aleja, pensaría. En una semana, en un mes, me habré olvidado de todo, me contaré entre los comedores de lotos, aislado, a la deriva. Por última vez intentaría sentir el dolor de ese aislamiento, pero lo único que podría lograr sería una tristeza pasajera.

”No sé si estoy siendo lo bastante clara, señor Vercueil. Hablo de decisión, de intentar mantener la decisión y fracasar. Lo confieso, me estoy ahogando. Estoy sentada aquí a su lado y me estoy ahogando.

Vercueil se ha repantigado en la portezuela. El perro ha gemido suavemente. De pie con las patas en el asiento del conductor, ha mirado hacia delante, ansioso por volver a avanzar. Ha pasado un minuto.

Luego ha sacado una caja de cerillas del bolsillo de la chaqueta y me las ha ofrecido.

—Hágalo ahora —ha dicho.

—¿El qué?

—Eso.

—¿Es eso lo que quiere?

—Hágalo ahora. Yo salgo del coche. Hágalo aquí y ahora.

En la comisura de la boca le bailaba hacia arriba y hacia abajo una bolita de saliva. Que se ponga furioso, he pensado. Que sea posible decir eso de él: que es un perro furioso, cruel y furioso.

Me ha puesto la caja de cerillas delante y la ha agitado.

—¿Está preocupada por él? —ha señalado al hombre de la leña. No se va a meter.

—Aquí no —he dicho.

—Podemos ir a Chapman's Peak. Puede tirarse por el precipicio si quiere.

Era como estar atrapada en un coche con un hombre intentando seducirte y enfadándose porque no cedes. Era como ser transportada de vuelta a los peores momentos de la juventud.

—¿Podemos irnos a casa? —he dicho.

—Pensé que quería hacerlo.

—No lo entiende.

—Pensé que quería un empujón. Yo se lo estoy dando.

Ha vuelto parar el coche delante del hotel de Hout Bay.

—¿Me puede dar algo de dinero? —ha dicho. Le he dado un billete de diez rands.

Ha entrado en la licorería y ha vuelto con una botella dentro de una bolsa de papel marrón.

—Beba —ha dicho, y ha desenroscado el tapón.

—No, gracias. No me gusta el brandy.

—No es brandy, es medicina.

He dado un sorbo, he intentado tragarlo, me he atragantado y me he puesto a toser. Se me ha soltado la dentadura.

—Reténgalo en la boca —ha dicho él.

He dado otro sorbo y lo he dejado en la boca. Las encías y el paladar me han ardido, luego han perdido la sensibilidad. He tragado y he cerrado los ojos. Algo ha empezado a levantarse dentro de mí: un telón, una nube. Así pues, ¿es esto?, he pensado. ¿Esto es todo? ¿Es así como Vercueil marca su rumbo?

Ha dado media vuelta, ha vuelto a subir la colina y ha aparcado en una zona de picnics desde la que se dominaba la bahía. Ha bebido y me ha ofrecido la botella. He bebido con cautela. El velo gris que lo cubría todo se ha empezado a disipar visiblemente. Llena de dudas, maravillada, he pensado: ¿es realmente tan simple? ¿Tal vez no sea cuestión de vida o muerte?

—Déjeme decirle una última cosa —he dicho. Lo que me decidió no fue mi estado, mi enfermedad, sino algo bastante distinto.

El perro se ha quejado en tono bajo. Vercueil ha extendido una mano lánguida. Le

ha lamido los dedos.

—El martes mataron al hijo de Florence.

Ha asentido.

—Vi al chico —he continuado, dando otro sorbo, pensando: ¿me voy a poner locuaz ahora? ¡Dios no lo quiera! Y mientras yo me pongo locuaz, ¿Vercueil se pondrá locuaz también? ¿Él y yo, bajo los efectos del alcohol, locuaces los dos en este coche diminuto?

”Me quedé muy afectada —he dicho. No diré «destrozada» porque no tengo derecho a decir esa palabra, le pertenece a su gente. Pero sí que estoy, ¿cómo decirlo?, trastornada. Tiene que ver con su cadáver, con el fardo de su cadáver. Es como si al morir se volviera muy pesado, como el plomo o como ese barro espeso y compacto que hay al fondo de los embalses. Como si en el acto de morir diera un último suspiro y toda ligereza lo abandonara. Ahora lo tengo tumbado encima de mí con todo su peso. Sin oprimirme, solamente tumbado.

”Era lo mismo cuando su amigo estaba sangrando en la calle. La misma pesadez. El peso de la sangre. Yo estaba intentando que no se escurriera por las alcantarillas. ¡Tanta sangre! Si la hubiera recogido toda no habría podido levantar el cubo. Habría sido como intentar levantar un cubo lleno de plomo.

”Nunca antes he visto morir a gente negra, señor Vercueil. Sé que mueren todo el tiempo, pero siempre en otra parte. La gente a la que he visto morir eran blancos y morían en su cama, más bien como si se secaran o se disiparan allí, como el papel, como el aire. Arderían bien, estoy segura, dejarían muy poca ceniza que barrer. ¿Quiere saber por qué he pensado en inmolarme? Porque creo que ardería bien.

”Pero esa gente no ardería, Bheki y los demás muertos. Sería como intentar quemar lingotes de hierro o plomo. Tal vez sus aristas perderían filo, pero cuando las llamas se apagaran seguirían en el mismo sitio, tan pesados como siempre. Déjalos bastante tiempo y tal vez se acaben hundiendo, milímetro a milímetro, hasta que la tierra los cubra. Pero luego ya no se hundirán más. Se quedarán allí, llorando bajo la superficie. Si hurgaras con el zapato los podrías desenterrar: las caras, los ojos muertos, abiertos, llenos de arena.

—Beba —ha dicho Vercueil, ofreciéndome la botella.

Su cara estaba cambiando, los labios hinchados, llenos, húmedos, los ojos cada vez más vidriosos. Igual que la mujer que había traído a casa. He cogido la botella y la he secado con la manga.

—Tiene que entenderlo, no es solamente algo personal, ese trastorno del que le hablo —he continuado. En realidad no es en absoluto personal. Me caía bien Bheki, está claro, cuando era niño, pero no me gustaba la persona en que se estaba convirtiendo. Me esperaba otra cosa. Él y sus camaradas dicen que han dejado de ser niños. De acuerdo, han dejado de ser niños, pero ¿en qué se han convertido? En pequeños puritanos adustos, que desprecian la risa y desprecian los juegos.

”Así pues, ¿por qué tendría que llorar su muerte? La respuesta es porque vi su

cara. Cuando murió volvió a ser niño. Se le debió de romper la máscara de pura sorpresa infantil cuando se dio cuenta en el último momento de que las piedras y las balas que llovían no eran un juego en absoluto. Que el gigante que iba arrastrando los pies hacia él con la zarpa llena de arena para metérsela en la boca no se iba a dejar arredrar por canciones o lemas. Que no había luz al final del largo pasadizo en donde se estaba asfixiando por momentos.

”Ahora que ese niño está enterrado y caminamos sobre él, déjeme decirle algo, cuando camino por este país, por Sudáfrica, tengo cada vez más la sensación de estar caminando sobre caras negras. Están muertas, pero sus espíritus no las han abandonado. Están acostadas, densas y atrapadas, esperando que pasen mis pies, esperando que me vaya, esperando para levantarse otra vez. Millones de lingotes flotando bajo la piel de la tierra. La edad de hierro esperando el momento de volver.

”Usted cree que estoy angustiada pero que me recuperaré. Lágrimas fáciles, piensa, lágrimas sentimentales, que vienen y se van. Bueno, es cierto, he estado angustiada en el pasado, he imaginado que nada podría ser peor, y luego han llegado cosas peores, como pasa siempre, y lo he superado, o eso parece. Pero ¡ése es el problema! Para no quedarme paralizada de vergüenza he tenido que pasarme la vida superando lo peor. Lo que ya no puedo superar es esa forma de superar las cosas. Si supero esto de ahora, ya no volveré a tener ocasión de no superar algo. A fin de poder resucitar no debo superar lo que pasa ahora.

Vercueil sostenía su botella. Ya faltaban cuatro pulgadas. Le he apartado la mano.

—No quiero beber más —he dicho.

—Continúe —ha dicho él. Emborráchese para variar.

—¡No! —he exclamado.

Una rabia achispada ha despertado en mí en contra de su crudeza y su indiferencia. ¿Qué estaba haciendo yo aquí? En aquel coche maltrecho debíamos de parecer dos refugiados tardíos del *platteland* de la Gran Depresión. Lo único que nos faltaba era un colchón de fibra de coco y una jaula de gallinas atados al techo. Le he quitado la botella de la mano. Pero mientras estaba bajando la ventanilla para tirarla fuera, él me la ha arrebatado.

—¡Fuera de mi coche! —le he dicho en tono cortante.

Él ha sacado la llave del contacto y ha salido. El perro ha salido dando brincos detrás. Delante de mis narices ha tirado las llaves entre los matorrales, ha dado la vuelta y, con la botella en la mano, se ha largado colina abajo en dirección a Hout Bay.

Inflamada de rabia, he esperado, pero no ha vuelto.

Han pasado los minutos. Un coche ha salido de la carretera y se ha acercado al mío. De su interior salía una música fuerte y metálica. En medio de ese galimatías de ruido había una pareja sentada contemplando el mar. Sudáfrica y sus momentos de ocio. He salido y les he dado unos golpecitos en la ventana. El hombre me ha mirado con cara inexpresiva, masticando.

—¿Podéis bajar la música? —he dicho.

Ha tocado o ha fingido que tocaba algo, pero el volumen no ha cambiado. He vuelto a golpear. Me ha dicho algo a través del cristal; luego, levantando una polvareda, ha dado marcha atrás y ha ido a aparcar al otro extremo.

He buscado entre los matorrales donde Vercueil había tirado la llave, pero no he encontrado nada.

Cuando el otro coche se ha marchado por fin, la mujer se ha girado para mirarme. Su cara no carecía de atractivo, pero resultaba desagradable: tensa, agarrotada, como si tuviera miedo de que la luz, el aire y la vida misma fueran a reunirse y golpearla. No era una cara sino una expresión, pero una expresión que había tenido tanto tiempo que se había vuelto parte de ella, se había vuelto ella. Un espesamiento de la membrana que separa el mundo del yo, un espesamiento convertido en estupidez. Una evolución, pero hacia atrás. Los peces de las profundidades primitivas (estoy segura de que lo sabes) desarrollan trozos de piel sensibles a los haces de luz, trozos que con el tiempo se convierten en ojos. Ahora, en Sudáfrica, veo ojos que se nublan otra vez, escamas que crecen y los cubren, mientras los exploradores de la tierra, los colonos, se preparan para volver a las profundidades.

¿Debería haberme ido cuando me invitaste? En mis momentos de mayor debilidad a menudo he deseado entregarme a tu piedad. ¡Qué suerte hemos tenido las dos de que me echara atrás! No necesitas a un albatros del viejo mundo aferrado a tu cuello. Y en cuanto a mí, ¿acaso escaparía realmente de Sudáfrica si corriera a ti? ¿Cómo sé que las escamas no se están solidificando ya sobre mis ojos? Esa mujer del coche: tal vez, mientras se marchaban, le estaba diciendo a su compañero: «¡Qué criatura más rancia! ¡Qué cara tan contrahecha!».

Y luego, ¿qué honor hay en escabullirse en estos momentos, cuando el barco está infestado de gusanos y es tan obvio que se está hundiendo, en compañía de jugadores de tenis y corredores de bolsa corruptos y generales con los bolsillos llenos de diamantes partiendo para establecer sus refugios en la calma de los rincones perdidos del mundo? El general G., el ministro M., en sus propiedades de Paraguay, haciendo bistecs al grill con carbón bajo los cielos meridionales, bebiendo cerveza con sus amigotes, cantando canciones del terruño, procurándose el morir dormidos ya avanzada su senectud, con sus nietos y peones al pie de la cama con el sombrero en la mano: los afrikaners de Paraguay uniéndose a los afrikaners de Patagonia en su diáspora huraña: hombres rubicundos con paliza y con mujeres gordas y colecciones de armas en las paredes de sus salones y con cajas fuertes en Rosario, intercambiando visitas los viernes por la tarde con los hijos e hijas de Barbie y Eichmann: matones, gánsteres, torturadores, asesinos. ¡Menuda compañía!

Recuerdo tu última llamada telefónica. «¿Cómo te sientes?», me preguntaste. «Cansada, pero por lo demás bien —contesté. Me tomo las cosas con calma. Florence es un gran apoyo, como siempre, y tengo un hombre nuevo que ayuda en el jardín». «Me alegro mucho —dijiste con tu briosa voz americana. Tienes que descansar

mucho y concentrarte en recobrar las fuerzas».

Madre e hija al teléfono. Mediodía allí, anocheciendo aquí. Verano allí, invierno aquí. Pero tu voz suena tan clara como si estuvieras en la habitación de al lado. Nuestras palabras arrancadas de nosotros, arrojadas al cielo y recompuestas de nuevo, impecables. Ya no son los antiguos cables marítimos los que me unen a ti, sino una conexión aérea, eficaz y abstracta: la idea de ti conectada a la idea de mí; no palabras, no aliento transmitiéndose entre nosotras, sino ideas de palabras, la idea de aliento, codificada, transmitida y descodificada. Al final dijiste «Buenas noches, madre», y yo dije «Adiós, cariño, gracias por llamar», y en la palabra «cariño», permití que mi voz se apoyara (¡menudo exceso!), con todo el peso de mi amor, rezando por que el fantasma de ese amor sobreviviera a los caminos fríos del espacio y llegara a tu casa.

Al teléfono, amor pero no verdad. En esta carta de otra parte (¡qué carta tan larga!), amor y verdad reunidos por fin. En todos los «tú» que escribo el amor tiembla y parpadea como los fuegos de san Telmo. Estás conmigo, pero no de la misma forma que estás en América, no como estabas cuando te marchaste, sino estando de una forma profunda e inmutable: como el amado, como ese que no muere. Es tu alma a quien me dirijo, igual que será mi alma la que se quedará contigo cuando esta carta se termine. Como una polilla emergiendo del capullo, aleteando: eso es lo que espero que vislumbres cuando la leas: mi alma preparándose para un vuelo más lejos. Una polilla blanca, un fantasma emergiendo de la figura del lecho de muerte. Ese forcejeo de hoy día con la enfermedad, la oscuridad y el odio a uno mismo, la vacilación, así como la divagación (hay poco más que decir sobre el episodio de Hout Bay: Vercueil volvió borracho y malhumorado, encontró la llave y me llevó en coche a casa, y eso es todo; tal vez, para ser sinceros, el perro lo ayudó a volver): todo es parte de la metamorfosis, parte del acto de liberarse del envoltorio muerto.

¿Y después de eso, después de la muerte? No temas, no te visitaré. No hará falta cerrar las ventana y taponar la chimenea para evitar que la polilla blanca entre revoloteando en medio de la noche y se pose en tu frente o en la frente de una de las criaturas. La polilla se limitará simplemente a darte una caricia muy suave en la mejilla cuando dejes la última página de esta carta, antes de partir para su último viaje. No es mi alma la que se quedará contigo, sino el espíritu de mi alma, el aliento, el revoloteo de aire alrededor de estas palabras, una turbulencia apenas perceptible trazada en el aire por el paso fantasmal de mi pluma sobre el papel que sostienes ahora en los dedos.

Dejarme ir a mí misma, dejarte ir a ti, dejar ir una casa todavía llena de recuerdos: es duro, pero voy aprendiendo. Y también la música. Pero por lo menos sí que me llevaré la música conmigo, porque la tengo enredada en el alma. Los *ariosos* de *La pasión según san Mateo*, enredados y atados mil veces, para que nadie, nadie pueda desatarlos.

Si Vercueil no te hace llegar estas páginas, nunca las leerás. Ni siquiera sabrás que han existido. Cierta volumen de verdad nunca se encarnará: mi verdad: que viví

en esta época, en este lugar.

Entonces, ¿cuál es la apuesta que estoy haciendo con Vercueil, por Vercueil?

Es una apuesta por la confianza. Es pedir muy poco, llevar un paquete a la oficina de correos y pasarlo al otro lado de la ventanilla. Es tan poco que casi no es nada. Entre llevar el paquete y no llevarlo la diferencia es tan ligera como una pluma. Si queda un soplo de confianza, obligación y piedad, por pequeño que sea, cuando yo me vaya, seguro que él se hace cargo del paquete.

¿Y si no?

Si no, no hay confianza y no nos merecemos nada mejor, ninguno de nosotros, que caer en el hoyo y desaparecer.

Como no puedo confiar en Vercueil tengo que confiar en él.

Intento mantener viva mi alma en una época que no es hospitalaria con el alma.

Es fácil dar limosna a los huérfanos, los indigentes, los hambrientos. Es más difícil dar limosna a los amargados (pienso en Florence). Pero la limosna que le doy a Vercueil es la más difícil de todas. No me perdona por darle lo que le doy. No tiene caridad, no perdona. (¿Caridad?, dice Vercueil. ¿Perdonar?). Sin su perdón, doy sin caridad y sirvo sin amor. Lluvia cayendo en tierra estéril.

Cuando era más joven podría haberle entregado mi cuerpo. Es el tipo de cosa que uno hace, o hacía, aunque fuera un error. Ahora en cambio pongo mi vida en sus manos. Ésta es mi vida, estas páginas, estos rastros del movimiento de unos dedos carcomidos sobre la página. Estas palabras, cuando las leas, si es que las lees, entrarán en ti y cobrarán aliento de nuevo. Son, si quieres, mi forma de seguir viviendo. Hace mucho tiempo tú vivías conmigo igual que yo vivía con mi madre; igual que ella sigue viva en mí, y yo me estoy acercando a ella, déjame vivir en ti.

Le doy mi vida a Vercueil para que se haga cargo. Confío en Vercueil porque no confío en Vercueil. Le quiero porque no le quiero. Me apoyo en él porque es una vara quebradiza.

Tal vez parece que entiendo lo que digo, pero créeme, no lo entiendo. Desde el principio, cuando lo encontré detrás del garaje en su casa de cartones, dormido, esperando, no he entendido nada. Avanzo a tientas por un pasillo que se vuelve cada vez más oscuro. Avanzo a tientas hacia ti. Voy tanteando con cada palabra.

Hace unos días cogí un resfriado; ahora se me ha alojado en el pecho y se ha convertido en una tos seca y martilleante que me dura varios minutos seguidos y me deja dolorida y agotada.

Mientras mi carga consista únicamente en el dolor, la soporto manteniéndola a distancia. No soy yo quien sufre el dolor, me digo a mí misma: es otra persona quien lo sufre, otra persona que comparte cama conmigo. Así pues, mediante ese truco lo mantengo a distancia, lo relego a otra parte. Y cuando el truco no funciona, cuando el dolor insiste en poseerme, lo soporto como puedo.

(A medida que crecen las olas, no dudo de que mis trucos van a ser barridos como los diques de Zeeland).

Pero ahora, durante estos espasmos de tos, no puedo mantenerme a distancia de mí misma. No hay mente, no hay cuerpo, solamente estoy yo, una criatura retorciéndose, luchando por respirar, ahogándose. ¡Terror, la ignominia del terror! Otro valle a atravesar en el camino a la muerte. «¿Cómo es posible que me pase esto?». En lo peor de los ataques de tos, pienso: «¿es justo?». La ignominia de la ingenuidad. Incluso un perro con la espalda rota emitiendo sus últimos estertores en un arcén se preguntaría: «pero ¿es justo?».

Vivir, dijo Marco Aurelio, exige el talento del luchador, no el del bailarín. Basta con mantenerse de pie: no hacen falta pasos hermosos.

Ayer ya no quedaba nada en la despensa y tuve que ir a comprar. Llevando con dificultad las bolsas de vuelta a casa, me vino un mareo muy violento. Tres colegiales se pararon para mirar a la vieja apoyada en una farola con la compra desparramada alrededor de los pies. Entre accesos de tos intenté hacerles gestos para que se fueran. No puedo imaginar cuál sería mi aspecto. Una mujer en coche aminoró la marcha.

—¿Se encuentra bien? —me gritó.

—He ido de compras —jadeé yo.

—¿Cómo? —dijo ella, frunciendo el ceño, intentando oír.

—¡Nada! —conseguí decir.

La mujer se marchó.

¡Qué feos nos estamos volviendo, por culpa de ser incapaces de pensar bien de nosotros mismos! Incluso las reinas de la belleza parecen irritables. Fealdad: ¿qué es sino el alma revelándose a través de la piel?

Esta noche ha pasado lo peor. En el estupor de mi letargo drogado y desagradable ha penetrado un estruendo de ladridos. El estruendo ha continuado, regular, incansable, mecánico. ¿Por qué no lo hacía callar Vercueil?

No confiaba en poder bajar las escaleras. He salido al balcón en bata y zapatillas. Hacía frío y lloviznaba.

—¡Señor Vercueil! —he graznado. ¿Por qué está ladrando el perro? ¡Señor Vercueil!

He vuelto a la cama y me he quedado tumbada sin poder dormir. Los ladridos eran como mazazos en mis oídos.

Así es como las viejas se caen y se rompen las caderas, me he dicho a mí misma: así es como le ponen a uno la trampa y así es como se cae en ella.

Agarrada a la barandilla con las dos manos he logrado bajar la escalera.

Había alguien en la cocina y no era Vercueil. Quiquiera que fuera no intentaba esconderse. Dios mío, he pensado: ¡Bheki! He tenido un escalofrío.

Bajo la luz fantasmagórica de la nevera abierta se ha girado para mirarme; una venda blanda le tapaba la herida de bala de la frente.

—¿Qué quieres? —he susurrado. ¿Quieres comida?

Ha hablado:

—¿Dónde está Bheki?

Su voz era más grave y oscura que la de Bheki. ¿Quién podía ser? Aturdida, he intentado pensar en nombres.

Ha cerrado la puerta de la nevera. Ahora estábamos a oscuras.

—¡Señor Vercueil! —he graznado. El perro no paraba de ladrar. Van a venir los vecinos —he susurrado.

Su hombro ha rozado el mío al pasar a mi lado. Con un estremecimiento, lo he oído y he sabido quién era.

Ha llegado a la puerta. Los ladridos se han vuelto frenéticos.

—Florence ya no está aquí —he dicho. He encendido la luz.

La ropa que llevaba no era suya. O tal vez era la moda. La chaqueta parecía pertenecer a un hombre adulto y los pantalones le iban grandes. Un brazo de la chaqueta estaba vacío.

—¿Cómo tienes el brazo? —le he preguntado.

—No tengo que moverlo —ha dicho.

—Aléjate de la puerta —le he dicho.

He abierto la puerta solamente una rendija. El perro ha ladrado, excitado. Le he dado unos golpecitos en el hocico.

—¡Para ya! —le he ordenado. Ha soltado un gemido débil. ¿Dónde está tu amo?

Ha agachado las orejas. Ha cerrado la puerta.

—¿A qué has venido? —le he preguntado al chico.

—¿Dónde está Bheki?

—Bheki ha muerto. Lo mataron la semana pasada mientras estabas en el hospital. Le dispararon. Murió en el acto. El día después de que pasara lo de la bicicleta.

Se ha lamido los labios. Tenía un aspecto vacilante, arrinconado.

—¿Quieres comer algo?

Ha negado con la cabeza.

—Dinero. No tengo dinero —ha dicho él. Para el autobús.

—Yo te daré dinero. Pero ¿adónde piensas ir?

—Tengo que ir a casa.

—No lo hagas, te lo ruego. Sé de qué estoy hablando. He visto lo que está pasando en los Cape Flats. Mantente lejos de allí hasta que las cosas vuelvan a la normalidad.

—Las cosas nunca volverán a la normalidad...

—¡Por favor! Ya me sé ese argumento, no tengo tiempo ni ganas de volver a oírlo. Quédate aquí hasta que las cosas se tranquilicen. Quédate hasta ponerte mejor. ¿Por qué te has ido del hospital? ¿Te han dado el alta?

—Sí. Me han dado el alta.

—¿De quién es esa ropa que llevas?

—Es mía.

—No es tuya. ¿De dónde la has sacado?

—Es mía. Me la trajo un amigo.

Estaba mintiendo. Mentía igual de mal que todos los chicos de quince años.

—Siéntate. Te daré algo de comer y luego puedes dormir un poco. Espera a que se haga de día antes de decidir qué haces.

He hecho té. Se ha sentado sin prestarme ninguna atención. No le daba vergüenza que no me creyera su historia. No importaba lo que yo pensara. ¿Qué pensaba él de mí? ¿Acaso pensaba alguna vez en mí? ¿Acaso pensaba en general? No: comparado con Bheki no tenía pensamiento, capacidad de habla ni imaginación. Pero estaba vivo y Bheki estaba muerto. Los llenos de vida caen y los estúpidos sobreviven. Bheki era demasiado listo para su propio bien. Bheki nunca me dio miedo, pero con este otro no estoy segura.

Le he puesto delante un sándwich y una taza de té.

—Come, bebe —le he dicho. No se ha inmutado. Se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el brazo y los ojos en blanco. Le he dado unos golpecitos en la mejilla. ¡Despierta! —le he dicho. Ha dado un respingo, se ha incorporado, ha dado un bocado y lo ha masticado deprisa. Luego su masticación se ha vuelto lenta. Con la boca llena, se ha quedado sentado sufriendo el estupor de la fatiga. Le he quitado el sándwich de la mano, pensando: cuando tienen problemas acuden a una mujer. Ha acudido a Florence, pero Florence no está. ¿Es que no tiene madre?

En la habitación de Florence se ha recuperado un momento.

—La bicicleta —ha murmurado.

—Está a salvo, la he guardado. Hay que arreglarla, eso es todo. Le pediré al señor Vercueil que le eche un vistazo.

Así que esta casa que una vez fue mía y tuya se convierte en un refugio, un lugar de tránsito.

Mi querida hija, se cierne sobre mí la niebla del error. Es de madrugada y no sé cómo salvarme. En la medida en que puedo confesarme, me confieso contigo. ¿Cuál es mi error, te preguntas? Si pudiera meterlo en un frasco, como una araña, y enviártelo para que lo examinaras, lo haría. Pero hay como una niebla que está en todas partes y en ninguna. No puedo tocarlo, atraparlo ni ponerle nombre. Lentamente, con reticencias, sin embargo, déjame decir la primera palabra. No quiero a esa criatura, a la que está durmiendo en la cama de Florence. Te quiero a ti, pero no lo quiero a él. Mi corazón no siente nada por él, ni por asomo.

Sí, contestas tú, no es una persona a quien se pueda querer.

Pero ¿acaso no tienes tú parte de culpa de que no se lo pueda querer?

No niego eso. Pero al mismo tiempo no me lo creo. Mi corazón no lo acepta como mío: es tan simple como eso. En el fondo quiero que se vaya y me deje sola.

Ésa es mi primera palabra, mi primera confesión. No quiero morir en el estado en que me encuentro, en un estado de fealdad. Quiero que me salven. ¿Cómo puedo salvarme? Haciendo lo que no quiero hacer. Ése es el primer paso: que tengo

conocimiento. Tengo que querer, en primer lugar, a quien no se pueda querer. No al brillante Bheki, sino a éste. Está aquí por una razón. Es parte de mi salvación. Tengo que amarlo. Pero no lo amo. Ni tampoco puedo amarlo bastante para amarlo pese a mí misma.

Y si todavía estoy perdida en esta niebla es porque no tengo bastantes ganas para querer ser otra cosa que lo que soy.

No puedo encontrar el deseo de amarlo, de querer amarlo, de querer querer amarlo.

Me estoy muriendo porque en el fondo no quiero vivir. Me estoy muriendo porque me quiero morir.

Por tanto, déjame que te transmita mi segunda palabra, vacilante. Si no quiero quererlo a él, ¿cómo puedo decir que mi amor por ti es sincero? Porque el amor no es como el hambre. El amor nunca queda saciado ni calmado. Cuando uno ama, sigue amando. Cuanto más te amo a ti, más tendría que amarlo a él. Cuanto menos le amo a él, menos, quizá, te amo a ti.

Una lógica en forma de cruz, que me lleva adonde no quiero ir. Pero ¿me dejaría clavar en ella si realmente no estuviera dispuesta a ello?

Cuando empecé esta carta tan larga, pensaba que su impulso sería tan fuerte como el de la marea, que debajo de las olas que batían en mi dirección y por su superficie discurriría una fuerza tan constante como la fuerza de atracción de la luna que te atraería hacia mí y a mí hacia ti: la fuerza de la sangre entre una hija y una madre, entre una mujer y otra. Pero con cada día que escribo, me parece que la carta se vuelve más abstracta, más abstraída, la clase de carta que uno escribe desde las estrellas, desde el vacío exterior, etérea, cristalina, sin sangre. ¿Va a ser ése el destino de mi amor?

Recuerdo cuando el chico estaba herido, lo abundante y tosca que era su hemorragia. Lo escaso que resultaba por comparación mi goteo de sangre sobre el papel. La emisión de un corazón encogido.

Ya he escrito antes sobre sangre, ya lo sé. Ya he escrito sobre todo, se me han acabado los temas, se me ha acabado la sangre, y continúo adelante. Esta carta se ha convertido en un laberinto y yo en un perro encerrado en él, correteando por los ramales y los túneles, arañando y gimiendo en los mismos sitios de siempre, tedioso, fatigado. ¿Por qué no pido ayuda, por qué no suplico a Dios? Porque Dios no puede ayudarme. Dios me busca, pero no me encuentra. Dios es otro perro en un laberinto. Huelo a Dios y él me huele a mí. Soy la perra en celo y Dios es el macho. Dios me huele, ya no puede pensar en otra cosa que en encontrarme y tomarme. Salta por los ramales y araña las cercas. Pero está tan perdido como yo.

Sueño, pero dudo de que sueñe con Dios. Cuando me quedo dormida empieza un movimiento incansable de sombras bajo mis párpados, siluetas sin cuerpo ni forma, cubiertas por una neblina, gris o pardusca, de azufre. «Borodino» es la palabra que me viene en sueños: una tarde cálida de verano en la estepa rusa, humo por todas

partes, la hierba seca y ardiendo, dos ejércitos que han perdido toda cohesión caminando lenta y pesadamente, muertos de sed, aterrorizados por sus vidas. Cientos de miles de hombres sin caras, sin voz, atrapados en el escenario de una carnicería, repitiendo noche tras noche su marcha hacia delante y hacia atrás a través de esa estepa calcinada en medio del hedor a azufre y a sangre: un infierno en el que me sumerjo cada vez que cierro los ojos.

Estoy casi del todo convencida de que son las píldoras rojas, el Diconal, lo que hace que aparezcan esos ejércitos dentro de mí. Pero es que ya no puedo dormir sin las píldoras rojas.

«Borodino», «Diconal»: observo las palabras. ¿Son anagramas? Parecen anagramas. Pero ¿para qué, y en qué idioma?

Cuando me despierto del sueño de Borodino estoy gritando o llorando o tosiendo con sonidos que vienen del interior de mi pecho. Luego me tranquilizo y me quedo mirando a mi alrededor. Mi habitación, mi casa, mi vida: los detalles son demasiado precisos para ser una imitación. Es de verdad: he vuelto: una y otra vez vuelvo, arrojada desde el vientre de la ballena. Cada vez es un milagro, desapercibido, no celebrado, no bienvenido. Todas las mañanas soy arrojada, llego como un náufrago a la playa, recibo otra oportunidad. ¿Y qué hago con ella? Me quedo inmóvil sobre la arena esperando a que vuelva la marea nocturna, a que me rodee, a que me devuelva al vientre de la oscuridad. No nacida como es debido: una criatura liminal, incapaz de respirar bajo el agua y sin el coraje para dejar el mar atrás y convertirse en morador de la tierra.

En el aeropuerto, el día que te marchaste, me agarraste y me miraste a los ojos. «No me llames para que vuelva, madre —dijiste, —porque no voy a volver». Luego te quitaste de los pies el polvo del campo. Tenías razón. Sin embargo, hay una parte de mí que siempre está alerta, siempre mira al noroeste, siempre ansía darte la bienvenida, abrazarte, por si acaso te ablandas y de alguna forma vienes de visita. Hay algo tan terrible como admirable en tu voluntad, en esas cartas que escribes en las cuales —déjame que sea sincera— no hay bastante, o al menos no hay las bastantes muestras de amor como para mantener vivo el amor. Afectuosa, amable, incluso confiada, llena de preocupación por mí, sin embargo son las cartas de alguien que se ha vuelto una extraña, distante.

¿Es esto una acusación? No, pero es un reproche, un reproche sincero. Y esta larga carta —lo digo ahora— es una llamada a la oscuridad, al noroeste, para que vuelvas a mí. Ven y entierra la cabeza en mi regazo como hacen los niños, como hacías tú, hurga con la nariz como si fuera el hocico de un topo en busca del lugar del que viniste. Ven, dice esta carta: no te desgajes de mí. Mi tercera palabra.

Si tú dijeras que sales de mí, yo no tendría que decir que vengo del vientre de la ballena.

No puedo vivir sin hija. No puedo morir sin hija. Lo que sufro, en tu ausencia, es dolor. Produzco dolor. Tú eres mi dolor.

¿Es esto una acusación? Sí. *J'accuse*. Te acuso de haberme abandonado. Te lanzo esta acusación, al noroeste, la meto entre los dientes del viento. Te lanzo mi dolor. Borodino: un anagrama de «Vuelve» en algún idioma. Diconal: «Te llamo». Palabras vomitadas desde el vientre de la ballena, deformes, misteriosas. Hija.

He telefonado a Lifeline en plena noche.

—¿Entregas a domicilio? —ha dicho la mujer. No sé de nadie que haga entregas a domicilio ya, salvo Stuttafords. ¿Por qué no prueba con Meals on Wheels?

—No se trata de cocinar —he dicho yo. Todavía puedo cocinar. Solamente quiero que me traigan la comida. Me cuesta cargar con las cosas.

—Deme su número y haré que una asistente social la llame por la mañana —ha dicho ella.

He colgado.

El final llega al galope. No había tenido en cuenta que cuando una va cuesta abajo cada vez va más deprisa. Creía que se podía hacer todo el camino con tranquilidad. Error, un error garrafal.

Resulta algo degradante la forma en que todo termina: no solamente nos degradamos nosotros, sino que también se degrada la idea que tenemos de nosotros mismos, de la humanidad. Gente tumbada en dormitorios a oscuras, en medio de su propia suciedad, impotentes. Gente tirada en los setos bajo la lluvia. Pero tú no entenderás esto. Vercueil sí.

Vercueil ha vuelto a desaparecer y ha abandonado al perro. Es una pena lo de Vercueil. No es ningún Ulises ni tampoco Hermes, tal vez ni siquiera es un mensajero. Es alguien que va en círculos. Un indeciso, a pesar de su fachada azotada por los elementos.

¿Y yo? Si Vercueil ha fracasado en su prueba, ¿cuál era la mía? ¿Acaso mi prueba era si tenía o no valor para incinerarme delante de la Casa de las Mentiras? He vuelto mil veces a ese momento con la imaginación, al momento en que enciendo la cerilla, noto una sacudida suave en las orejas y me quedo sentada, asombrada e incluso complacida en medio de las llamas, intacta, con la ropa ardiendo sin chamuscarse, con llamas de color azul frío. «Qué fácil es darle sentido a la vida de uno», pienso sorprendida, los pensamientos me van muy deprisa en ese último instante antes de que me prendan las pestañas y las cejas y me quede ciega. Luego ya no hay pensamientos, solamente dolor (porque nada se consigue sin pagar un precio).

¿Sería peor ese dolor que el dolor de muelas? ¿Que los dolores del parto? ¿Que el de mi cadera? ¿Que los dolores del parto multiplicados por dos? ¿Cuánto Diconal haría falta para mitigarlo? ¿No le quitaría valor a la hazaña tomarse todo el Diconal antes de entrar con el coche por la avenida Government y sortear la cadena? ¿Tiene uno que conducir en plena posesión de sus facultades, sin perder el conocimiento? ¿Tiene uno que dar a luz a su propia muerte sin anestesia?

La verdad es que ese impulso siempre ha tenido algo de falso, de profundamente falso, no importa a qué grado de desesperación responda. Si pasarme semanas y meses muriéndome en la cama, en un purgatorio de dolor y vergüenza, no va a salvar mi alma, ¿por qué me va a salvar el hecho de morir en dos minutos bajo una columna de llamas? ¿Van a parar las mentiras porque una vieja enferma se quite la vida? ¿A quién le va a cambiar la vida y cómo? Me acuerdo de Florence, algo bastante frecuente. Si Florence pasara al lado, con Hope cogida de la mano y Beauty a la espalda, ¿le impresionaría el espectáculo? ¿Se molestaría en mirarlo? Un juglar, un payaso, un artista, pensaría Florence: no es una persona seria. Y seguiría su camino.

¿Qué consideraría Florence una muerte seria? ¿Qué obtendría su aprobación? Respuesta: una muerte que coronara una vida de trabajo honorable. O bien que saliera despedida, irresistible, sin anunciarse, como un trueno, como una bala entre los ojos.

Florence es el juez. Bajo las gafas, su mirada permanece silenciosa, midiéndolo todo. Un silencio que ya han heredado sus hijas. El tribunal pertenece a Florence. Soy yo quien se somete a su escrutinio. Si la vida que vivo está revisada, se debe a los diez años que he pasado siendo examinada por Florence.

—¿Tiene Dettol?

Su voz me ha sorprendido mientras estaba sentada a la mesa de la cocina, escribiendo. La voz del chico.

—Ve arriba. Mira en el baño, es la puerta de la derecha. Mira en el armario que hay debajo del lavabo.

He oído cómo revolvía cosas, luego ha vuelto a bajar. Se había quitado el vendaje. Me ha sorprendido ver que todavía llevaba los puntos.

—¿No te han quitado los puntos?

Ha negado con la cabeza.

—Pero ¿cuándo te fuiste del hospital?

—Ayer. Anteayer.

¿Por qué necesitaba mentir?

—¿Por qué no te has quedado y has dejado que cuidaran de ti?

Silencio.

—Tienes que mantener tapada la herida, si no se te va a infectar y te va a quedar cicatriz.

Una marca en forma de látigo en la frente durante el resto de su vida. De recuerdo.

¿Tanto me importa ese chico como para ir molestándolo? Y, sin embargo, le mantuve cerrada la herida abierta, contuve su hemorragia. ¡Qué persistente es el impulso maternal de cuidar! Igual que cuando una gallina que ha perdido a sus pollitos adopta a un patito, sin importarle el color de su plumaje y su pico plano, y le enseña a tomar baños de arena y a picotear gusanos.

He sacudido el mantel rojo y he empezado a cortarlo.

—No tengo vendas en casa —le he dicho—, pero esto está bastante limpio, si no

te importa que sea rojo. Le he enrollado una tira de mantel alrededor de la cabeza y se la he atado con un nudo por detrás. Tienes que ir a un médico pronto, o a una clínica, para que te quiten los puntos. No los puedes dejar ahí.

El cuello se le ha puesto tan rígido como un atizador. Despedía un olor, el mismo que debió de provocar la furia del perro: a nerviosismo y miedo.

—No me duele la cabeza —ha dicho, carraspeando. Pero el brazo sí. Ha movido el brazo con cuidado. Tengo que mantenerlo en reposo.

—Dime, ¿te estás escapando de alguien?

No ha contestado.

—Quiero hablar contigo en serio —he dicho. Eres demasiado joven para estas cosas. Se lo dije a Bheki y ahora te lo digo a ti. Tienes que escucharme. Soy mayor, sé de qué hablo. Todavía sois niños. Estáis echando a perder vuestras vidas antes de saber qué es la vida. ¿Cuántos años tienes: quince? Con quince años eres demasiado joven para morir. Y con dieciocho. Y con veintiuno.

Se ha puesto de pie, frotándose la banda roja con las yemas de los dedos. Una prenda. En la época de las caballerías, los hombres se mataban a tajos entre ellos con prendas de mujeres ondeando en los yelmos. Sermonear a este chico sobre la prudencia es una pérdida de energía. El instinto de la batalla es demasiado fuerte en él, lo empuja todo el tiempo. La batalla: la forma que tiene la naturaleza de liquidar a los débiles y proporcionar compañeras sexuales a los fuertes. Regresa cubierto de gloria y tendrás lo que deseas. Derramamiento de sangre y gloria, muerte y sexo. ¡Y yo, una vieja, la compañera de la muerte, le ato una prenda en la cabeza!

—¿Dónde está Bheki? —ha dicho.

He escrutado su cara. ¿Acaso no entendió lo que le dije? ¿O lo había olvidado?

—Siéntate —le he dicho.

Se ha sentado.

Me he inclinado sobre la mesa.

—Bheki está bajo tierra —le he dicho. Está en una caja en un hoyo con un montón de tierra encima. Y nunca va a salir del agujero. Nunca, nunca, nunca. Entiéndelo: esto no es un partido de fútbol, donde uno se cae y luego se levanta y sigue jugando. Los hombres contra los que estás jugando no se dicen entre ellos: «No es más que un niño, disparémosle una bala de niños, una bala de juguete». No os consideran niños. Os consideran enemigos y os odian tanto como vosotros a ellos. No tienen reparos en dispararos: al contrario, sonrían felices cuando caéis y pueden hacer otra muesca en las culatas de sus armas.

Me ha mirado como si lo estuviera abofeteando una y otra vez en la cara. Pero se ha negado a perder la compostura, ha permanecido con la mandíbula prieta y los labios fruncidos. Y con la misma mirada vidriosa.

—Crees que les falta disciplina —le he dicho. Te equivocas. Tienen mucha disciplina. Lo que les impide exterminar a todos los niños, hasta el último de vosotros, no es la compasión ni el compañerismo. Es la disciplina, nada más: las

órdenes de arriba, que pueden cambiar cualquier día. La compasión les trae sin cuidado. Esto es la guerra. ¡Escucha lo que te digo! Sé de qué hablo. Crees que intento enredarte para que dejes de luchar. Pues bueno, es cierto. Es lo que estoy haciendo. Te digo: espera, eres demasiado joven.

Se ha movido, incómodo. ¡Charla y más charla! La charla agobió a la generación de sus abuelos y a la de sus padres. Mentiras, promesas, lisonjas, amenazas: el peso de tanta charla les hizo caminar agobiados. Pero no a él. Él mandaba la charla a paseo. ¡Muerte a la charla!

—Decís que es hora de luchar —he continuado. Que es hora de ganar o de perder. Déjame que te diga algo sobre ganar o perder. Escúchame.

”Ya sabes que estoy enferma. ¿Sabes lo que me pasa? Tengo cáncer. La acumulación de toda la vergüenza que he sufrido en mi vida me ha provocado cáncer. Así es como empieza el cáncer: el cuerpo se vuelve maligno de tanto sentir asco de sí mismo y empieza a roerse a sí mismo.

”Me dices: «¿Qué sentido tiene dejar que a uno lo consuman la vergüenza y el asco? No quiero escuchar la historia de cómo se siente usted, solamente es una historia más, ¿por qué no hace algo?». Y yo te contesto: «Sí». Te digo: «Sí». Te digo: «Sí».

”Cuando me haces esa pregunta solamente puedo contestar «Sí». Pero déjame que te explique qué comporta pronunciar ese «Sí». Es como que te juzguen por tu vida y solamente te permitan decir dos palabras: sí y no. Cada vez que intentas hablar, los jueces te advierten: «Sí o no: nada de discursos». «Sí», dices tú. Y, sin embargo, todo el tiempo notas otras palabras agitándose dentro de ti como si tuvieras a alguien vivo en el útero. No como un niño dando patadas, todavía no, sino como el principio de todo, como la agitación en el fondo de la mente que experimenta una mujer cuando está embarazada.

”Dentro de mí no solamente hay muerte. También hay vida. La muerte es fuerte y la vida es débil. Pero mi deber es con la vida. Tengo que mantenerla viva. Tengo que hacerlo.

”No crees en palabras. Crees que solamente son reales los golpes, los golpes y las balas. Pero escúchame: ¿no te das cuenta de que las palabras que te digo son reales? ¡Escucha! Puede que solamente sean aire, pero me vienen del corazón, del útero. No son «sí» y tampoco son «no». Lo que vive dentro de mí es otra cosa, otra palabra. Y yo estoy luchando por ella, a mi manera, luchando para evitar que se ahogue. Soy como una de esas madres chinas que saben que les van a quitar a su criatura, si es niña, y que se la van a matar, porque lo que hace falta, lo que necesita la familia, son niños de brazos fuertes. Saben que después del nacimiento va a entrar alguien en la habitación, alguien con la cara tapada, va a coger a la criatura de los brazos de la comadrona y, si el sexo no es correcto, les va a dar la espalda, por delicadeza, y la va a asfixiar allí mismo, pellizcándole la naricita con los dedos y tapándole la boca. Todo se acaba en un minuto.

”Llora si quieres, le dicen después a la madre: el dolor es natural. Pero no preguntes: ¿qué es eso que llaman un hijo? ¿Qué es eso que llaman una hija y que debe morir?

”No me malinterpretes. Tú eres un hijo, eres hijo de alguien. No estoy en contra de los hijos. Pero ¿alguna vez has visto un bebé recién nacido? Déjame que te diga que te costaría encontrar la diferencia entre un niño y una niña. Todas las criaturas tienen el mismo pliegue rollizo entre las piernas. El pitorro, el zarcillo que supuestamente distingue a los niños, en realidad no es gran cosa. Es muy poco para marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Y, sin embargo, todo lo demás, todo lo indefinido, todo lo que cede cuando lo aprietas, lo censuran. Yo estoy a favor de eso que censuran.

Ha sonado el teléfono.

—No pasa nada, no lo voy a coger —he dicho. Hemos esperado en silencio a que dejara de sonar.

—No sé cómo te llamas —he dicho.

—John.

John: un nombre de guerra como no ha habido otro.

—¿Qué planes tienes?

Ha mirado con cara de no entender.

—¿Qué piensas hacer? ¿Quieres quedarte aquí?

—Tengo que irme a casa.

—¿Dónde está tu casa?

Me ha mirado obstinadamente, demasiado cansado para inventarse otra mentira.

—Pobre criatura —he susurrado.

Yo no intentaba espiar. Pero iba en zapatillas, la puerta de la habitación de Florence estaba abierta y él estaba de espaldas. Estaba sentado en la cama, concentrado en un objeto que tenía en la mano. Cuando me ha oído ha dado un respingo y lo ha metido debajo de las mantas.

—¿Qué tienes ahí?, he preguntado.

—No es nada —ha dicho, clavándome una de sus miradas forzadas.

No lo habría presionado de no haber visto que alguien había arrancado un trozo de zócalo de la pared y lo había dejado en el suelo, dejando al descubierto los ladrillos sin remozar.

—¿Qué intentas? —he dicho. ¿Por qué estás desmontando la habitación?

No ha dicho nada.

—Enséñame eso que escondes.

Ha negado con la cabeza.

He mirado la pared. Habían quitado algunos ladrillos y habían practicado una especie de abertura de ventilación. Por la abertura se podía llegar hasta debajo de los

tablones del suelo.

—¿Estás metiendo cosas debajo del suelo?

—No estoy haciendo nada.

He marcado el número que Florence me dejó. Ha contestado un niño.

—¿Puedo hablar con la señora Mkubukeli? —he dicho. Silencio. La señora Mkubukeli. Florence.

Se han oído murmullos y luego una voz de mujer.

—¿Con quién quiere hablar?

—Con la señora Mkubukeli. Florence.

—No está aquí.

—Soy la señora Curren —he dicho. La señora Mkubukeli trabajaba para mí. Llamo por el amigo de su hijo, un chico que se hace llamar John, no conozco su nombre verdadero. Es importante. Si Florence no está, ¿puedo hablar con el señor Thabane?

De nuevo un largo silencio. Luego una voz masculina.

—Diga. Soy Thabane.

—Soy la señora Curren. Nos conocimos, ¿recuerda? Llamo por el amigo de Bheki, el de su escuela. Tal vez no lo sepa, pero ha estado en el hospital.

—Lo sé.

—Ahora ha salido del hospital, o se ha escapado, y ha venido aquí. Tengo razones para creer que tiene un arma de alguna clase, no sé exactamente cuál, que él y Bheki debieron de esconder en la habitación de Florence. Creo que es por eso que ha vuelto.

—Sí —ha dicho él cansinamente.

—Señor Thabane, no le estoy pidiendo que imponga su autoridad sobre el chico. Pero no está bien. Lo hirieron de bastante gravedad. Y creo que está trastornado emocionalmente. No sé cómo ponerme en contacto con su familia. Ni siquiera sé si tiene familia en Ciudad del Cabo. No me lo quiere decir. Lo único que pido es que venga alguien y hable con él, alguien en quien él confíe, y que se lo lleve antes de que le pase algo.

—Trastornado emocionalmente. ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que necesita ayuda. Que tal vez no sea responsable de sus actos. Que ha recibido un golpe en la cabeza. Que no puedo hacerme cargo de él; me supera. Tiene que venir alguien.

—Veré lo que puedo hacer.

—No, eso no basta. Quiero una promesa.

—Pediré a alguien que vaya a buscarlo. Pero no puedo decirle cuándo.

—¿Hoy?

—No puedo asegurar que sea hoy. Quizá hoy o quizá mañana. Ya veré.

—Señor Thabane, quiero dejarle una cosa clara. No estoy intentando dictar a este chico ni a nadie cómo tienen que vivir sus vidas. Es lo bastante mayor y tiene la bastante fuerza de voluntad como para hacer lo que se le antoje. Pero por lo que

respecta a este asesinato, este derramamiento de sangre en nombre de la «camaradería», lo detesto con todo mi corazón y toda mi alma. Creo que es bárbaro. Eso es lo que quiero decir.

—La comunicación no es muy buena, señora Curren. Su voz suena muy débil, muy débil y muy lejana. Confío en que pueda oírme.

—Le oigo.

—Bien. Entonces déjeme decirle, señora Curren. Creo que usted no sabe mucho de camaradería.

—Sé lo bastante, gracias.

—No, no es verdad —ha dicho, seguro de sí mismo. Cuando uno está metido en cuerpo y alma en la lucha como lo están esos jóvenes, cuando uno está preparado para dar la vida por sus compañeros sin cuestionarse nada, entonces se crea un vínculo más fuerte que ningún otro que pueda haber visto. Eso es la camaradería, yo la veo cada día con mis propios ojos. En mi generación no hay nada que se le pueda comparar. Por eso tenemos que apoyar a los jóvenes. Los apoyamos, pero vamos detrás de ellos. Eso es lo que usted no puede entender, porque está demasiado lejos.

—Estoy lejos, ciertamente —he dicho. Lejos y mi voz suena débil. Sin embargo, me temo que sí sé algo sobre la camaradería. Los alemanes tenían camaradería, y los japoneses, y los espartanos. Y las hordas zulúes de Shaka también, estoy segura. La camaradería no es más que una mística de la muerte, de matar y morir, disfrazada de eso que usted llama un vínculo (¿un vínculo de qué?, ¿de amor? Lo dudo). No siento simpatía por esa camaradería. Se equivocan, usted y Florence y todos los demás, al dejarse llevar por todo eso y, peor todavía, al promoverlo en los niños. No es más que otra de esas construcciones masculinas gélidas, excluyentes y orientadas a la muerte.

Seguimos hablando, pero no voy a repetirlo aquí. Hemos intercambiado opiniones. Hemos aceptado nuestro desacuerdo.

Ha pasado la tarde. No ha venido nadie a buscar al chico. Me he quedado en la cama, aturdida por las drogas, con un cojín debajo de la espalda, probando cambios de postura para combatir el dolor, anhelando quedarme dormida, temiendo el sueño de Borodino.

La atmósfera se ha cargado y ha empezado a llover. No paraba de salir agua de la alcantarilla taponada. De la alfombra del rellano venía un olor a orina de gato. Una tumba, he pensado: la tumba de un difunto burgués. Mi cabeza se volvía a un lado y a otro. Pelo gris sobre la almohada, sucio y desgarrado. Y en la habitación de Florence, en la oscuridad creciente, el chico, tumbado de espaldas con la bomba o lo que sea que tiene en la mano, con los ojos abiertos, ya no vidriosos sino despejados: pensando, o mejor dicho, imaginando. Imaginando el momento de gloria en que se levantará, recuperado por fin, erguido, poderoso, transfigurado. En que se abrirá la flor de fuego, en que se levantará la columna de humo. Con la bomba en el pecho como un talismán: igual que Cristóbal Colón permanecía tumbado en su camarote a oscuras, sosteniendo la brújula sobre el pecho, el instrumento místico que habría de

llevarlo a las Indias, las Islas de los Bienaventurados. Tropas de doncellas con los pechos desnudos cantando para él, abriendo los brazos, mientras él camina por los bajíos en dirección a ellas, sosteniendo delante de sí la aguja que nunca vacila, que apunta para siempre en la misma dirección, hacia el futuro.

¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura! Por alguna razón las lágrimas han aflorado y me han nublado la vista. ¡Pobre John, que en los viejos tiempos habría estado destinado a cuidar jardines y comer pan y mermelada junto a una puerta de servicio y beber de un bote de hojalata, y que ahora lucha por todos los insultados y los injuriados, los pisoteados, los ridiculizados, por todos los jardineros de Sudáfrica!

En medio del frío de primera hora de la mañana he oído que alguien intentaba abrir la verja del patio. Vercueil, he pensado: Vercueil ha vuelto. Luego ha sonado el timbre, dos timbrazos largos, perentorios, impacientes, y he sabido que no era Vercueil.

Actualmente tardo varios minutos en bajar la escalera, sobre todo si estoy aturdida por las pastillas. Mientras arrastraba los pies en la penumbra, han continuado llamando al timbre y golpeando la puerta.

—¡Ya voy! —he gritado tan fuerte como he podido.

Pero he tardado demasiado. He oído que se abría la verja del patio. Han sonado varios golpes en la puerta de la cocina y voces hablando afrikáans. Luego, tan neutro y vulgar como el ruido de dos piedras chocando, un disparo.

Se ha hecho un silencio y he oído con claridad un tintineo de cristales rotos.

—¡Esperen! —he gritado. Y he corrido, he corrido de verdad, no sabía que era capaz de hacerlo, hasta la puerta de la cocina. ¡Esperen! —he gritado, golpeando el cristal de la puerta con la mano, buscando a tientas los pestillos y las cadenas. ¡No hagan nada!

Había alguien dándome la espalda en la terraza con un abrigo azul. Aunque tenía que haberme oído, no se ha girado.

He descorrido el último pestillo, he abierto la puerta y he aparecido entre ellos. Me había olvidado de coger la bata e iba descalza; me imagino que he aparecido allí en camisón con aspecto de cadáver recién regresado de entre los muertos.

—¡Esperen! —he dicho. ¡No hagan nada todavía, no es más que un niño!

Eran tres. Dos iban con uniforme. El tercero llevaba un jersey con una hilera de renos cruzándole el pecho y en la mano tenía una pistola con el cañón apuntando hacia abajo.

—Denme un momento para hablar con él —he dicho, pisando los charcos de rocío nocturno. Se han quedado mirándome asombrados pero no han intentado detenerme.

La ventana de la habitación de Florence estaba rota. La habitación estaba a oscuras. Pero he mirado por el agujero y he distinguido una figura agachada al fondo,

junto a la cama.

—Abre la puerta, hijo —he dicho. No dejaré que te hagan daño, lo prometo.

Era mentira. Estaba perdido, yo no tenía poder para salvarlo. Y, sin embargo, algo circulaba de mí hacia él. Quería abrazarlo, protegerlo.

Uno de los policías ha aparecido a mi lado, con la espalda contra la pared.

—Dígale que salga —me ha dicho.

—¡Váyanse! —he gritado, y me ha entrado un ataque de tos.

El sol ascendía, sonrosado, por un cielo lleno de nubes pasajeras.

—¡John! —he gritado, luchando contra la tos. ¡Sal! ¡No dejaré que te hagan nada!

Ahora el hombre del jersey estaba a mi lado.

—Dígale que entregue las armas —ha dicho en voz baja.

—¿Qué armas?

—Tiene una pistola y no sé qué más. Dígale que lo entregue todo.

—Primero prometan que no le harán daño.

Ha cerrado los dedos en torno a mi brazo. Me he resistido, pero era demasiado fuerte.

—Aquí fuera va a coger una neumonía —ha dicho. Algo se ha posado sobre mi espalda, una chaqueta o un abrigo, uno de los abrigos de los policías. *Neem haar binne* —ha murmurado. Me han llevado de vuelta a la cocina y han cerrado la puerta.

Me he sentado y me he vuelto a poner de pie. El abrigo apestaba a humo de cigarrillos. Lo he dejado caer en el suelo y he abierto la puerta. Tenía los pies azules por culpa del frío.

—¡John! —he gritado.

Los tres hombres estaban reunidos en torno a una radio. El que me había dado su abrigo se ha girado hacia mí con gesto exasperado.

—Señora, es peligroso estar aquí fuera —ha dicho. Me ha vuelto a llevar adentro sin miramientos, pero no ha encontrado la llave para encerrarme.

—Es un niño —he dicho.

—Déjenos hacer nuestro trabajo, señora —ha respondido.

—Los estoy viendo —he dicho yo. Estoy viendo todo lo que hacen. ¡Se lo digo, no es más que un niño!

Ha cogido aire como si fuera a contestar, luego ha dejado escapar un suspiro y ha esperado a que se me terminaran las ganas de charla. Era un hombre joven, fornido, huesudo. El hijo de alguien, el primo de mucha gente. Muchos primos, muchas tías y tíos, tías abuelas y tíos abuelos, a su lado, detrás de él, encima de él como un coro, guiándolo, dándole instrucciones.

¿Qué podía decir yo? ¿Qué teníamos en común que hiciera posible la conversación, salvo que él había venido para defenderme, para defender mis intereses, en un sentido amplio?

—*Ek staan nie aan jou kant nie* —he dicho. *Ek staan aan die teenkant*. Estoy del otro lado. Pero también en la otra orilla, la otra orilla del río. En la orilla opuesta,

mirando atrás.

Se ha girado, ha examinado la cocina, el fregadero, los estantes, manteniendo ocupada a *die ou dame* mientras sus amigos liquidaban la tarea fuera. Una jornada de trabajo.

—Eso es todo —he dicho. He terminado. Ni siquiera estaba hablando con usted.

¿Con quién entonces? Contigo: siempre contigo. Cómo vivo, cómo he vivido: mi historia.

Ha sonado el timbre. Más hombres, hombres con botas y capas y uniformes de camuflaje, atravesando la casa. Se han agrupado en la ventana de la cocina.

—*Hy sit daar in die buitekamer* —ha explicado el policía, señalando la habitación de Florence. *Daar's net die enn deur en die een venster.*

—*Nee, dan het ons hom* —ha dicho uno de los recién llegados.

—Les aviso, estoy viendo todo lo que hacen —he dicho.

Se ha girado hacia mí.

—¿Conoce a ese chico? —ha dicho.

—Sí, lo conozco.

—¿Sabía que estaba armado?

Me he encogido de hombros.

—Que Dios proteja a los que no están armados hoy día.

Ha entrado otra persona, una mujer joven uniformada de aspecto pulcro y vigoroso.

—*¿Is dit die dame dié?* —ha dicho. Luego se ha dirigido a mí. —Vamos a evacuar la casa momentáneamente, hasta que se termine esta situación. ¿Hay algún sitio en particular donde prefiera ir, con algún amigo o pariente?

—No me pienso ir. Ésta es mi casa.

Su amabilidad y su interés no se han alterado.

—Ya lo sé —ha dicho. Pero quedarse aquí es demasiado peligroso.

Tenemos que pedirle que se marche momentáneamente.

Los hombres apostados junto a la ventana han dejado de hablar: estaban impacientes por que me fuera.

—*Bel die ambulans* —ha dicho uno de ellos.

—*Ag, sy kan sommer by die stasie wag* —ha dicho la mujer. Se ha dirigido a mí. Venga, señora... Ha esperado que le dijera mi nombre. No lo he hecho. ¿No quiere una taza de té? —me ha ofrecido.

—No me pienso ir.

No prestaban más atención a mis palabras que si fuera una criatura.

—*Gaan haal 'n kombors* —ha dicho el hombre—, *sy's amper blou van die koue.*

La mujer ha subido al piso de arriba y ha vuelto con la colcha de mi cama. Me la ha echado por encima, me ha abrazado y me ha ayudado a ponerme las zapatillas. No ha mostrado ninguna señal de disgusto por mis piernas ni por mis pies. Una buena chica, criada para convertirse en una buena esposa.

—¿Hay algunas pastillas o medicinas que quiera llevarse? —me ha preguntado.

—No pienso irme —he repetido, agarrando mi silla.

Ella ha intercambiado una serie de murmullos con los hombres. Sin previo aviso, alguien me ha levantado desde detrás, agarrándome por las axilas. La mujer me ha cogido de las piernas. Me han llevado hasta la puerta delantera como si fuera una alfombra. El dolor me ha atravesado la espalda.

—¡Suéltense! —he gritado.

—Dentro de un momento —ha dicho la mujer en tono tranquilizador.

—¡Tengo cáncer! —he gritado. ¡Suéltense!

¡Cáncer! ¡Qué placer poder esgrimir la palabra ante ellos! Los ha hecho detenerse igual que una cuchillada.

—Sit haar neer, dalk kom haar iets oor —ha dicho el hombre que me sostenía. *Ek het mos gesê jy moet die ambulans bel.* Me han dejado con suavidad en el sofá.

—¿Dónde le duele? —ha preguntado la mujer con el ceño fruncido.

—En el corazón —he dicho. Ha puesto cara de perplejidad. Tengo cáncer en el corazón. Entonces lo ha entendido. Ha negado con la cabeza como si apartara moscas.

—¿Le duele que la llevemos en brazos?

—Me duele todo el tiempo —he dicho.

La mirada de la mujer se ha encontrado con la del hombre que estaba detrás de mí; entre ellos ha circulado algo tan divertido que ella no ha podido reprimir una sonrisa.

—Lo cogí por beber de la copa de la amargura —me he zambullido. ¿Qué me importaba que creyeran que estaba chiflada? Probablemente usted también lo cogerá algún día. Es difícil escapar.

Ha habido un ruido de cristales rotos. Los dos han salido corriendo de la habitación. Me he levantado y he ido cojeando detrás de ellos.

No había cambiado nada, salvo que faltaba otro cristal. El patio seguía vacío. Los policías, que ahora eran media docena, estaban agachados en la terraza, con las pistolas a punto.

—¡Weg! —ha gritado uno de ellos con furia. ¡*Kry haar weg!*

La mujer me ha empujado adentro. Mientras cerraba la puerta se ha oído un estallido seco, una descarga cerrada de disparos; luego un largo silencio estupefacto, por fin murmullos, y, procedentes de alguna parte, los ladridos del perro de Vercueil.

He intentado abrir la puerta, pero la mujer me ha agarrado con fuerza.

—Si lo han herido, nunca los perdonaré —he dicho.

—Tranquila, vamos a llamar otra vez a la ambulancia —ha dicho, intentando calmarme.

Pero la ambulancia ya había llegado, estaba aparcada en la acera. Se estaban congregando docenas de personas venidas de todas partes, vecinos y transeúntes, jóvenes y viejos, blancos y negros; la gente miraba desde los balcones de los pisos.

Para cuando la mujer policía y yo hemos salido por la puerta estaban sacando el cuerpo en camilla, tapado con una manta; lo han llevado hasta la calle y lo han metido en el vehículo.

He intentado subirme a la ambulancia con el cadáver; uno de los ayudantes ha llegado a cogerme del brazo para ayudarme a entrar, pero entonces ha intervenido un policía.

—Espere, enviaremos otra ambulancia para ella —ha dicho.

—No quiero otra ambulancia —he dicho. Él ha hecho un gesto compasivo, perplejo. Quiero ir con él —he dicho, y he hecho otro intento de subirme. La colcha se me ha caído a los pies.

Él ha negado con la cabeza.

—No —ha dicho. Ha hecho una señal y el ayudante ha cerrado las portezuelas.

—¡Que Dios nos perdone! —he dicho jadeando. He echado a andar por la calle Schoonder envuelta en la manta, alejándome de la multitud. Casi había llegado a la esquina cuando la mujer policía ha aparecido al trote.

—¡Tiene que volver a casa! —me ha ordenado.

—Ya no es mi casa —he contestado, furiosa, y he seguido caminando.

—*Sy's van haar kop af* —ha comentado, sin dirigirse a nadie en particular, y ha renunciado.

En la calle Buitenkant, debajo del paso elevado, me he sentado a descansar. El flujo de coches que pasaban rumbo a la ciudad era continuo. Nadie me ha echado un solo vistazo. En la calle Schoonder debía de ser todo un espectáculo con el pelo desgreñado y envuelta en la colcha rosa; aquí, en medio de los escombros y la porquería, simplemente era parte del país de las sombras urbano.

Un hombre y una mujer han pasado caminando por el otro lado de la calle. ¿He reconocido a la mujer? ¿Era la misma que Vercueil había traído a casa, o todas las mujeres que deambulaban por el hotel Avalon y la licorería de Solly Kramer tenían las mismas piernas consumidas y arácnidas? El hombre, que llevaba una bolsa de plástico anudada y echada al hombro, no era Vercueil.

Me he envuelto en la colcha y me he tumbado. Notaba la vibración del tráfico del paso elevado en los huesos. Las pastillas estaban en casa y la casa estaba en otras manos. ¿Podría sobrevivir sin las pastillas? No. Pero ¿quería sobrevivir? Empezaba a sentir la calma indiferente de un animal viejo que, al sentir que se le acaba el tiempo, se arrastra, frío y débil, hasta un agujero en el suelo donde todo se reduzca al latido lento de un corazón. Detrás de una columna de cemento, en un lugar donde el sol no había brillado en los últimos treinta años, me he acostado sobre mi lado bueno y he escuchado el latido del dolor, que podría muy bien haber sido el latido de mi pulso.

He debido de quedarme dormida. Debe de haber pasado el tiempo. Cuando he abierto los ojos había un niño arrodillado a mi lado, palpando los pliegues de la colcha.

—No hay nada para ti —he intentado decir, pero se me había soltado la

dentadura. Diez años como mucho, con la cabeza afeitada, los pies descalzos y una mirada afilada. Detrás de él dos compañeros, más pequeños todavía. Me he sacado la dentadura. Dejarme en paz —he dicho. Estoy enferma, os vais a contagiar.

Se han retirado lentamente y se han quedado esperando como cuervos.

Tenía que vaciar la vejiga. He cedido y he orinado allí tumbada. Gracias a Dios por el frío, he pensado, gracias a Dios por el entumecimiento: todas las cosas contribuyen a un nacimiento fácil.

Los chicos se han vuelto a acercar. He esperado el contacto de sus manos, indiferente. El rugido de las ruedas me arrullaba; como una larva en un enjambre, me he dejado absorber por el zumbido del mundo fluctuando a mi alrededor. El aire lleno de ruido. Miles de alas pasando una y otra vez sin tocarse. ¿Cómo había espacio para todas? ¿Cómo puede haber espacio en el cielo para las almas de todos los que se marchan? Porque, como dice Marco Aurelio, se funden entre ellas: arden y se funden y así se reintegran en el gran ciclo.

Muerte tras muerte. Ceniza de abeja.

Han apartado la colcha. He sentido la luz en los párpados y frío en las mejillas por donde habían resbalado las lágrimas. Algo se me ha metido entre los labios, me ha entrado a la fuerza entre las encías. Me han entrado arcadas y me he apartado. Los tres niños estaban agachados encima de mí en la oscuridad; tal vez hubiera más detrás de ellos. ¿Qué estaban haciendo? He intentado apartar la mano, pero ha apretado más fuerte todavía. Me ha salido un ruido desagradable de la boca, un ruido áspero como de madera rompiéndose. La mano se ha retirado.

—No... —he empezado a decir, pero he sentido un dolor en el paladar y no he podido formar palabras.

¿Qué quería decir? «¡No hagáis eso! ¿No veis que no tengo nada? ¿No tenéis compasión?». Qué tontería. ¿Por qué tendría que haber compasión en el mundo? He pensado en escarabajos, esos escarabajos grandes y negros con el dorso abultado, agitando débilmente las patas, y en hormigas echándose encima de ellos, royendo sus partes blandas, las articulaciones, los ojos, arrancando su carne de escarabajo.

Era un palo, nada más que eso, un palo de unos centímetros de largo que el chico me estaba metiendo en la boca. He notado el sabor de los granos de tierra que dejaba tras de sí. Con la punta del palo me ha levantado el labio superior. He apartado la cabeza y he intentado escupir. Se ha levantado, impasible. Ha dado una patada con el pie descalzo y una lluvia de polvo y piedrecitas me ha golpeado la cara.

Ha pasado un coche y sus faros han proyectado las siluetas de los niños. Han empezado a alejarse por la calle Buitenkant. Ha vuelto la oscuridad.

¿Han pasado de verdad estas cosas? Sí, estas cosas han pasado. No se hable más de ello. Han pasado a un tiro de piedra de la calle Breda y de la calle Schoonder y de la calle Vrede, donde hace un siglo los patricios de Ciudad del Cabo ordenaron que se construyeran casas enormes para que ellos mismos y sus descendientes vivieran en ellas a perpetuidad, sin prever para nada el día en que los pollos volverían a posarse a

sus sombras.

Había niebla en mi cabeza, una contusión gris. He temblado; me ha venido un paroxismo de bostezos. Durante un rato no he estado en ninguna parte.

Luego algo se ha puesto a husmearme la cara: un perro. He intentado mantenerlo a distancia, pero se ha abierto paso entre mis dedos. Así pues, he cedido, pensando que hay cosas peores que el hocico húmedo de un perro y que su aliento ansioso. He dejado que me lamiera la cara, que me lamiera los labios, que lamiera la sal de mis lágrimas. Eran besos, si uno quería verlo de esa forma.

Había alguien con el perro. ¿He reconocido su olor? ¿Era Vercueil, o todos los vagabundos olían a hojas descompuestas y a ropa interior pudriéndose en el montón de cenizas?

—¿Señor Vercueil? —he graznado, y el perro ha gemido, excitado, y me ha soltado un estornudo enorme en la cara.

Se ha encendido una cerilla. Sí, era Vercueil, con su sombrero y todo.

—¿Quién la ha dejado aquí? —ha preguntado.

—Yo misma —he dicho, evitando la herida de mi paladar.

La cerilla se ha apagado. Han vuelto las lágrimas y el perro las ha bebido con avidez.

Con esos omóplatos marcados y ese pecho tan estrecho como el de una gaviota, no me imaginaba que Vercueil tuviera tanta fuerza. Pero me ha levantado, sin importarle que estuviera mojada, y me ha llevado en brazos. He pensado: hace cuarenta años que un hombre no me lleva en brazos. La desgracia de una mujer alta. ¿Será así como termina la historia? ¿Siendo llevada en brazos a través de la arena, a través de los bajíos, a través de las olas y hasta las profundidades oscuras?

Nos hemos alejado del paso elevado y hemos entrado en un silencio bendito. ¡De pronto todo se ha vuelto mucho más soportable! ¿Acaso el dolor también estaba de mejor humor?

—No vuelva a la calle Schoonder —le he ordenado.

Hemos pasado bajo una farola. He visto los músculos de su cuello tensos por el esfuerzo y he oído su respiración entrecortada.

—Déjeme un momento —he dicho. Me ha dejado y ha descansado. ¿Cuándo llegaría el momento en que se le cayera la chaqueta y le brotaran unas alas enormes de los hombros?

Me ha llevado por la calle Buitenkant, hemos cruzado la calle Vrede, la calle de la paz, y, avanzando más despacio, dando cada paso con mucho cuidado, nos hemos internado en una arboleda oscura. He podido ver las estrellas a través de las ramas.

Me ha dejado.

—Me alegro mucho de verlo —he dicho. Las palabras me han salido de dentro, eran sinceras. Y luego: —Antes de que usted viniera me han atacado unos niños. Me han atacado, me han asaltado o me han registrado, no sé exactamente qué hacían. Por eso hablo de forma tan extraña. Me han metido un palo en la boca, sigo sin entender

por qué. ¿Qué placer les puede haber dado?

—Querían sus dientes de oro —ha dicho. En las casas de empeño les dan dinero a cambio de piezas de oro.

—¿Dientes de oro? Qué raro. Yo no tengo ninguno. En cualquier caso, me quité la dentadura. Aquí está.

De algún lugar en medio de la oscuridad ha sacado una caja de cartón aplanada. La ha dejado en el suelo y me ha ayudado a tumbarme encima. Luego, sin prisa pero sin ceremonia, se ha tumbado también dándome la espalda. El perro se ha echado entre nuestras piernas.

—¿Quiere un poco de colcha? —he dicho.

—Estoy bien.

Ha pasado el tiempo.

—Lo siento, pero tengo una sed terrible —he susurrado. ¿No hay agua por aquí?

Se ha levantado y ha vuelto con una botella. De la botella medio vacía me ha venido el olor dulzón del vino.

—Es lo único que tengo —ha dicho.

He dado un trago. No me ha aliviado la sed, pero las estrellas han empezado a flotar en el cielo. Todo se ha vuelto remoto: el olor a tierra mojada, el frío, el hombre a mi lado, mi propio cuerpo. Como un cangrejo después de un largo día, cansado, retrayendo las pinzas, incluso el dolor se ha ido a dormir. He descendido en picado a la oscuridad.

Cuando me he despertado, Vercueil se había dado la vuelta y me había pasado un brazo por la nuca. Podría haberme soltado, pero he preferido no molestarlo. Así pues, mientras el día amanecía lentamente, grado a grado, he permanecido acostada cara a cara con él, sin moverme. Sus ojos se han abierto un instante, alertas, como los de un animal.

—No me he ido —he murmurado. Los ojos cerrados.

Me ha venido una idea a la cabeza: ¿a quién, entre todos los seres de la tierra, conozco mejor en estos momentos? A él. Conozco todos los pelos de su barba, todas las arrugas de su frente. A él, no a ti. Porque lo tengo aquí, a mi lado, ahora.

Perdóname. Queda poco tiempo, tengo que confiar en mi corazón y decir la verdad. Ciega, ignorante, voy adonde me lleve la verdad.

—¿Está despierto? —he murmurado.

—Sí.

—Los dos chicos ya han muerto —he dicho. Los han matado a los dos. ¿Lo sabía?

—Lo sé.

—¿Sabe lo que ha pasado en la casa?

—Sí.

—¿Le importa que hable?

—Hable.

—Déjeme explicarle esto: el día que murió Bheki conocí al hermano de Florence, su hermano, su primo o lo que sea. Un hombre culto. Le dije que deseaba que Bheki nunca se hubiera metido en, ¿cómo llamarlo?, en la lucha. «Es un niño —le dije. No está preparado. Si no fuera por ese amigo suyo, nunca se habría metido».

”Luego volví a hablar con él por teléfono. Le dije con franqueza lo que pensaba de la camaradería en nombre de la cual han muerto esos dos niños. La calificué de mística de la muerte. Culpé a la gente como Florence y como él por no hacer nada para disuadirlos.

”Me escuchó con educación. Tenía derecho a tener mis opiniones, me dijo. No lo convencí.

”Pero ahora me pregunto: ¿qué derecho tengo a tener opiniones sobre la camaradería o sobre cualquier otra cosa? ¿Qué derecho tengo a desear que Bheki y su amigo se hubieran mantenido lejos de los problemas? Tener opiniones en un vacío, opiniones que no afectan a nadie, es, me parece, no tener nada. Las opiniones tienen que oír las los demás, oír las y sopesar las, no solamente escucharlas por educación. Y para que alguien las sopesa tienen que tener cierto peso. El señor Thabane no sopesa lo que yo digo. Para él no tiene peso. Florence ni siquiera me oye. A Florence lo que me pase por la cabeza le produce una indiferencia completa, lo sé.

Vercueil se ha levantado, ha ido detrás de un árbol, ha orinado. Luego, para mi sorpresa, ha venido y se ha vuelto a acostar. El perro se ha acurrucado a su lado, con el hocico en su entrepierna. Me he palpado la herida de la boca con la lengua y he notado el sabor de la sangre.

—No he cambiado de opinión —he dicho yo. Sigo detestando esas llamadas al sacrificio que terminan con jóvenes sangrando en el barro. La guerra nunca es lo que finge ser. Rasca la superficie y encontrarás, invariablemente, viejos enviando a jóvenes a morir en el nombre de alguna abstracción. A pesar de lo que diga el señor Thabane (no lo culpo, el futuro llega disfrazado, si viniera desnudo nos quedaríamos petrificados al verlo), sigue siendo una guerra que los viejos declaran a los jóvenes. «¡Libertad o muerte!», gritan Bheki y sus amigos. ¿De quién son esas palabras? No son de ellos. ¡Libertad o muerte!, no me cabe duda de que las niñas ya lo están ensayando en sueños. «¡No!», quiero decir: ¡Salvaos!

”¿Quién habla con la verdadera voz de la sabiduría, señor Vercueil? Creo que yo. Pero ¿quién soy yo, quién soy para tener voz? ¿Qué derecho tengo a hacer algo más que quedarme sentada en un rincón con la boca cerrada? No tengo voz; la perdí hace tiempo; quizá nunca la he tenido. No tengo voz y ya está. El resto debería ser silencio. Pero con esto, con lo que sea, con esta voz que no es una voz, continúo. Continúo y continúo.

¿Estaba sonriendo Vercueil?

Tenía la cara escondida. He continuado hablando con un susurro desdentado y plagado de sibilantes:

—Hace mucho tiempo se cometió un crimen. ¿Cuánto hace? No lo sé. Pero fue

antes de mil novecientos dieciséis, está claro. Hace tanto tiempo que yo nací después. Es parte de mi herencia. Es parte de mí y yo soy parte de él.

”Como todos los crímenes, tuvo su precio. Ese precio, pensaba yo, tendría que pagarse con vergüenza: con una vida de vergüenza y una muerte vergonzosa, no llorada por nadie, en un rincón oscuro. Yo aceptaba eso. No intentaba desmarcarme. Aunque no pedí que aquel crimen se cometiera, se cometió en mi nombre. A veces me enfurecía con los hombres que hicieron el trabajo sucio (usted lo ha visto, un enfurecimiento vergonzoso y tan estúpido como el objeto mismo de la furia), pero también acabé aceptando que, en cierto sentido, vivían dentro de mí. De modo que cuando estaba enfurecida y deseaba que murieran, me deseaba también la muerte a mí misma. En el nombre del honor. De una noción honorable del honor. *Honesta mors*.

”No tengo ni idea de qué es la libertad, señor Vercueil. Estoy segura de que Bheki y su amigo tampoco tenían ni idea. Tal vez la libertad sea siempre y solamente lo que no puede imaginarse. Y, sin embargo, reconocemos la falta de libertad cuando la vemos. Usted no es libre, al menos no en este mundo, ni yo tampoco. Nací esclava y ciertamente moriré como una esclava. Una vida con grilletes y una muerte con grilletes, a la que no se puede poner objeciones y por la que uno no se puede lamentar.

”Lo que yo no sabía, lo que yo no sabía, ¡escúcheme ahora!, era que el precio todavía era más elevado. Había hecho mal mis cálculos. ¿Dónde estaba el error? Tenía algo que ver con el honor, con la noción a la que me aferraba pese a todo, procedente de mi educación, de mis lecturas, de que el hombre honorable no puede ser herido en el alma. Siempre luché por el honor, por un honor íntimo, y usé la vergüenza como guía. Mientras me sintiera avergonzada sabía que no me había perdido en el deshonor. Para eso servía la vergüenza: era una piedra de toque, era algo que nunca te fallaba, algo a lo que uno podía acudir como una persona ciega, para tocarla, para que te dijera dónde estabas. Por lo demás, yo me mantenía a una distancia decente de mi vergüenza. No me revolcaba en ella. La vergüenza nunca se convirtió en un placer vergonzoso. Nunca dejaba de roerme. No me enorgullecía de ella, me avergonzaba de ella. Mi vergüenza, mía. Cenizas en mi boca un día y otro y otro, y nunca dejaban de saber a cenizas.

”Lo que estoy haciendo aquí esta mañana es una confesión, señor Vercueil —he dicho—, es lo más saturado de confesión que puedo formular. No me guardo ningún secreto. He sido una buena persona, lo confieso libremente. Y sigo siendo buena persona. ¡Menuda época es ésta en que ser buena persona ya no basta!

”Lo que yo no había calculado era que podía hacer falta más que ser bueno. Porque en este país hay mucha gente buena. Se nos encuentra debajo de cada piedra, a los buenos y a los más o menos buenos. Lo que la época requiere es algo bastante distinto de la bondad. La época pide heroísmo. Una palabra que, tal como la pronuncio, suena ajena a mis labios. Dudo de que la haya usado antes, ni siquiera en

mis clases. ¿Por qué no? Tal vez por respeto. Tal vez por vergüenza. Igual que uno aparta la mirada ante un hombre desnudo. En su lugar habría usado la expresión «estatus heroico», supongo, en una clase. El héroe y su estatus heroico. El héroe, esa figura antigua y desnuda.

De la garganta de Vercueil ha salido un profundo ronquido. Me he inclinado sobre él, pero lo único que he podido ver ha sido la barba mal afeitada en su mejilla y una oreja peluda.

—¿Señor Vercueil? —he susurrado.

No se ha movido. ¿Dormía? ¿Fingía que dormía? ¿Cuánto no había oído de lo que yo había dicho? ¿Había oído lo de la bondad y el heroísmo? ¿Lo del honor y la vergüenza? ¿Sigue siendo verdadera una confesión verdadera si no la oye nadie? ¿Me oyes tú o también te he hecho quedarte dormida?

He ido detrás de un matorral. Por todas partes cantaban los pájaros. ¿Quién habría imaginado que hubiera tantos pájaros en los suburbios? Era como la Arcadia. No era de extrañar que Vercueil y sus amigos vivieran al aire libre. ¿Para qué sirve un buen tejado salvo para cobijarse de la lluvia? Vercueil y sus camaradas.

Me he vuelto a tumbar a su lado, con los pies fríos y llenos de barro. Ya había bastante luz. En nuestra caja aplanada en aquel solar vacío nos debían de ver todos los transeúntes. Así es como deben vernos los ángeles: como gente que vive en casas de cristal, que desempeña sus actos al desnudo. Nuestros corazones también están al desnudo, latiendo en nuestros pechos de cristal. El canto de los pájaros caía como la lluvia.

—Me siento mucho mejor esta mañana —le he dicho. Pero tal vez ahora deberíamos volver. Sentirme mejor suele ser un anuncio de que me voy a sentir peor.

Vercueil se ha incorporado, se ha quitado el sombrero y se ha rascado el cuero cabelludo con sus uñas largas y sucias. El perro ha llegado correteando de alguna parte y se ha puesto a deambular a nuestro alrededor. Vercueil ha doblado el cartón y lo ha escondido en los matorrales.

—¿Sabía usted que me quitaron un pecho? —he dicho sin venir a cuento.

Se ha inquietado visiblemente.

Ahora lo siento, por supuesto. Siento esa marca que llevo. Es como intentar vender un mueble con un arañazo o una quemadura. Sigue siendo una silla perfectamente buena, dice uno, pero a la gente no le interesa. A la gente no le interesan los objetos marcados. Estoy hablando de mi vida. Puede que no sea del todo buena, pero sigue siendo una vida, no media vida. Se me ocurrió venderla o gastarla para salvar mi honor. Pero ¿quién la aceptaría en su estado presente? Sería como intentar gastar una dracma. Una moneda que es perfectamente buena en otra parte, pero aquí no. Una marca sospechosa.

”Pero todavía no he renunciado. Sigo echando las redes en busca de algo que hacer con ella. ¿Tiene usted alguna sugerencia?

Vercueil se ha puesto su sombrero y se lo ha encajado con firmeza, moviéndolo

hacia delante y hacia atrás.

—Me encantaría comprarle un sombrero nuevo —le he dicho.

Ha sonreído. Le he cogido del brazo y nos hemos puesto a caminar lentamente por la calle Vrede.

—Déjeme contarle el sueño que he tenido —he dicho. El hombre de mi sueño no llevaba sombrero, pero creo que era usted. Tenía el pelo largo y graso, peinado hacia atrás desde la frente. Largo y graso; y sucio, colgando por detrás en forma de greñas desagradables; pero eso no se lo he mencionado.

”Estábamos en la playa. Él me estaba enseñando a nadar. Me cogía por las manos y me daba impulso mientras yo permanecía horizontal y pataleaba. Yo llevaba un bañador de punto, como los que llevábamos antiguamente, de color azul marino. Yo era niña. Pero bueno, en los sueños siempre somos niños.

”El hombre me daba impulso y retrocedía mar adentro, mirándome fijamente. Sus ojos eran como los de usted. No había olas. Solamente venía hacia nosotros una onda suave de agua y la luz se reflejaba en ella. De hecho, el agua también estaba grasienta. Donde el cuerpo del hombre se sumergía en la superficie, el agua se le adhería con la densidad del aceite. Pensé para mis adentros: aceite de sardinas: soy la pequeña sardina: él me está llevando al aceite. Quería decirle «Dé la vuelta», pero no me atrevía a abrir la boca por miedo a que el aceite me entrara y me llenara los pulmones. Ahogarme en aceite: no tenía coraje para aquello.

He hecho una pausa para dejarle hablar, pero no ha dicho nada. Hemos doblado la esquina de la calle Schoonder.

—Por supuesto que no le estoy contando este cuento de forma inocente —he dicho. Explicar un sueño siempre pretende conseguir algo. La cuestión es: ¿el qué?

”El primer día que lo vi detrás del garaje fue el mismo día en que me dieron la mala noticia sobre mi estado, sobre mi caso. Era demasiada coincidencia. Me pregunté si usted no sería, si me perdona la expresión, un ángel venido para mostrarme el camino. Por supuesto que no lo era, no lo es, no lo puede ser: ya lo entiendo. Pero eso es solamente la mitad de la historia, ¿no es así? A medias percibimos, pero a medias también creamos.

”De forma que he seguido contándome historias en las que usted me guía y yo lo sigo. Y si usted no dice una palabra, eso se debe, me digo a mí misma, a que los Angeles no hablan. El ángel va primero y la mujer lo sigue. Él tiene los ojos abiertos y ve; ella los tiene cerrados y permanece sumida en el sueño de la mundanidad. Por eso no dejo de volverme hacia usted en busca de guía, de ayuda.

La puerta delantera estaba cerrada, pero la cancela del patio permanecía abierta. No habían barrido los cristales rotos y la puerta de la habitación de Florence colgaba de los goznes. He bajado la vista, pisando con cuidado; todavía no estaba preparada para mirar en la habitación, no era lo bastante fuerte.

La puerta de la cocina no estaba cerrada con llave. No habían encontrado la llave.

—Entre —le he dicho a Vercueil.

La casa estaba como siempre y al mismo tiempo no lo estaba. En la cocina había cosas fuera de sitio. Mi paraguas estaba colgado en un sitio donde nunca había estado. Habían movido el sofá, dejando al descubierto una vieja mancha en la alfombra. Y, sobre todo, había un olor extraño: no solamente a humo de cigarrillo y sudor, sino algo intenso y penetrante que no he podido identificar. Lo han marcado todo con su impronta, he pensado: unos trabajadores conciencizados. Luego he recordado la carpeta en mi escritorio, la carta, todas las páginas que llevaba escritas. ¡También eso!, he pensado. ¡También tienen que haberlo revisado! Dedos manchados pasando las páginas, ojos sin amor escrutando las palabras desnudas.

—Ayúdeme a subir las escaleras —le he dicho a Vercueil. La carpeta, que antes estaba abierta por la última página escrita, ahora estaba cerrada. La cerradura del archivador estaba rota. Faltaban libros en la estantería.

Las cerraduras de las dos habitaciones sin usar estaban forzadas.

Habían registrado el armario y la cajonera.

No habían pasado nada por alto. Era como la última visita de los ladrones. La búsqueda era un simple pretexto. El verdadero propósito era manosear, tocar con los dedos. Con espíritu malévolos. Como la violación: una forma de ensuciar a una mujer.

Me he vuelto hacia Vercueil, sin palabras, con ganas de vomitar.

—Hay alguien abajo —me ha dicho él.

Desde el rellano hemos oído a alguien que hablaba por teléfono.

La voz ha dejado de hablar. Un hombre joven con uniforme ha salido al vestíbulo y nos ha saludado con la cabeza.

—¿Qué está haciendo usted en mi casa? —le he gritado.

—Una simple comprobación —ha contestado en tono jovial. No queremos que entren extraños. Ha recogido una gorra, un abrigo y un rifle. ¿Era el mismo rifle que yo había oído? Los detectives llegarán a las ocho —ha dicho. Los voy a esperar fuera. Ha sonreído. Parecía creer que me había hecho un servicio. Parecía esperar que le diera las gracias.

—Necesito bañarme —le he dicho a Vercueil.

Pero no me he bañado. He cerrado la puerta del dormitorio, me he tomado dos pastillas rojas y me he acostado con todo el cuerpo temblando. Los temblores han ido empeorando hasta que mi cuerpo era como una hoja sacudida por una tormenta. Tenía frío, pero no era el frío lo que me hacía temblar.

Vamos minuto a minuto, me he dicho a mí misma. No te desplomes ahora: piensa solamente en el minuto siguiente.

El temblor ha empezado a remitir.

El hombre, he pensado: la única criatura que tiene una parte de su existencia en lo desconocido, en el futuro, como una sombra proyectada delante de sí. Que todo el tiempo intenta atrapar esa sombra escurridiza, habitar en la imagen de su esperanza. Pero yo no me puedo permitir ser hombre. Tengo que ser algo más pequeño, más ciego, más cercano al suelo.

Han llamado a la puerta y Vercueil ha entrado, seguido por el mismo policía que ayer llevaba el jersey de los renos y que ahora llevaba chaqueta y corbata. El temblor ha vuelto a empezar. El policía le ha hecho una señal a Vercueil para que saliera de la habitación. Me he incorporado.

—No se vaya, señor Vercueil —le he dicho, y al policía: —¿Qué derecho tiene usted a entrar en mi casa?

—Hemos estado preocupados por usted. No parecía en absoluto preocupado. ¿Dónde ha pasado la noche? Y luego, como yo no le respondía, ha añadido: —¿Está segura de que está bien viviendo sola, señora Curren?

Aunque he apretado los puños, los temblores han empeorado hasta convertirse en convulsiones.

—¡Yo no estoy sola! —le he gritado. ¡Es usted quien está solo!

No se ha arredrado. Al contrario, parecía animarme a seguir hablando.

¡Refrénate!, he pensado. ¡Te van a internar, te van a declarar loca y se te van a llevar!

—¿Qué está buscando aquí? —he preguntado con más calma.

—Solamente quiero hacer unas preguntas. ¿Cómo conoció a ese chico, a Johannes?

Johannes: ¿era su nombre verdadero? Seguramente no.

—Era amigo del hijo de mi asistenta. Amigo de la escuela.

Se ha sacado del bolsillo una grabadora de casetes y la ha dejado a mi lado en la cama.

—¿Y dónde está el hijo de su asistenta?

—Está muerto y enterrado. Probablemente ya sabe usted todo esto.

—¿Qué le pasó?

—Le dispararon en los Flats.

—¿Y hay alguno más de ellos que usted sepa?

—¿Más de quiénes?

—Más amigos.

—Miles. Millones. Más de los que pueda usted contar.

—Me refiero a más de la misma célula. ¿Hay algún otro que haya usado su vivienda?

—No.

—¿Y sabe usted cómo llegaron esas armas a sus manos?

—¿Qué armas?

—Una pistola y tres detonadores.

—No sé nada de los detonadores. No sé qué es un detonador. La pistola era mía.

—¿Se la robaron a usted?

—Yo se la presté. No a ellos. Al chico, a John.

—¿Usted le prestó la pistola? ¿Era de usted la pistola?

—Sí.

—¿Por qué le prestó la pistola?

—Para que se defendiera.

—¿Para que se defendiera de quién, señora Curren?

—Para que se defendiera cuando lo atacaran.

—¿Y qué clase de pistola era, señora Curren? ¿Puede enseñarme usted la licencia?

—No sé nada sobre clases de pistolas. La tengo desde hace mucho tiempo, desde antes de todo eso de las licencias.

—¿Está usted segura de que se la dio? Ya sabe que estamos hablando de un delito del que le podemos acusar.

Las pastillas han empezado a hacer efecto. El dolor de mi espalda se ha vuelto más lejano, mis brazos y piernas han empezado a relajarse, el horizonte ha empezado a expandirse de nuevo.

—¿De verdad quiere continuar con esta tontería? —he dicho. Me he tumbado con la cabeza sobre la almohada y he cerrado los ojos. Me daba vueltas la cabeza. Estamos hablando de gente que ya ha muerto. Ya no se puede hacer nada por ellos. Están a salvo. Ya ha tenido usted la ejecución. ¿Por qué molestarse en montar un juicio? ¿Por qué no cerrar simplemente el caso?

El policía ha recogido la grabadora, la ha manipulado y la ha vuelto a dejar sobre la almohada.

—Es una simple comprobación.

He apartado la grabadora con un brazo extenuado. Él la ha atrapado antes de que se cayera al suelo.

—Han estado ustedes registrando mis papeles privados —he dicho. Se han llevado libros que me pertenecen. Quiero que me los devuelvan. Que me lo devuelvan todo. Todas mis cosas. No les incumben.

—No nos vamos a comer sus libros, señora Curren. Al final se lo devolveremos todo.

—No quiero que me devuelvan las cosas al final. Quiero que me las devuelvan ahora. Son mías. Son privadas.

Ha negado con la cabeza.

—Esto no es privado, señora Curren. Ya lo sabe. Ya nada es privado.

La languidez me estaba llegando a la lengua.

—Déjeme —he dicho con voz ronca.

—Solamente unas preguntas más. ¿Dónde ha pasado la noche?

—Con el señor Vercueil.

—¿Es este el señor Vercueil?

Me resultaba demasiado costoso abrir los ojos.

—Sí —he murmurado.

—¿Quién es el señor Vercueil? —Y luego, en un tono bastante distinto: —*Wie is jy?*

—El señor Vercueil cuida de mí. El señor Vercueil es mi mano derecha. Venga aquí, señor Vercueil.

He extendido la mano y he encontrado la pernera del pantalón de Vercueil, luego su mano, la mano mala de los dedos retorcidos. Me he aferrado a ella con la mano aturdida y ganchuda de la vejez.

—*In Godsnaan*. —La voz del detective sonaba muy lejana. En el nombre de Dios: ¿una simple fulminación o una maldición sobre nosotros dos? Mi mano ha soltado la de Vercueil, he empezado a alejarme.

Delante de mí ha aparecido una palabra: Thabanchu, Thaba Nchu. He intentado concentrarme. Nueve letras: ¿de qué eran un anagrama? Con gran esfuerzo he colocado la b en primer lugar. Luego me he ido.

Me he despertado sedienta, grogui, dolorida. La esfera del reloj me miraba, pero no he podido entender lo que decían las manecillas. La casa estaba silenciosa como lo están las casas abandonadas.

Thabanchu: ¿banco?, ¿baño? Me he quitado la sábana de encima con las manos tontas. ¿Tengo que darme un baño?

Pero los pies no me han llevado al baño. Agarrándome a la barandilla, encorvada, gimiendo, he bajado las escaleras y he llamado al número de Guguletu. El teléfono ha sonado mucho rato. Por fin alguien lo ha cogido, una criatura, una niña.

—¿Está el señor Thabane? —he preguntado.

—No.

—¿Entonces puedo hablar con la señora Mkubuleki? No, Mkubuleki no. ¿Con la señora Mkubukeli?

—La señora Mkubukeli no vive aquí.

—Pero ¿conoces a la señora Mkubukeli?

—Sí, la conozco.

—¿A la señora Mkubukeli?

—Sí.

—¿Quién eres tú?

—Soy Lily.

Pronunciado Li-li.

—¿Estás sola en la casa?

—También está mi hermana.

—¿Cuántos años tiene tu hermana?

—Seis.

—¿Y tú? ¿Cuántos años tienes tú?

—Diez.

—¿Puedes darle un recado a la señora Mkubukeli, Lily?

—Sí.

—Es sobre su hermano, el señor Thabane. Tiene que decirle al señor Thabane que vaya con cuidado. Dígale que es muy importante. El señor Thabane tiene que ir con

cuidado. Yo me llamo señora Curren. ¿Puedes apuntarlo? Y mi número es este. —Le he dicho el número y le he deletreado mi nombre. Señora Curren: doce letras, ¿de qué son anagrama?

Vercueil ha llamado a la puerta y ha entrado.

—¿Quiere comer algo? —me ha dicho.

—No tengo hambre. Pero usted sírvase cualquier cosa que pueda encontrar.

Quería estar sola. Pero él no se ha movido, se ha quedado mirándome con curiosidad. Yo estaba sentada en la cama, con guantes en las manos y el cuaderno sobre las rodillas. Llevaba media hora con la página en blanco delante.

—Solamente estoy esperando a que se me calienten las manos —he dicho.

Pero no eran los dedos fríos lo que no me dejaba escribir. Eran las pastillas, que ahora tomo en mayor cantidad y más a menudo. Son como bengalas de humo. Me las tomo y liberan niebla dentro de mí, la niebla de la extinción. Cuando las tomo no puedo seguir escribiendo. Así que no hay escritura sin dolor: una norma nueva y terrible. Sin embargo, cuando me tomo las pastillas, ya nada es terrible, todo es indiferente, todo es lo mismo.

A pesar de todo, sigo escribiendo. En medio de la noche, con Vercueil durmiendo abajo, retomo esta carta para decirte algo más sobre «John», ese chico huraño que nunca me cayó bien. Quiero decirte que, a pesar de que no me gustaba, está conmigo de una forma mucho más nítida y más intensa de lo que nunca ha estado Bheki. Está conmigo o yo estoy con él: con él o con su rastro. Es noche cerrada, pero también es el alba gris de su última mañana. Estoy aquí en mi cama, pero también estoy en la habitación de Florence, con su única ventana y su única puerta y ninguna otra salida. Al otro lado de la puerta hay hombres esperando, agazapados como cazadores, para hacer entrega al chico de su muerte. En el regazo tiene la pistola que durante el intervalo mantiene a raya a los cazadores, la misma que constituía el gran secreto que compartió con Bheki, el que los iba a hacer hombres. Y detrás de él yo estoy de pie o suspendida en el aire. Tiene el cañón de la pistola entre las rodillas, lo acaricia de arriba abajo. Escucha el murmullo de voces en el exterior y yo escucho con él. Se está preparando para el humo que le inundará los pulmones, la patada que abrirá la puerta de golpe, el torrente de fuego que lo barrerá a él. Se está preparando para levantar la pistola en ese instante y disparar la única bala que tendrá tiempo de disparar al corazón de la luz.

Sus ojos no parpadean, permanecen fijos en la puerta por la cual va a abandonar el mundo. Tiene la boca seca, pero no tiene miedo. El corazón le late con firmeza como un puño abriéndose y cerrándose en su pecho.

Él tiene los ojos abiertos y yo, aunque estoy escribiendo, los tengo cerrados. Tengo los ojos cerrados para ser capaz de ver.

El tiempo no existe en este intervalo, aunque su corazón marca el tiempo. Estoy

aquí en mi habitación en plena noche, pero también estoy con él, todo el tiempo, igual que estoy contigo en la otra punta del mundo, suspendida en el aire.

Un tiempo suspendido que no es la eternidad. Un entretanto, una dilatación, antes de que regrese el tiempo, antes de que la puerta se abra de golpe y los dos, primero él y luego yo, afrontemos el resplandor blanco.

He soñado con Florence, era un sueño o una visión. En el sueño la veo una vez más caminando por la avenida Government con Hope cogida de la mano y llevando a Beauty a la espalda. Los tres llevan máscaras. Yo también estoy presente y a mi alrededor hay reunida una multitud de gente de todas las clases y condiciones. La atmósfera es festiva. Voy a dar un espectáculo.

Pero Florence no se para a mirar. Mirando fijamente hacia delante, pasa de largo como si atravesara una congregación de espectros.

Los ojos de su máscara son como los ojos de las pinturas del Mediterráneo antiguo: grandes, ovalados, con la pupila en el centro: los ojos almendrados de una diosa.

Estoy de pie en medio de la avenida frente a los edificios del Parlamento, rodeada de gente, haciendo mis trucos con fuego. Por encima de mi cabeza se yerguen robles enormes. Pero no estoy pensando en mis trucos. Estoy concentrada en Florence. Se le han caído el abrigo oscuro y el vestido mortecino. Descalza y con una combinación blanca que el viento agita, con la cabeza descubierta y el pecho derecho al desnudo, pasa de largo; lleva cogida de la mano a una niña enmascarada, desnuda y trotando con paso ligero, y a la otra extendiendo un brazo por encima del hombro de su madre y señalando.

¿Quién es esa diosa que aparece en una visión con el pecho descubierto y surcando el aire? Es Afrodita, pero no la Afrodita amiga de las sonrisas, la patrona de los placeres: una figura más anciana, una figura de urgencia, de gritos en la oscuridad, secos y bruscos, de sangre y de tierra, emergiendo solamente un instante, mostrándose, de paso.

La diosa no emite ninguna llamada ni ninguna señal. Tiene los ojos abiertos y en blanco. Ve y no ve.

Ardiendo, llevando a cabo mi espectáculo, permanezco transfigurada. Las llamas que fluyen de mí son azules como el cielo. No siento dolor.

Es una visión procedente de mis sueños de anoche, pero también procedente de fuera del tiempo. Mientras la diosa pasa de largo para siempre, yo, congelada en una pose de sorpresa y de arrepentimiento, no la sigo. Aunque observe y observe el

vórtice del que proceden las visiones, la estela de la diosa y de sus criaturas divinas permanece vacía; la mujer que debería seguir las no está ahí, la mujer con serpientes de fuego en el pelo que agita los brazos y llora y baila.

Le he contado el sueño a Vercueil.

—¿Es real? —ha preguntado él.

—¿Real? Claro que no. Ni siquiera es auténtico. Florence no tiene nada que ver con Grecia. Las figuras de los sueños tienen otra clase de importancia. Son signos, signos de otras cosas.

—¿Eran reales? ¿Era ella real? —ha repetido, atajando mi discurso, resistiéndose a ser dejado de lado. ¿Qué más vio usted?

—¿Qué más? ¿Hay más? ¿Lo sabe usted? —he dicho en voz más baja, buscándolo a tientas.

Ha negado con la cabeza, desconcertado.

—Todos los días desde que usted me conoce —he dicho—, he estado de pie en una orilla del río esperando mi turno. He estado esperando a que alguien me lleve a la otra orilla. Llevo aquí esperando todos los minutos de todos los días. Eso es lo demás que veo. ¿Lo ve usted también?

No ha dicho nada.

—La razón de que me resista a volver al hospital es que en el hospital me van a dormir. Ésa es la expresión que se usa con los animales, como algo amable, pero también la usan para las personas. Me inducirán un letargo sin sueños. Me darán mandrágora hasta que me entre el sueño y me caiga al río y me ahogue y me lleve la corriente. De esa forma nunca llegaré a la otra orilla. No puedo permitirlo. He llegado demasiado lejos. No puedo dejar que se me cierren los ojos.

—¿Qué es lo que quiere ver? —ha dicho Vercueil.

—Quiero verlo a usted tal como es realmente.

Se ha encogido de hombros tímidamente.

—¿Quién soy yo?

—Simplemente un hombre. Un hombre que vino sin que lo invitaran. Todavía no puedo decir más. ¿Puede usted?

Ha negado con la cabeza.

—No.

—Si quiere hacerme un favor —he dicho—, puede arreglarme la antena de la radio.

—¿No prefiere que le traiga el televisor?

—No tengo estómago para ver la televisión. Me va a hacer vomitar.

—La televisión no puede hacerla vomitar. No son más que imágenes.

—No existe nada que sean solamente imágenes. Detrás de las imágenes hay hombres. Transmiten sus imágenes para hacer vomitar a la gente. Ya sabe de qué

estoy hablando.

—Las imágenes no pueden hacerla vomitar.

A veces me hace eso: me contradice, me provoca, me va minando, en busca de señales de irritación. Es su forma de provocarme, tan torpe y tan poco atractiva que mi corazón se acaba poniendo de su lado.

—Arregle la antena, por favor, es lo único que le pido.

Ha bajado las escaleras. Un rato después ha subido pesadamente con el televisor en brazos. Lo ha enchufado en dirección a la cama, lo ha encendido, ha manipulado la antena y se ha apartado. Una bandera ondeaba sobre un cielo azul. Una banda de música tocaba el himno de la república.

—Apáguelo —he dicho.

Ha subido el volumen más todavía.

—¡Apáguelo! —he gritado.

Se ha dado media vuelta y ha afrontado mi mirada iracunda. Entonces, para mi sorpresa, ha empezado a arrastrar los pies. Balanceando las caderas, levantando las manos, chasqueando los dedos, ha bailado, ha bailado de forma inequívoca, al ritmo de una música con la que nunca habría pensado que se podía bailar. Y también estaba moviendo los labios. ¿Qué decía? Ciertamente no eran las palabras que yo conocía.

—¡Apáguelo! —he vuelto a gritar.

Una vieja, desdentada, furiosa. Debía de ser toda una imagen. Ha bajado el volumen.

—¡Apáguelo!

Lo ha apagado.

—No se ponga así —ha murmurado.

—Pues no sea tonto, Vercueil. Y no se burle de mí. No me trivialice.

—En todo caso, ¿por qué pierde los nervios?

—Porque tengo miedo de ir al infierno y tener que escuchar el *Die stem* durante toda la eternidad.

Ha negado con la cabeza.

—No se preocupe —ha dicho. Todo terminará. Tenga paciencia.

—No tengo tiempo para la paciencia. Puede que usted tenga tiempo, pero yo no.

Ha vuelto a negar con la cabeza.

—A lo mejor usted también tiene tiempo —ha susurrado, y me ha mirado con esa sonrisa torcida suya.

Por un instante ha sido como si se abrieran los cielos y bajara una ráfaga de luz. Hambrienta de buenas noticias, después de una vida entera de malas noticias, incapaz de refrenarme, le he devuelto la sonrisa.

—¿De verdad? —he dicho.

Él ha asentido. Nos hemos sonreído como dos tontos. Ha chasqueado los dedos de modo insinuante. Torpe como un alcastraz, todo plumas y huesos, ha repetido un paso de su baile. Luego ha salido, ha subido la escalera de mano, ha reparado el cable

roto y he vuelto a tener radio.

Pero ¿qué podía escuchar? Hoy día las ondas están tan colapsadas por los países que venden sus mercancías que la música queda sofocada. Me he quedado dormida con *Un americano en París* y me he despertado con una ráfaga ininterrumpida de morse. ¿De dónde vendría? ¿De un barco en alta mar? ¿De algún barco a vapor anticuado surcando las olas entre Walvis Bay y la isla Ascensión? Los puntos y las rayas han continuado sin prisa, sin pausa, en un flujo que prometía continuar hasta el día del juicio final. ¿Cuál era su mensaje? ¿Acaso importaba? Su tableteo, como la lluvia, una lluvia de sentido, me reconfortaba, me hacía la noche soportable mientras yo yacía esperando la hora de la siguiente pastilla.

Digo que no quiero que me duerman. La verdad es que no puedo soportar el no dormir. Por mucho que traiga otras cosas, por lo menos el Diconal me trae el sueño o un simulacro de sueño. A medida que el dolor se aleja, a medida que el tiempo se acelera, a medida que el horizonte se aclara, mi atención, concentrada en el dolor como una lupa, puede relajarse un poco. Puedo respirar, aflojar los puños cerrados y estirar las piernas. Da gracias por esta compasión, me digo a mí misma: por el cuerpo enfermo y aturdido, por el alma adormilada, medio fuera de su envase, empezando a flotar.

Pero el alivio nunca dura mucho. Las nubes llegan, los pensamientos empiezan a aglutinarse, a asumir la dinámica densa e irritada de un enjambre de moscas. Sacudo la cabeza en un intento de ahuyentarlos. Ésta es mi mano, me digo, abriendo mucho los ojos, contemplando las venas del dorso de mi mano; éste es el cubrecama. Luego algo golpea tan rápido como el rayo. En un momento dado me marchó y al instante siguiente estoy de vuelta, todavía mirándome la mano. Entre estos dos instantes puede haber pasado una hora o un parpadeo, durante el cual he estado ausente, desaparecida, luchando contra algo grueso y gomoso que me invade la boca y me agarrota la base de la lengua, algo que viene de las profundidades del mar. Salgo a la superficie, sacudo la cabeza como un nadador. En la garganta noto un sabor a bilis, a azufre. ¡A locura!, me digo a mí misma: ¡así es como sabe estar loco!

Una vez recobré los sentidos y estaba mirando una pared. En la mano tenía un lápiz con la punta rota. Por toda la pared había caracteres desperdigados sin control, carentes de significado, procedentes de mí o de alguien dentro de mí.

He telefoneado al doctor Syfret.

—Parece que cada vez reacciono peor al Diconal —he dicho, y he intentado describir la reacción. Me pregunto si no me podría recetar algún fármaco alternativo.

—No era consciente de que todavía se consideraba usted paciente mía —ha contestado el doctor Syfret. Tendría que estar en el hospital recibiendo el tratamiento adecuado. No puedo operarla por teléfono.

—Lo que le pido es muy poco —he dicho. El Diconal me provoca alucinaciones.

¿No hay nada más que pueda tomar?

—Y yo le digo que no puedo tratarla sin verla. Yo no trabajo así, y ninguno de mis colegas trabaja así tampoco.

Me he quedado callada tanto rato que debe de haber pensado que me había perdido. La verdad es que estaba vacilando. ¿No lo entiendes? Lo que quería decirle era: estoy cansada, mortalmente cansada. *In manus tuas*: acógeme en tus brazos, cuida de mí, o, si no puedes, haz lo que más se le parezca.

—Déjeme hacerle una última pregunta —he dicho. Las reacciones que tengo, ¿las tiene también otra gente?

—Cada paciente reacciona de forma distinta. Sí, es posible que sus reacciones se deban al Diconal.

—Pues si por alguna razón cambia usted de opinión —le he dicho—, ¿podría emitir una receta nueva por teléfono a la farmacia Avalon de la calle Mill? No me hago ilusiones sobre mi estado, doctor. No necesito tratamiento, solamente ayuda con el dolor.

—Y si usted cambia de opinión y quiere verme en cualquier momento, señora Curren, de día o de noche, solamente tiene que usar el teléfono.

Una hora más tarde ha sonado el timbre. Era el repartidor de la farmacia que me traía dosis de una medicina nueva para catorce días.

He telefoneado al farmacéutico.

—¿El Tylox es el más fuerte que hay? —he preguntado.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir si es lo último que se receta.

—No funciona así, señora Curren. No hay una cosa que vaya primero y otra que vaya la última.

Me he tomado dos de las pastillas nuevas. De nuevo el alejamiento milagroso del dolor, la euforia, la sensación de recobrar la vida. Me he dado un baño, me he vuelto a meter en la cama, he intentado leer, me he sumido en un sueño confuso. Al cabo de una hora estaba despierta otra vez. El dolor estaba regresando, traía consigo las náuseas y el primer atisbo de la sombra ya familiar de la depresión.

La droga contra el dolor: un vislumbre de luz pero luego una oscuridad redoblada. Ha entrado Vercueil.

—He tomado las pastillas nuevas —he dicho. No son una mejora. Un poco más fuertes, quizá, pero nada más.

—Tómese más —ha dicho Vercueil. No tiene por qué esperar cuatro horas.

Consejo de borracho.

—Seguro que lo acabaré haciendo —he dicho. Pero si soy libre para tomármelas cuando quiera, ¿por qué no me las tomo todas juntas?

Ha habido un silencio entre nosotros.

—¿Por qué me eligió a mí? —he dicho.

—Yo no la elegí.

—¿Por qué vino aquí, a esta casa?

—Porque no había perro.

—¿Y por qué más?

—Me pareció que no causaría usted problemas.

—¿Y los he causado?

Se ha acercado a mí. Tenía la cara hinchada y su aliento olía a licor.

—Si quiere que la ayude, la ayudaré —ha dicho. Se ha inclinado sobre mí y me ha agarrado la garganta, con los pulgares apoyados suavemente en la laringe y los tres dedos malos agarrotados bajo mi oreja.

—No —he susurrado, y le he apartado las manos. Se me han llenado los ojos de lágrimas. Le he cogido las manos y me he golpeado el pecho con ellas en un gesto de lamentación nada habitual en mí.

Al cabo de un rato me he quedado quieta. Vercueil ha seguido inclinado sobre mí, permitiendo que lo usara. El perro ha asomado el hocico por encima del borde de la cama y nos ha olisqueado.

—¿Dejaría usted que el perro durmiera conmigo? —he dicho.

—¿Por qué?

—Por el calor.

—No se quedará con usted. Duerme donde yo duermo.

—Pues duerma aquí también.

He tenido que esperar un rato mientras iba abajo. Me he tomado otra pastilla. Luego la luz del rellano se ha apagado. Le he oído quitarse los zapatos.

—Quítese también el sombrero, para variar —le he dicho.

Se ha tumbado a mi espalda, encima del cubrecama. Me ha llegado el olor de sus pies sucios. Ha dado un silbido débil. El perro ha saltado, ha hecho su baile circular y se ha quedado entre las piernas de él y las mías. Como la espada de Tristán, velando por nuestra decencia.

La pastilla ha obrado sus prodigios. Durante media hora, mientras él y el perro dormían, he permanecido quieta, sin dolor, con la conciencia alerta, agudizada. He tenido una visión de la pequeña Beauty avanzando hacia mí a hombros de su madre, balanceándose y mirando imperiosamente hacia delante. Luego la imagen se ha disipado y sobre mi vista se han cernido nubes de polvo, el polvo de Borodino, como las ruedas del carromato de la muerte.

He encendido la lámpara. Era medianoche.

Pronto correré un velo. Ésta nunca iba a ser la historia de un cuerpo, sino del alma que alberga. No te voy a enseñar lo que no eres capaz de soportar: una mujer en una casa en llamas corriendo de ventana en ventana, pidiendo ayuda a través de los barrotes.

Vercueil y su perro, durmiendo tan tranquilos junto a estos torrentes de aflicción. Aceptando su carga, esperando que emerja el alma. El alma, neófita, ciega, ignorante.

Por fin conozco la historia de cómo perdió el uso de los dedos. Fue en un accidente en el mar. Tuvieron que abandonar la barca. En medio de la confusión, se pilló la mano en una polea y se la aplastó. Se pasó la noche entera encima de una balsa con otros siete hombres y un muchacho, agonizando. Al día siguiente los recogió un pesquero ruso y pudieron atenderle la mano. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Y no aprendió nada de ruso? —le he preguntado.

Lo único que recordaba, ha dicho, era *xorosh*.

—¿Nadie dijo la palabra «Borodino»?

—No recuerdo nada parecido a Borodino.

—¿Y no pensó en quedarse con los rusos?

Me ha mirado de forma extraña.

Después de aquello nunca ha vuelto a embarcarse.

—¿No echa de menos el mar? —le he preguntado.

—Nunca más pondré los pies en un barco —ha respondido con firmeza.

—¿Por qué?

—Porque la próxima vez no tendría tanta suerte.

—¿Cómo lo sabe? Si tuviera fe en usted mismo podría caminar sobre las aguas.

¿No cree en los prodigios de la fe?

Se ha quedado callado.

—O vendría un torbellino y lo sacaría a usted del agua y lo dejaría en tierra firme. Y siempre están los delfines. Los delfines salvan a los marineros que se están ahogando, ¿no es verdad? Y en todo caso, ¿por qué se hizo marinero?

—No siempre se piensa por adelantado. No siempre se sabe por qué se hacen las cosas.

Le he dado un pellizco en el anular.

—¿Nota algo?

—No. Los nervios están muertos.

Siempre he sabido que tenía una historia que contar, y ahora empieza a contarla, empezando por los dedos de una mano. Una historia de marineros. ¿Me la creo? En general, no me importa. No hay ninguna mentira que no tenga un núcleo de verdad. Solamente hace falta saber escuchar.

También trabajó en los muelles, levantando cosas, cargando. Un día, me ha contado, notaron mal olor cuando descargaban un cajón; lo abrieron y encontraron el cuerpo de un hombre, un polizón que se había muerto de hambre en su escondite.

—¿De dónde venía? —he preguntado.

—De China. Era un trayecto muy largo.

También ha trabajado en la Protectora de Animales, en las perreras.

—¿Qué tiene usted con los perros?

—Siempre me he llevado bien con ellos.

—¿Tenía perro cuando era niño?

—Mmm... —ha dicho, lo cual no significaba nada. Desde el principio Vercueil

decidió que podía elegir cuáles de mis preguntas oía y cuáles no.

De todos modos, pieza a pieza, he ido componiendo la historia de una de las vidas más poco claras que uno pueda encontrarse. ¿Qué le aguarda a partir de ahora, me pregunto, cuando se termine el episodio de la vieja de la casa grande? Con una mano inválida, incapaz de hacer sus tareas. Su habilidad marinera para hacer nudos se ha perdido. Ya no es una mano hábil, ni siquiera del todo aceptable. Entrada la mediana edad y sin una mujer a su lado. Solo: *stoksielalleen*: un palo en un campo vacío, un alma sola, solitaria. ¿Quién cuidará de él?

—¿Qué hará usted con su vida cuando yo me vaya?

—Seguiré adelante.

—No me cabe duda, pero ¿quién habrá en su vida?

Es curioso, ha sonreído.

—¿Necesito a alguien en mi vida?

No era una réplica. Era una pregunta de verdad. No lo sabe. Ese hombre rudimentario me lo estaba preguntando.

—Sí. Yo diría que necesita usted una mujer, si la idea no le parece excéntrica. Aunque sea esa mujer que trajo aquí, si le guarda usted un afecto verdadero.

Ha negado con la cabeza.

—No importa. No hablo del matrimonio, sino de algo distinto. Prometería cuidar de usted, pero no tengo una idea clara de lo que se puede hacer después de muerto. Tal vez no se permita cuidar a nadie, o muy poco. Todos esos sitios tienen sus normas, y da igual lo que uno desee, tal vez no sea posible eludirlas. Puede que no se permitan secretos ni cuidar a nadie en secreto. Puede que no haya forma posible de mantener un espacio en el corazón que sea privado para uno mismo o para alguien más. Puede que todo sea borrado. Todo. Es una idea terrible. Lo bastante como para que uno se rebele, para que uno diga: si las cosas van a ser así, me retiro: tengan mi billete, lo devuelvo. Pero dudo mucho que esté permitida la devolución de billetes, sea cual sea la razón.

”Por eso no tiene que estar tan solo. Porque es posible que yo me tenga que ir del todo.

Se ha sentado en la cama dándome la espalda, encorvado, con la cabeza del perro entre las piernas, acariciándola.

—¿Me entiende usted?

—Mmm... —Ese «Mmm» que podría significar que sí pero que en realidad no quería decir nada.

—No, no es verdad. No entiende nada. No es la idea de su soledad la que me aterra. Es la idea de la mía.

Todos los días va a hacer la compra. Por las noches cocina, luego se inclina sobre mí, vigilándome para que coma. Yo nunca tengo hambre, pero nunca me atrevo a decírselo.

—Me cuesta comer si usted me mira —le digo con tanta amabilidad como puedo,

luego escondo la comida o se la doy al perro.

Su creación favorita es pan blanco rebozado en huevo con atún encima del pan y salsa de tomate sobre el atún. Ojalá hubiera sido lo bastante previsora para darle clases de cocina.

Aunque tiene la casa entera para moverse, en la práctica vive conmigo en mi dormitorio. Los paquetes vacíos y los papeles de envoltorio los tira al suelo. Cuando hay corriente de aire echan a volar como fantasmas.

—Llévese la basura —le suplico.

—Ya lo haré —me promete, y a veces lo hace, pero después deja todavía más.

Compartimos cama, nos encogemos el uno sobre el otro, como una página doblada por la mitad, como dos alas encogidas: viejos colegas, compañeros de catre, ayuntados, casados. *Lectus genialis, lectus adversus*. Cuando se quita los zapatos, se le ven las uñas de los pies amarillentas, casi marrones, como el cuerno. Unos pies que mantiene lejos del agua por miedo a hundirse: a hundirse en profundidades en las que no podría respirar. Una criatura de secano, una criatura del aire, como aquellas hadas-langosta de Shakespeare con sus fustas de hueso de grillo y sus látigos de tela de araña. Enormes enjambres de ellas arrastradas a alta mar por el viento, incapaces ya de ver la tierra, cansadas, apoyándose las unas en las otras, decididas a rebasar el Atlántico con su multitud. Tragadas, todas ellas, hasta la última. Alas quebradizas en el fondo marino suspirando como un bosque de hojas; millones de ojos muertos; y los cangrejos avanzando entre ellas, pinzando, aplastando.

Vercueil ronca. Desde el lado de su marido fantasmal, tu madre te escribe.

Perdóname si la imagen te ofende. Uno tiene que amar lo que tiene más cerca. Uno tiene que amar lo que tiene a mano, que es como aman los perros.

Señora de V.

Veintitrés de septiembre, equinoccio. La lluvia cae sin parar de un cielo que ha descendido sobre la montaña, un cielo tan encapotado que uno puede tantear con una escoba y tocarlo. Un ruido tranquilizador y amortiguado, como una gran mano, una mano de agua, cerrándose sobre la casa. El tableteo en las tejas y los regueros en las alcantarillas ya no son ruidos, se convierten en un espesamiento, en una licuación del aire.

—¿Qué es esto? —ha preguntado Vercueil.

Me ha enseñado un estuche de palisandro con bisagras. Abierto a cierto ángulo, muestra a un joven con el pelo largo y un traje anticuado. Si uno cambia el ángulo, la imagen se descompone en tiras plateadas detrás de una superficie de cristal.

—Es una fotografía de los viejos tiempos. De antes de que existiera la fotografía.

—¿Quién es?

—No estoy segura. Podría ser uno de los hermanos de mi abuelo.

—Su casa es como un museo.

(Ha estado hurgando en las habitaciones en las que entró la policía).

—En un museo las cosas tienen etiquetas. Éste es un museo en donde se han caído las etiquetas. Un museo en decadencia. Un museo que debería estar en un museo.

—Tendría que vender todas estas cosas si no las quiere.

—Véndalas usted si quiere. Y véndame a mí también.

—¿Por qué?

—Por los huesos. Por el pelo. Venda mi dentadura. A menos que crea que no tengo ningún valor. Es una pena que no tengamos ninguno de esos carros en los que la gente solía pasear a Guy Fawkes. Podría usted pasearme por la avenida Government con una letra cosida en el pecho. Luego podría pegarme fuego. O podría llevarme a algún lugar más escondido, como por ejemplo el vertedero, y tirarme allí.

Antes Vercueil salía a la terraza cuando quería fumar. Ahora fuma en el rellano y el humo se me mete en la habitación. No lo puedo soportar. Pero es hora de empezar a acostumbrarse a lo que no puedo soportar.

Ha venido cuando yo me estaba lavando la ropa interior en el lavabo. Me dolía estar inclinada: sin duda mi aspecto debía de ser terrible.

—Ya se la lavo yo —se ha ofrecido.

Yo me he negado. Pero luego no he podido alcanzar la cuerda de tender, así que él me la ha tenido que tender: ropa interior de vieja, gris, indiferente.

Cuando el dolor hinca los dientes con más fuerza y yo tiemblo y me pongo pálida y me entra un sudor frío, a veces me coge la mano. Yo me retuerzo como un pez enganchado en el anzuelo. Soy consciente de mi mueca desagradable, la misma mueca que pone la gente cuando están enfrascados en el acto amoroso: brutal, depredadora. Él no tiene esa expresión; él aparta la vista. En cuanto a mí, pienso: ¡que lo vea, que aprenda cómo es!

Lleva un cuchillo en el bolsillo. No una navaja, sino un cuchillo amenazador con la punta afilada incrustada en corcho. Cuando se mete en la cama lo deja en el suelo a su lado, junto con su dinero.

Así que estoy protegida. La muerte se lo pensará dos veces antes de intentar pasar frente a este perro y este hombre.

—¿Qué es el latín? —me ha preguntado.

—Un idioma muerto —he contestado—, un idioma que hablan los muertos.

—¿De verdad? —ha dicho. Por lo visto la idea le ha despertado la curiosidad.

—Sí, de verdad —he dicho. Ya solamente se oye en los funerales. En funerales y en alguna que otra boda.

—¿Sabe hablarlo?

Le he recitado algo de Virgilio, Virgilio hablando de los muertos intranquilos:

*Nec ripas datur horrendas et rauca fluenta  
transportare prius quam sedibus ossa quierunt.  
Centum errant annos volitantque haec litora circum;  
tum demum admissi stagna exoptata revisunt.*

—¿Qué significa? —ha dicho él.

—Significa que si no le envía la carta a mi hija yo viviré cien años de sufrimientos.

—No es verdad.

—Sí lo es. *Ossa* es la palabra latina que significa diario. Algo donde se inscriben los días de la vida de uno.

Ha vuelto más tarde.

—Diga otra vez el latín —ha dicho.

He recitado los versos y he visto que movía los labios mientras escuchaba. Está memorizando, he pensado. Pero no era verdad. Eran los dactilos retumbando en él, con su poder para activar el pulso y la garganta.

—¿Era eso lo que usted enseñaba? ¿Ése era su trabajo?

—Sí, era mi trabajo. Así me ganaba la vida. Dando voz a los muertos.

—¿Y quién le pagaba?

—Los contribuyentes. La gente de Sudáfrica, de los más grandes a los pequeños.

—¿Podría enseñarme a mí?

—Podría haberle enseñado. Podría haberle enseñado casi todo sobre Roma. No sé tanto de Grecia. Todavía podría enseñarle, pero no habría tiempo para todo.

Era evidente que se ha sentido halagado.

—El latín le resultaría fácil —le he dicho. Se acordaría de muchas cosas.

Otro desafío ha salido a la luz, otro indicio de que lo sé. Soy como una mujer con un marido que tiene una amante escondida, repreniéndolo, convenciéndolo para que me diga la verdad. Pero mis insinuaciones no causan efecto en él. No está escondiendo nada. Su ignorancia es real. Su ignorancia, su inocencia.

—Hay algo que no quiere salir, ¿no es verdad? —le he dicho. ¿Por qué no empieza a hablar y vemos adónde lo llevan las palabras?

Pero Vercueil estaba en un umbral que no iba a atravesar. Permanecía plantado, silencioso, escondido detrás del humo del cigarrillo, entrecerrando los ojos para que yo no viera lo que tenía dentro.

El perro ha correteado a su alrededor, ha venido a mí, ha vuelto a corretear, nervioso.

¿Es posible que el enviado sea el perro y no él?

Supongo que nunca llegarás a verlo. Me habría gustado enseñarte una fotografía, pero en el último robo se han llevado mi cámara. En todo caso, no es de esas personas que salen bien en las fotografías. He visto la foto de su carnet de identidad. Parece un prisionero arrancado de la oscuridad de una celda, arrojado a una habitación llena de luces cegadoras, tirado contra una pared y al que le han gritado que se esté quieto. Parece que le hayan robado su imagen por la fuerza, que lo hayan violado. Es como una de esas criaturas semimíticas que en las fotografías solamente aparecen en forma de borrones, formas vagas que desaparecen en la maleza y que podrían ser hombres, bestias o simplemente una mancha en la emulsión: no probadas, no atestiguadas. O

que desaparecen por el borde de la foto, dejando en el obturador un brazo, una pierna o la parte posterior de una cabeza.

—¿Le gustaría ir a América? —le he preguntado.

—¿Por qué?

—Para llevar mi carta. En vez de echarla al correo, podría llevarla en persona: volar a América y volar de vuelta. Sería una aventura. Mejor que navegar. Mi hija lo recibiría y se encargaría de usted. Yo compraría el billete por adelantado. ¿Iría?

Ha sonreído con valentía. Pero yo sé que algunas de mis bromas ponen el dedo en la llaga.

—Lo digo en serio —he dicho.

Pero la verdad es que no lo estoy sugiriendo en serio. Vercueil con el pelo corto, con ropa nueva, deambulando en tu habitación de invitados, desesperado por beber una copa, demasiado tímido para pedirla; y tú en la habitación de al lado, con los niños dormidos, con tu marido dormido, enfrascada en esta carta, en esta confesión, en esta locura: la mera idea es insoportable. «No tengo por qué soportarlo —te dices a ti misma con los dientes rechinando. Vine aquí para alejarme precisamente de esto, ¿por qué tiene que seguirme?».

Ahora que tengo tiempo, he estado ojeando las fotos que me has ido enviado desde América a lo largo de los años, mirando los escenarios, mirando todas las cosas que entraron por casualidad en el encuadre en el momento en que apretabas el botón. En la foto que enviaste de los dos chicos en canoa, por ejemplo, mi mirada va de sus caras a las ondas que la rodean y al verde intenso de los abetos y luego vuelve a los chalecos salvavidas de color naranja que llevan, parecidos a flotadores de antaño. Me hipnotiza el lustre apagado y anodino de sus superficies. Tienen goma o plástico o algo parecido en el medio: una sustancia tosca al tacto, dura. ¿Por qué este material, extraño para mí, extraño tal vez para la humanidad, moldeado, sellado, inflado, unido a los cuerpos de tus hijos, representa tan intensamente para mí el mundo donde tú vives ahora, y por qué me provoca este abatimiento? No tengo ni idea. Pero como esta redacción me ha llevado una y otra vez desde donde no tengo ni idea hasta donde empiezo a tener una idea, déjame decir, de forma completamente tentativa, que tal vez lo que me entristece es que tus hijos no se vayan a ahogar. Tantos lagos y tanta agua: un país de lagos y ríos: y, sin embargo, si por algún infortunio alguna vez se caen de la canoa, se quedarán flotando a salvo, sostenidos por sus flotadores de color naranja, hasta que una motora vaya a buscarlos y los deje en tierra y todo vuelva a estar bien.

Un área de recreo, lo llamas en el dorso de la fotografía. El lago domesticado, el bosque domesticado, rebautizado.

Dices que no vas a tener más hijos. La estirpe se agota con esos dos chicos, así pues, semillas plantadas en la nieve americana, que nunca se ahogarán, con una esperanza de vida de setenta y cinco años y que continúa subiendo. Hasta yo, que vivo en tierras donde las aguas se tragan a hombres adultos y donde la esperanza de

vida descende todos los años, tengo una muerte sin iluminación. ¿Qué pueden esperar esos dos pobres chicos desfavorecidos que están reinando en el área de recreo? Se morirán con setenta y cinco u ochenta y cinco años, tan estúpidos como nacieron.

¿Les deseo la muerte a mis nietos? ¿Acaso estás, en este preciso instante, tirando la página en un acceso de irritación? ¡Vieja chiflada! ¿Es eso lo que gritas?

No son mis nietos. Son demasiado lejanos para ser criaturas mías de ninguna clase. No dejo tras de mí una familia numerosa. Una hija. Un consorte y su perro.

De ninguna forma les deseo la muerte. Esos dos chicos cuyas vidas han rozado la mía ya están muertos en todo caso. No, a tus hijos les deseo la vida. Pero los flotadores que les has atado no les garantizan la vida. La vida es polvo que se escurre entre los dedos. La vida es morder el polvo.

O: la vida es ahogarse. Caerse en el agua, hasta el fondo.

Sé que casi me ha llegado la hora cuando necesito ayuda incluso para las cosas más íntimas. Un momento perfecto, por tanto, para poner fin a esta historia lamentable. No dudo de que Vercueil me va a echar una mano. Cuando lleguemos al final, no dudo de él en absoluto. Siempre ha mostrado cierta solicitud intermitente hacia mí, una solicitud que no sabe cómo expresar. Me he caído y él me ha recogido. No es que yo lo tomara a mi cargo a su llegada, ahora lo entiendo, ni que él me tomara a mí: fue algo mutuo, y desde entonces nos hemos tambaleado y nos hemos vuelto a levantar en los tramos y los descensos de esa elección mutua.

Y, sin embargo, es lo menos parecido que puedo imaginar a una enfermera, a una *nourrice*, a alguien que nutre. Está seco. Lo que bebe no es agua sino fuego. Tal vez por eso no puedo imaginarlo con hijos: porque su semen debe de ser seco y marrón, como polen o como el polvo de este país.

Necesito su presencia, su aliento, su ayuda, pero él también necesita ayuda. Necesita la ayuda que solamente una mujer puede dar a un hombre. No seducción, sino inducción. No sabe amar. No hablo de los movimientos del alma, sino de algo más simple. No sabe amar del mismo modo que un niño no sabe amar. No sabe qué cremalleras y botones y broches hay que abrir. No sabe dónde van las cosas. No sabe hacer lo que tiene que hacer.

Cuanto más se acerca el final, más fiel se vuelve. Y, sin embargo, tengo que guiarle la mano.

Recuerdo el día en que nos sentamos en el coche, en que me ofreció sus cerillas y me dijo: «Hágalo». Yo me quedé escandalizada. Pero ¿fui justa con él? Ahora me parece que su idea de la muerte no es más precisa que la que una persona virgen tiene del sexo. Pero su curiosidad es la misma. La curiosidad de un perro que olisquea una entrepierna y sacude la cola, con la lengua colgando roja y estúpida como un pene.

Ayer, mientras me estaba ayudando a bañarme, se me cayó el albornoz y lo

sorprendí mirándome. Igual que los niños de la calle Mill: no tiene decencia. La decencia: lo inexplicable: la base de toda ética. Las cosas que no hacemos. No nos quedamos mirando cuando el alma abandona el cuerpo, sino que nos velamos los ojos con lágrimas o nos los tapamos con las manos. No miramos las cicatrices, que son sitios por donde el alma ha intentado marcharse y ha sido obligada a volver, ha sido encerrada, cosida dentro.

Le he preguntado si todavía daba de comer a los gatos.

—Si —ha mentido él. Porque los gatos ya no están, los ha echado. ¿Me importa? No, ya no. Después de haber cuidado de ti y de Vercueil, me queda poco sitio en el corazón. El resto, como dicen, tiene que echarse a perder.

Anoche me entró un frío terrible e intenté llamarte para decirte adiós. Pero no quisiste venir. Susurré tu nombre. «Hija mía, criatura mía», le susurré a la oscuridad. Pero lo único que apareció fue una fotografía: una foto de ti, no tú. Cortada, he pensado: otra línea cortada. Ya no hay nada que me retenga.

Pero me quedé dormida, y me he despertado, y seguía aquí, y esta mañana me he sentido bastante fuerte. Así que tal vez no solamente soy yo quien está llamando. Tal vez cuando me entra el frío es porque alguien me llama a mí para que salga de este cuerpo y cruce el mar, y yo no me doy cuenta.

Como puedes ver, todavía creo en tu amor.

Pronto voy a liberarte de esta soga de palabras. No hace falta que lo sientas por mí. Pero dedica un pensamiento a ese hombre que dejó atrás y que no sabe nadar, pero tampoco sabe volar.

Me he dormido y me he despertado fría: mi barriga, mi corazón, mis huesos estaban fríos. La puerta de la terraza estaba abierta, las cortinas ondeaban al viento.

Vercueil estaba en la terraza, contemplando un mar de hojas susurrantes. Le he tocado el brazo, los hombros huesudos y en punta, la cordillera de su columna vertebral. Con los dientes rechinando, le he dicho:

—¿Qué está mirando?

No ha contestado. Me he acercado más. Debajo de nosotros teníamos un mar de sombras, y también la cortina de hojas que no paraba de moverse y de susurrar, como escamas recubriendo la oscuridad.

—¿Ya es la hora? —he dicho.

He vuelto a la cama, al túnel que se abre entre las sábanas frías. Las cortinas se han abierto. Él se ha metido a mi lado. Por primera vez no he notado ningún olor. Me ha cogido y me ha abrazado con una fuerza tremenda, de forma que todo el aire me ha abandonado en un momento. Un abrazo del que no se podía extraer calidez.



JOHN MAXWELL COETZEE (Ciudad del Cabo, Sudáfrica, 1940). J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura en 2003, nació el 9 de febrero de 1940 en Ciudad del Cabo. Hijo de un abogado, este escritor, profesor y académico, se graduó en matemáticas y lengua inglesa en su ciudad natal y posteriormente se trasladó a Londres, donde trabajó como programador de ordenadores. En 1965 abandonó la capital británica y se instaló en Estados Unidos, donde estudió lingüística y literatura. En 2002 emigró de nuevo, esta vez a Australia, donde ejerce como profesor en la Universidad de Adelaida.

Debutó en 1974 como autor de ficción con *Tierras del Poniente* al que siguió *En medio de ninguna parte* (1977). En 1980 alcanzó notoriedad a raíz de la publicación de *Esperando a los bárbaros* y en 1983 obtiene su primer Premio Booker con *Vida y época de Michael K*. A partir de ese momento, la carrera literaria de Coetzee es cada vez más reconocida publicando otras novelas como: *Foe* (1986), una versión muy particular de las aventuras de Robinson Crusoe; *La edad de hierro* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1998); *Desgracia* (1999) que le significa su segundo premio Booker; *Juventud* (2002); *Elizabeth Costello* (2003); *Diario de un mal año* (2007); *Verano* (2009) y *La infancia de Jesús* (2013).

En España, J. M. Coetzee ha sido galardonado con el Premi Llibreter 2003.

# Notas

[1] Alusión a una rima infantil inglesa: «There was an old woman / who lived in a shoe / she had so many children / she didn't know what to do. / She gave them some broth, / without any bread; / she whipped them all soundly, / and sent them to bed». (N. del T.). <<

[2] Se trata del título de un libro de Boris Pasternak. (*N. del T.*) <<